José Luis Royuela Cristóbal

Mi Diario en la División Azul

Yo estuve en Rusia

23-Junio-1941
a
12-Julio-1942

José Luis Royuela Cristóbal

Mi Diario en la División Azul

Yo estuve en Rusia



23-Junio-1941
a
12-Julio-1942



Maquetación: Santiago Fernández Riveras

Índice


ESPAÑOLA DE VOLUNTARIOS
PIMENTEL

A manera de Prólogo

Voy a intentar ordenar y poner en limpio unas notas que, a manera de diario, recogí de por esas tierras de Europa durante el tiempo que duró mi encuadramiento en la División Azul.

¡División Azul!. ¡Gloriosa División que encuadraste en tus filas lo mejor de la juventud española!. Jóvenes enardecidos que sentían en sus venas el ardor de la sangre íbera, fueron sembrando de canciones españolas los caminos del Viejo Continente.

Pudiera decirse que toda ella era una canción y una plegaria: canciones durante las marchas; plegarias durante el descanso en las chabolas, en las chozas, en los pajares...

¡Cuánto heroísmo y cuánto sacrificio!... y ahora hay quien se atreve a discutirlo, diciendo que éramos aventureros.

¡Hay buenas personas, personas llamadas de orden, que nos regañan por nuestra travesura!. ¡Pobres diablos! decimos nosotros mirándoles con repugnancia.

Rusia está ahí, más potente que nunca, con más odio y rencor que nunca, con más sed de sangre que nunca, y sin embargo la División Azul fue una chiquillada, ¡bah! !pobres locos!.

"La sangre de los que cayeron no permitirá jamás el olvido, la esterilidad, ni la traición"....

¡Españoles!

La guerra de España, en que la barbarie comunista clavó sus garras en nuestro territorio segando la vida de nuestros mejores, tiene hoy su continuación en las estepas rusas donde la **División Azul de Voluntarios Españoles** da una muestra viril del valor de la raza con su aportación a la destrucción del bolchevismo, pero este honor que a todos alcanza, no puede ser privativo de unos pocos.

Para compartir glorias y sacrificios. Por nuestra fe. Por el honor y el porvenir de la Patria y para dar un merecido descanso a nuestros combatientes en Rusia, se abren hoy de nuevo los **Banderines de Enganche** en todas las jefaturas de Milicias para relevar a nuestros camaradas que luchan en Rusia.

¡Los que soñáis una España mejor y ansiáis la ocasión de mejor servirla! Alistaos en la

División Española de Voluntarios

Todos los alistados tendrán los derechos y devengos para ellos y sus familias completamente garantizados.

Cobraréis los haberes de un soldado alemán, y en España vuestros familiares percibirán el subsidio de **7'30 Pesetas** o el sueldo que disfrutan antes de su marcha, reservándoles sus puestos y destinos, aparte de la preferencia para éstos, matrículas gratuitas; etc., que la sociedad española concede a sus mejores.

Imp. Jiménez - Murcia

Encuadramiento

En la mañana del día 23 de Junio de 1941 regresaba de Miraflores de la Sierra, donde había estado pasando unos días en compañía de una familia conocida.

Venía en la baca del autocar, en unión de dos italianos fuertes y vigorosos; al llegar al pueblecito de Chozas de la Sierra, uno de ellos compró el Diario "Ya". Echar la primera ojeada al periódico y empezar a vociferar "¡Nos van a durar quince días!" fue todo uno.

Intrigado, le pregunté qué pasaba, respondiéndome: "Hemos declarado la guerra a Rusia. Nos van a durar quince días..." (Cuando regresé de la División, esos dos italianos seguían bailando en el Casino de Miraflores).

Durante el tiempo que duró el viaje hasta Madrid, estuve pensando cómo me las arreglaría para poder luchar contra el comunismo, sin importarme con quién. ¡Ignoraba que esta misma pregunta se la estaban haciendo muchos miles de españoles.

En el grupo de amigos, unos de Acción Católica, otros de Falange, aunque la mayoría pertenecientes a ambas, todos ardíamos en deseos de luchar contra el comunismo. Pero, ¿cómo y dónde encuadrarme?.

Una tarde vino Villalpando a la Basílica, con los ojos desbordantes de alegría me comunicó que se había encuadrado. Me dijo que un capitán amigo suyo estaba formando, mejor dicho, seleccionando, entre las muchas peticiones que tenía, una lista de nombres para que, una vez reunida una Compañía, pedir permiso al Gobierno español, cruzar la frontera y unirse al ejército alemán.

Pero esto me lo comunicaba en plan confidencial. No quería que los demás se enterasen y le acosaran con sus peticiones. Él haría todo lo posible para que el referido capitán se dignase incluirme en la lista.

Conversaciones como ésta, pero en gran escala, eran las que abundaban por aquel entonces, viéndose el Gobierno en la necesidad de autorizar la salida de España de una División de voluntarios compuesta, exclusivamente, de falangistas con carnet de militantes que no tuvieran menos de veinte años de edad y con un historial completamente limpio. Se daba preferencia a los miembros de la Vieja Guardia, ex-combatientes y ex-cautivos.

La voz cantante la llevó el discutido Serrano Súñer con su frase de "¡Rusia es culpable!". El encuadramiento lo llevaban a efecto las Jefaturas Provinciales del Movimiento, previa presentación de la debida documentación y después de un minucioso examen médico.

Como este examen era muy duro, había quien se presentaba varias veces, dando cada vez el nombre de un amigo que, queriendo enrolarse, tenía miedo al reconocimiento médico.

Otros, como Yáñez, no tenían miedo al reconocimiento, pero sí a que notasen su corta edad ¡17 años!. Otros, como "Rejas pequeño", estaban haciendo el Servicio militar ¡y tenían que desertar!. Otros no querían que sus padres se enterasen. Otros no querían decírselo a sus mujeres o novias hasta el último momento. ¡Pero todos anhelábamos la lucha contra el comunismo!.

Cuando fui a enrolarme en unión de varios amigos, una cola interminable existía ante la Jefatura Provincial de Milicias en el paseo de la Castellana. Después de varias horas de espera fui dado apto para el servicio y mi nombre se anotó en un libro. ¡Ya estaba encuadrado!.

He dicho que estaba encuadrado, pero sí, sí….. ¡Ni pensarlo!. Madrid había dado un contingente enorme y como solamente podíamos ir 20.000 de toda España. Determinaron dar un cupo a cada provincia y, naturalmente, la mayoría no podíamos partir.

Nuevos días de incertidumbre y desorientación.

Comunicó la prensa que nos concentrásemos, no sé qué día, en la Ciudad Universitaria, en la explanada que existe ante la Facultad de Medicina.

Una vez allí, dijeron que nos irían enrolando en las distintas unidades que le correspondía formar a Madrid.

Cuando nos llegó el turno, ya estaba cubierto el cupo. ¡Nueva desilusión!.

Nos enteramos que estaban completando los cuadros en el cuartel del Infante D. Juan (este cuartel estaba accidentalmente desocupado, por hallarse el Regimiento de maniobras). Fuimos rápidamente allí…. ¡y otro desengaño!. ¡Todo completo!. Mendigamos una plaza por todas las compañías ¡y ni por esas!.

Estábamos reunidos en el patio del cuartel cambiando impresiones sobre qué determinación tomar y murmurando al propio tiempo sobre ¡por qué sólo iban los "enchufados"!, cuando llegó corriendo no sé quién, y nos dijo que el escribiente de una compañía, camarada de nuestro distrito, estaba decidido a encuadrarnos si acudíamos rápidamente. Efectivamente así fue, el capitán no estaba y este amigo inscribió nuestros nombres no obstante tener cubierta con exceso la plantilla. El capitán no habría de enterarse antes de salir de España y si se enteraba, todo quedaría en una equivocación del escribiente.

Éste, con mucha picardía, confeccionó la lista por orden alfabético y, al enterarse el capitán, que no tardó, y viendo el exceso de personal, le echó una gran bronca, pero dejó la cosa como estaba. Nos reunió a todos y pidió por favor que alguno abandonase la idea de marchar a Rusia. Para ello, pintó la guerra de forma tal, que ponía los pelos de punta al más valiente. No le dio resultado de momento, pero a la hora de partir faltaban bastantes. Ello no obstante, cruzamos la frontera con exceso de plantilla oficialmente, y digo oficialmente, porque en Hendaya aparecieron varios polizones, entre ellos Yáñez, pero dejaremos esto porque vendrá a su debido tiempo.

A continuación nos hicieron un nuevo y minucioso examen médico, siendo burlado por algunos como Lledó, que por su miopía tenía miedo a que le dieran por inútil. Luego vino el encuadramiento, dentro de la Compañía, por secciones, pelotones y escuadras, quedando los que sobrábamos dentro de la plana mayor del capitán.

Todos los días a las siete de la mañana teníamos una marcha de entrenamiento hasta el Pardo y al regreso, marchábamos a nuestras casas.

En una ocasión, el capitán solicitó un enlace entre nosotros y los de la plana mayor. El más cercano a él fue el que se quedó. Después pidió asistentes para él y los oficiales. Como no queríamos salir nadie, nos dijo que los que sobraran se tendrían que quedar en España. Y por este procedimiento los consiguió. Aunque yo no quería salir (no sé por qué, me repugnaba el destino y casi prefería quedarme en Madrid), pero vi el cielo abierto cuando solicitó “machacantes”, e inmediatamente me ofrecí. Yo no sabía lo que era eso, ni lo supe hasta que no estuve en Alemania ¡y dejé el cargo inmediatamente!. Me dijo que me fuera con los sargentos, pero nada más. Con ellos estuve esos días, y con ellos hice el viaje de salida de España en la más amigable camaradería.







¿Por qué?

Hora es ya de ocuparme en analizar cuáles eran mis sentimientos y mis anhelos al ir a Rusia. Me enrolé en la División, no porque el ser falangista estaba de moda, no por espíritu aventurero, no por ideas políticas, no por odio. Creo que todo esto estaba justificado a los 20 años, y mucho más en aquellas circunstancias, después de tres años de terrible opresión marxista dirigida por Rusia, viendo caer asesinados a nuestros seres queridos, incendiadas nuestras iglesias, y mancillado nuestro espíritu. ¡Qué caras y qué gestos tenían los miembros de las Brigadas Internacionales!. ¡Qué chulería!. ¡Qué oprobio tuvo que sufrir la inmortal España!. Me acuerdo y me acordaré toda mi vida, que el día del asalto al Cuartel de la Montaña por las hordas rojas, estando con mi padre escondido en casa de unos parientes, abrazándome y con lágrimas en los ojos, me dijo: "Hijo, que esta huida de casa (tenía 15 años) sea un orgullo para ti; no has huido por ladrón; has huido, hemos huido, por católicos y españoles honrados".

¿No se había dado en España la primera batalla al comunismo?. ¿No habían caído muchos miles de hombres para conseguir la primera victoria?. ¿No había dicho el Papa que no solamente era el comunista el que estaba en pecado mortal, sino también aquél que ayudaba?. ¿No nos ayudó Alemania e expulsar de España las Brigadas Internacionales?. ¿No decía "SIGNO" que, para nosotros, la guerra contra Rusia era Cruzada"?. ¿No había miles, quizás millones, de hombres padeciendo en Siberia? ¿No había miles, millones de niños y hombres rusos sin bautizar, sin conocer el nombre de Cristo? ¿No había que acabar, de una vez para siempre, con el peligro comunista?.

Con este pensamiento había que marchar a Rusia. ¡No había otro re-

medio!. Lo demás, la política, la aventura, la moda, etc. también influirían, aunque muy poco. Pero el objetivo principal, el gran objetivo, ¡era Cristo!. ¡Las almas inmortales y los principios eternos del Cristianismo!.

Hay quien dice que lo de Rusia fue “una aventura falangista”. Pues bien, sepan éstos que José Antonio fue aventurero por excelencia, aventurero en lo que tiene de noble, de espíritu desprendido, de altura de fines de mirada imperial. Aventurero a lo Colón, Cortés, Pizarro, Javier, Ignacio de Loyola, etc. José Antonio despertó de su letargo a la España inmortal, despertó a su juventud, y con la frase de: “A la dialéctica de las pistolas sólo se la contesta con la dialéctica de las pistolas”, hizo arder nuevamente en nuestras venas la sangre viril y generosa de aquellos gloriosos antepasados. José Antonio cayó, pero ¡qué muerte la suya!.

José Antonio desde su lucero iluminaba nuestro caminar hacia Rusia.


MADRID DIA 27 DE JUNIO DE 1941 NUMERO SUELTO 15 CENTS.

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO TRIGESIMOCUARTO. N.º 11.026

EL PUEBLO ESPAÑOL IDENTIFICADO CON SU GOBIERNO

PRESENCIA DE ESPAÑA EN LA CRUZADA ANTICOMUNISTA

ENTUSIASTICOS Y NUMEROSOS OFRECIMIENTOS PARA COMBATIR A LA RUSIA SOVIETICA

Camino del Campamento
13-17 Julio 1941

Llegó el día de la partida, 13-7-41, sin más novedades que la entrega del equipo militar a cada uno. Equipo sin armamento, claro es, solamente la ropa. Ocurrió lo que siempre sucede en estos casos: a unos nos venía la ropa muy pequeña; a otros, muy grande, pero al fin todo se arregló.

Y todo se desarrolló normalmente salvo pequeñas incidencias: los que estaban haciendo el Servicio Militar tenían que pasarse casi todo el día escondidos, porque parejas de sus respectivas unidades iban a buscarlos. En una de estas redadas "cazaron" a "Rejas pequeño", y se lo llevaron llorando (luego pudo ir en la segunda División). También los padres de Yáñez fueron a llevárselo, cosa que consiguieron después de hablar con el Capitán de la Compañía. Estaba visto que este chico no podía ir, no obstante su gran interés.

Bravo hizo una cosa muy mala y de mucha importancia. Como en su casa no le dejaban ir, les dijo que le obligaban a marchar. Su familia quedó convencida que se lo llevaban a la fuerza, por eso su muerte ha tenido consecuencias terribles, sobre todo para su tía Carmela.

Teníamos señalada la partida para las cuatro y cuarto de la tarde del citado día.

No quería dejarme embargar por la emoción y sobre todo, ¡no quería escenas familiares!. Todo aquello era un acto de servicio, y como tal lo quería tomar: sencillamente, normalmente, sin excitaciones,… ¡sin propaganda!.

No dije nada en casa, ni a Pili ni a los amigos. Como fueron varias las expediciones esos días, pensaba que no se enterarían.

Cuando llegué a la estación del Norte, confieso que me decepcionó un poco el aspecto del tren ¿qué iban a meter allí?, ¿borregos?.

Bravo, Moreno y yo nos encontrábamos en la estación desde las dos de la tarde, al objeto de preparar los equipos de los sargentos y los nuestros. Ello era debido a que los suboficiales irían con la tropa, en plan de desfile, desde el cuartel a la estación, y por tanto, no debían, ni podían, llevar equipo alguno.

Ahora voy a dejar paso a las líneas de mi Diario, líneas que fueron escritas con el tren en marcha:

" Madrid nos despidió formidablemente. Asistieron el camarada Serrano Súñer, los generales Varela, Saliquet, Millán Astray y diversas personalidades. Una compañía del Regimiento de Infantería rindió honores; iba acompañada de banda de música (Adolfo, entre los soldados).

Camaradas de la Sección Femenina nos obsequiaron con botellas de licores, tabaco, pastas, medallas, escapularios, "detentes" etc. Los andenes estaban abarrotados de público entusiasta que aclamaba a la División frenéticamente. ¡España volvía a reír!.

Toda mi familia, no sé cómo se las arregló, estaba a la puerta de entrada de mi vagón. No estaba Pili, por dos razones: se encontraba enferma y, además, fue le única que creyó que no me iba ese día.

¡Qué momentos!. Estaba deseando que el tren se pusiera en marcha. No podía aguantar más aquél gesto impasible que adopté mientras veía las lágrimas de mis seres queridos. ¡Triste y alegre despedida!. Triste, por dejar todo aquello: Patria, familia, amigos. Alegre, por sentirme orgulloso de la misión que España me había encomendado.

Al arrancar el tren, y aunque eran ensordecedores el ruido de la banda de música, los vítores de la muchedumbre allí estacionada y los himnos de los camaradas, yo sólo oía y veía a mis padres, a mis hermanos ... a Pili. Los oía decir: ¡Que te cuides!. ¡Que nos digas cómo lo pasas!. ¡Si caes herido, dínoslo!. !Cuéntanos todo!. También estaba allí ¡cómo no! mi gran amigo Arquero, lleno de sentimiento por no poder acompañarnos.

¡Qué sensaciones! !Qué intensas emociones!. ¿Será la última vez que los vea?. ¿Regresaré?. ¿Cómo?....

¡Pero no son momentos de pensar en nada!. Sólo sé, sólo quiero saber, que voy a luchar en Cruzada, a luchar por Cristo. Y si es preciso morir, ¡moriré!. Si Dios estima llegada mi hora, quiero estar libre de pecado alguno y para ello, lo mejor es oración y sacrificio. Como dice el himno de la Juventud, soy " un caballero español, y cruzado."



Perdido de vista Madrid, más que por la distancia que nos separa, por las lágrimas que asoman a mis ojos, tengo unos momentos de fuerte emoción, de fuerte lucha. Son los momentos más duros, son los momentos del cambio de personalidad: de hijo de familia a soldado.

Pronto se impone la voluntad sobre el sentimentalismo, el cerebro sobre el corazón y la normalidad del espíritu vuelve a resurgir.

En el departamento vamos además de nosotros tres, dos sargentos, uno del ejército y otro de milicias: Aguado -conocido después por el "despistado"-. Éste, en una ocasión que pasábamos bastante hambre, corrió como una exhalación hacia un bloque de hielo sucio que había tomado por un pan.

Para ahogar las emociones descorchamos unas botellas, y nos comimos las pastas que llevábamos.

El tren no paró hasta El Escorial, aunque en las anteriores estaciones el vecindario de los pueblos nos arrojaba flores aclamando a los voluntarios. En dicha localidad tuvimos una parada de 45 minutos. El recibimiento fue apoteósico, también con banda de música. Nuevamente nos obsequiaron, abundando las cajetillas y botellas.

El Diario dice:

" Una camarada me regaló flores de la tumba de José Antonio y una medallita. Pienso conservarlo".

¡Cualquiera sabe dónde fueron a parar las flores!. Pero recuerdo haber dado la medallita en un pueblecito polaco a una familia, la cual, en prueba de agradecimiento, me regaló unos cuantos huevos crudos. ¡Lo que yo quería!. ¡Cómo explotamos entonces nuestro catolicismo!. Conviene advertir que no hubo abusos.

En Ávila, y, en general, en todas las demás estaciones tuvimos un recibimiento análogo. Merece destacar el frío que hacía en Burgos, donde llegamos de madrugada. Un gran baile se organizó en el andén de Miranda de Ebro. En Beasaín nos recibieron lanzando cohetes a lo largo de varios kilómetros de trayecto. En Tolosa se organizó otro baile y, como en Miranda, tampoco bailé. Aproveché el tiempo hablando con tres señoritas directivas de la J.A.C. de la localidad. Como quiera que nos recibieron cantando el

himno de los requetés, les pregunté por qué lo hacían, y me contestaron que veían con mucha simpatía a la División, pero hubieran preferido que estuviese formada solo por requetés.

Todos estos pasajes son verdaderamente maravillosos, pero no voy a intentar describirlos.

No he logrado todavía un "detente", y no quisiera marchar sin él.

Llegamos a San Sebastián el día 14 a las diez de la noche. Este recibimiento sobrepasa a los demás, y por dicho motivo sólo dejan acercarse a nosotros a la Sección Femenina y ¡por fin! me imponen un "detente".

No quise bajarme del vagón y hasta cené en él. Hubo muchos que se despistaron mezclándose con el pueblo. Y como quiera que entre éste había "de todo", el resultado fue que más de cuatro tuvieron que regresar desde Alemania al ser clasificados inútiles en nuevo reconocimiento médico.

A Hendaya llegamos el 15 a la una y media de la madrugada. Creo que, debido al sueño y cansancio que llevaba, no sentí la emoción que esperaba al cruzar la frontera.

Entramos gritando "¡Franco, Franco!". Al bajar del tren, nos habían preparado grandes cantidades de té sin azúcar. ¡Qué porquería!. Aunque tenía mucha sed, no pude beberlo.

A continuación vino la primera ofensa de las muchas que nos iban a inferir los alemanes. ¡Nos llevaron a desinfectar! a una casa. Para ello tuvimos que desnudarnos ¡por completo!.

Colocaban en la ropa una chapa y otra nos entregaban a cada uno, para cuando volviésemos a recogerla ¡en cueros!. Recorrimos en formación dos o tres calles de Hendaya hasta llegar a las duchas de desinfección. ¡Y lo hicimos cantando, con muchos vecinos asomados a los balcones!. El regreso para recoger la ropa fue de la misma manera. Nos metieron en una especie de teatro y desde el escenario un alemán iba cantando los números de la ropa, y cuando nos llegaba el turno, subíamos a recogerla.

Mi sorpresa fue enorme cuando vi a Yáñez que subía a recoger su ropa. ¡Había logrado escapar escondido en el vagón de Intendencia!. De pronto, grandes carcajadas retumbaron en el salón: un oso iba a recoger su ropa, pero no, no era un oso, era una persona, porque sabía hablar; por lo demás,

podría ser confundido con el plantígrado. Era un hombre muy grueso, que tenía todo el cuerpo, menos la cabeza, totalmente cubierto de vello. ¡Era Valentín!. ¡Y pensar que hace tantos años que le conozco y no sabía esto!.

Partimos a las ocho de la mañana. Quedé dormido al salir de Biarritz, lugar precioso, por cierto. Toda esta parte supera en belleza, en mi opinión, a los paisajes españoles que hemos dejado atrás. Después, en Bordeaux nos ofrecieron una gran comida dentro de una casa desmontable muy bonita. Estas casas pertenecen al Ejército alemán. Para el viaje nos dieron una comida en frío, a base de queso y mantequilla y, según dice mi Diario:

> *"Tres tubos de vitaminas en forma de pastillas de café con leche".*

En realidad, creo que eran caramelos; todo lo demás era producto de nuestra calenturienta imaginación. Esto sucedía por las muchas historias que se contaban en España de los alemanes: que hacen mantequilla de carbón; que hacen filetes de los árboles, etc, etc. Alemania era un país muy adelantado en química y física, pero las comidas sintéticas que he visto hacer a sus ciudadanos han sido a base de cochinillo asado.

A las cuatro de la tarde llegamos a Angoulême, y bajamos a refrescarnos a base de té y manzanilla sin azúcar. Eso de "darnos el té" se va haciendo clásico.

A las ocho de la noche paramos en Saint Pierre de Tours, donde merendamos y nos dieron tabaco, café y cerveza. Al arrancar el tren, los franceses nos apedrearon. Por todas las poblaciones de Francia que hemos pasado nos han recibido a pedradas, levantando el puño, haciendo señales de cortarnos el cuello, y las mujeres llevándose la mano a cierto sitio (esto suelen hacerlo en España algunos hombres chabacanos y groseros). Lo que más me extraña es que todo eso lo hacen a la vista de los alemanes, que los miran riendo.

En Bordeaux, una botella de su clásico vino me costó 40 francos (2 marcos).

El día 16 a las tres de la tarde descansamos en Bologne, dentro ya de territorio alemán.

El 17, a las ocho y media de la mañana, llegamos a Karlsruhe, desayu-

nando fuertemente a base de pan blanco muy bueno, mantequilla y mermelada.

Aquí el recibimiento fue de ensueño. Venía durmiendo bastante cómodamente, a pesar de las circunstancias (desde que en Hendaya dejamos el tren de mercancías español, viajábamos en antiguos vagones de viajeros, pero muy limpios; eran de estos sin pasillo, con una puerta en cada departamento).

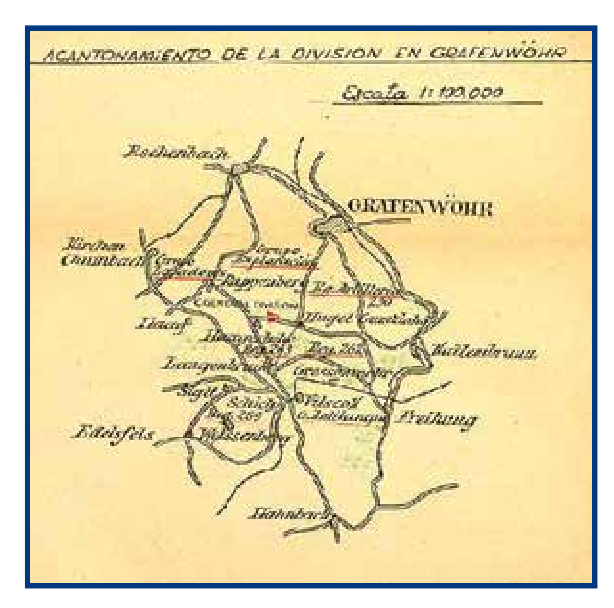
Como iba diciendo, venía durmiendo plácidamente sobre la red portamaletas que había encima de mi asiento, cuando fui despertado por los acordes de una banda de música y un inmenso griterío infantil. Al asomar la cabeza por la ventanilla quedé gratamente impresionado: a lo largo del andén de la estación, con una limpieza que me atrevería a calificar de excesiva, había una fila interminable de mesitas preparadas con desayunos, tan coquetamente arregladas que se adivinaban unas manos femeninas en su preparación.

Durante el desayuno, una banda no cesó de tocar piezas militares. Al terminar, muchas señoritas empezaron a repartir fotografías suyas con las señas para que las escribiéramos como madrinas de guerra (las que me dieron a mí las perdí junto con la cartera en Polonia o no sé dónde). Los chiquillos nos aclamaban y, al grito de "¡kepi!, ¡kepi!", nos pedían la boina roja. Cuando se acabaron las boinas, pedían botones de la guerrera para recuerdo y al final, todos unidos gritábamos: "¡Franco, Hitler!, ¡Franco, Hitler!".

Llegamos a Nuremberg a las nueve de la noche. Como en España por aquél entonces no había cerveza, gastamos en ello los dos marcos que nos habían dado. Valía 0,50 el litro. En esta misma localidad cenamos.

Por lo poco que he visto, los alemanes me parecen un gran pueblo, pero algo brutos individualmente (los que he tratado). Por mímica, uno nos preguntó si nos gustaba el fútbol, y si se encontraba Zamora entre nosotros.

A las siete de la mañana del siguiente día hicimos la entrada en el campamento.


ACANTONAMIENTO DE LA DIVISION EN GRAFENWÖHR
Escala 1:100.000
GRAFENWÖHR
Freihung

En el Campamento
17 de Julio-23 de Agosto 1941

El período de tiempo que media entre el 17 de julio, fecha de llegada, al 23 de agosto, día que lo abandonamos, voy a dividirlo en varias partes, comprendiendo cada una de ellas distintas facetas de la vida en él.

El campamento se hallaba situado en las cercanías de un pintoresco pueblecito llamado Grafenwöhr (Gráfember), a 80 km de Nuremberg; el lugar era encantador, más que campamento militar parecía una ciudad jardín; un inmenso bosque lo rodeaba y en sus claros, veíanse lagos maravillosos. Los llanos y montes eran surcados por múltiples carreteras, cuidadas con mucho detalle. En los cruces de éstas, y en los senderos de caminos a través del bosque, existían crucifijos y estampas religiosas (no hay que olvidar que nos encontrábamos en la parte más católica de Alemania).

Repartidos por estos campos se encontraban los lugares destinados a prácticas de tiro para las distintas armas.

El pueblo, pequeño pero muy limpio, me llamó extraordinariamente la atención. Quizá la razón estaba en ser el primer pueblo extranjero que veía detenidamente.

Todos sus habitantes vestían bien. No existía la "chabacanería" por ningún sitio. Los establecimientos eran humildes, pero elegantes, y la limpieza reinaba en la localidad.

Cada vecino era un hombre libre, pero sin salirse de los límites que le daba su círculo de libertad individual.

En este pueblo puedo decir que tuve el primer contacto con Alemania y los alemanes. Por tanto, creo conveniente reflejar la impresión que me causó. Todo lo que después vi no fue sino una confirmación de las primeras impresiones.

La libertad del alemán le dejaba hacer todo lo que le viniera en gana, siempre y cuando no atentara contra el "racismo", el gobierno, la Patria.., en una palabra, contra el nacional-socialismo. De ahí la prohibición de ciertos casamientos y la existencia de numerosos campos de concentración.

Si un trabajador, fuera de las horas de trabajo, se marchaba de juerga, se emborrachaba, etc., era muy libre de hacerlo, pero ¡ay de él como no estuviera en perfectas condiciones a la hora de volver al trabajo!, porque entonces, saliéndose de su libertad individual, al restar brazos a la producción, atentaba contra la Nación.

Si alguno, por sus costumbres (ni buenas, ni malas, según ellos) padecía enfermedad venérea, tenía tres clases de castigo, según la gravedad del caso: corte de pelo al cero, para que se le pudiera conocer; castración con arreglo al artículo V de la ley de Sanidad Nacional, y campo de concentración, por último, con todos sus horrores. Estaba en vigor para todos aquellos sometidos a la ley alemana.

¡Cómo les asustábamos con nuestro corte de pelo!. ¡Para qué contar la de campos que llenaron polacos y rusos, siendo éstos últimos, principalmente judíos!.

La población civil iba bien vestida, no se veían harapientos, ni "cantaores" por la calle. En fin, se podía caminar tranquilamente, sin molestias por parte de otras personas. ¡Qué envidia!. El borracho agresivo -supongo que en todos los países los hay- no existía, o al menos no hacía su aparición en la vía pública.

Al entrar un soldado en cualquier establecimiento, saludaba brazo en alto desde la puerta, pudiendo sentarse a continuación, tan tranquilamente que, aunque llegase un general, no tenía que levantarse a saludar.

En la plaza del pueblo existían, una enfrente de otra, la Iglesia católica y la protestante.

Como es natural, en la protestante nunca entré. Una de las veces que fui

a la católica, conversé -a medias- con el sacerdote, porque quería ayudarle a misa. Me dijo que celebraba el santo sacrificio a la hora “nona matutina” pero que no podía ayudarle, entre otras causas, por no faltar a la misa de nuestro campamento. Lo que vi claramente es que estaba prohibido ayudar a misa vestido de uniforme.

A la salida había un grupo de chiquillos en la plaza. Me acerqué a ellos, sacando unas estampas religiosas de las muchas que llevaba, y solamente dos las admitieron. Otro dijo que era “protestante”, y el resto se encogió de hombros, ¡indiferentes!.

El pueblo alemán tenía hecha la promesa colectiva de no organizar bailes, ni pintarse las mujeres mientras durase la lucha contra el comunismo.

La construcción de las casas me gustó mucho. Probablemente debido a la novedad, al ser los tipos arquitectónicos diferentes de los de España.

Otra cosa que me llamó poderosamente la atención fueron los campos trigales y las plantaciones de judías verdes. Ambos tenían una altura verdaderamente asombrosa: las judías medirían más de tres metros (no vi los granos).

Dentro del campamento, a los cuarteles se les podría denominar hoteles. Cada compañía se hospedaba en uno. Los había de construcción reciente -1938- siendo los más antiguos de 1918. Casi todos tenían la misma construcción y constaban de tres pisos: el primero dedicado a oficinas, el segundo, con habitaciones para los soldados, y el tercero era, más bien, destinado a almacenes. Todas las habitaciones tenían calefacción individual por medio de una estufa. Los pisos tenían un amplio pasillo con ventanas a los jardines, quedando las habitaciones en la parte contraria a las ventanas.

Cada habitación daba cabida a un número de soldados que oscilaba entre seis y diez, excepto la nuestra en la que, por propia voluntad, logramos entrar doce. Las camas eran literas de dos pisos. El colchón era de paja, pero muy limpio. La ropa de la cama la componían una almohada, dos sábanas a cuadritos azules y blancos (las mudaban semanalmente) que, cosidas ambas por los lados y parte baja, quedaban en forma de saco, y una manta muy buena, de poco peso y mucho abrigo.

A la entrada de la habitación, en la parte izquierda, se hallaba la estufa. En el centro, una gran mesa. En los laterales, los armarios y literas. Y al

fondo, una gran ventana daba vistas a los jardines enclavados en la parte posterior del edificio.

Había cuartos de aseo con duchas, baño y lavabos con grifos. Y otros con duchas pequeñitas, para la cabeza solamente. Otros edificios, destinados a tal fin, estaban dotados de baños y duchas con agua caliente y jabón.

Dentro del campamento existían jardines -aunque, realmente, todo él lo era-, cines, circo, cantinas que vendían de todo, cocinas para cada batallón y templetes para bandas de música.

Mi habitación, la nº 63, era conocida con el nombre de la de los "caimanes", porque de allí salió el himno del caimán que más tarde se hizo célebre en todo la División. En ella estábamos: Bravo, Yáñez, Conde, Otto, Rufino, Rafa, Montoya, Eraso, Serrate y yo, y durante los primeros días, Corniero y otro, que después se fueron a antitanques. Nos llevábamos muy bien, pero lo mismo formábamos un coro que armábamos una gran bronca. ¡Cuántas hubo!. Otto y Rufino eran muy guarros, no lavaban nada. Cuando tenían necesidad de alguna cosa, cogían la que tenían más próxima.

Todos los días rezábamos el Rosario. Por cierto, que en una ocasión nos salvó del arresto a toda la habitación. Estábamos cantando y, por lo que fuera, terminó en bronca. Como habían tocado silencio, vino el "imaginaria" a hacernos callar, pero al no hacerle caso, fue con el cuento al Capitán. Éste llegaba hecho una furia cuando oímos sus pasos por el pasillo, e inmediatamente nos arrodillamos, comenzando a rezar el Rosario. Él no había contado con esto, y tuvo que tragarse lo que iba a decirnos, limitándose a felicitarnos y mandarnos no volver a hacerlo después del toque de silencio.

Pronto nos "conocieron". Éramos los primeros a la hora de la comida o del paseo, y los últimos en los restantes menesteres. Esto tiene una explicación muy sencilla: por ser amigos, no teníamos necesidad de esforzarnos para darnos a conocer y procurábamos evitarnos complicaciones.

Otto decía tener mucho miedo, y dudaba poder aguantar el silbido de las balas. Efectivamente, así sucedió a los pocos días de llegar al frente, como veremos cuando llegue el momento: desertó y anduvo por toda Europa hasta que, detenido, le enviaron al batallón de castigo. Fue enviado posteriormente a España, condenado a cadena perpetua y encerrado en un castillo por el Norte. Ahora se encuentra ya libre, pero ¡buenos sustos habrá pasado!. Ha publicado un libro que se titula "Yo, rey del hampa" (1955).

Rejas también fue el otro “caso”. Empezó haciendo creer al capitán que era practicante, después estudiante de medicina y, conforme pasaba el tiempo, iba aprobando cursos hasta que se hizo médico. Entonces le nombraron brigada y le destinaron a Luga como Director del hospital. Por su actuación al frente de él fue felicitado e invitado a comer con el propio Muñoz Grandes y el jefe de Sanidad Muñoz Calero. Cuando descubrieron el engaño, le degradaron. Regresó a España detenido, pero pronto le pusieron en libertad, al comprobar su actuación.

Los dos perdieron los derechos de ex–combatientes.

Una vez hechas estas dos puntualizaciones, seguiré mi relato con arreglo al Diario.

La primera noche que pasamos en el campamento me enteré bien de la misión de “machacante”. Habíamos terminado de rezar el Rosario, cuando el otro “machaca” vino a buscarme, en nombre del sargento Campiña, para que fuera a hacerle la cama. Contesté que no me daba la gana, y que me dejase en paz. El muchacho se fue, volviendo al poco rato para decirme que acudiera a la llamada, porque el sargento se había enfadado mucho al conocer mi respuesta. No hice caso y me eché a dormir. Antes estuve pensando en mi labor de “machacante”; ¿para esto me había enrolado en la División?. ¡No!, no era para esto, y por tanto, a la mañana siguiente lo pondría en conocimiento de quien fuera.

Cuando me presenté al mencionado sargento, este me echó una buena bronca, y dijo que me arrestaba sin poder salir de paseo durante cinco días. Y, además, si no quería estar con ellos, que lo dijese. Yo vi el cielo abierto y le contesté que estaba allí para combatir contra el comunismo, no para hacer la cama a nadie. !Buena la hice!. Se puso furioso y aumentó el arresto a diez días, pero fui relevado del cargo pasando nuevamente a la plana mayor de la compañía (allí estábamos los sobrantes). Esta situación duró pocos días. Al organizar la división como las alemanas, hubo que aumentar las plantillas de las compañías. De esta forma, me encontré con que pertenecía al 4º pelotón de la 3ª sección, correspondiente a la 11 Compañía (3º Batallón) del Regimiento de Infantería nº 262 (Pimentel) de la 250 División (División Española de Voluntarios).

Mi pelotón lo mandaba el sargento Aguado, y aunque todos éramos amigos, solamente Lledó lo era de antes. Con Del Buey, otro de los nuevos

camaradas, hice buena amistad.

El otro arresto (sufrí dos en el campamento), me vino por lo siguiente: había pasado la noche algo molesto, y no me levanté al toque de diana. El cabo de cuartel me llevó el desayuno a la cama diciendo que tendría que verme el médico. Así quedó la cosa. A eso de las diez de la mañana, estando la Compañía en el campo de instrucción, me levanté, presentándome noblemente al sargento (totalmente sin picardía) para comunicarle que ya estaba bien y no necesitaba el médico. Me echó una soberana bronca. "¿Qué se ha creído usted -decía -, que está en su casa?. ¡Aquí el que se pone malo, aunque sea muriéndose, tiene que ir a reconocimiento para que le vea el médico!".

Cuantas más explicaciones daba, más chillaba el energúmeno aquél. Opté por callar y resultó peor, porque decía que le tomaba el pelo. Si hablaba, me mandaba callar; si permanecía en silencio, me ordenaba hablar. En fin, todo quedó en otro arresto de cinco días sin salir a la hora de paseo.

Ninguno de los dos arrestos cumplí, y me escapaba al menor descuido. Fueron ambos una buena lección de experiencia, que me sirvió para no verme castigado nuevamente, excepto en otra ocasión, ya en Rusia, y también por tonto.

La vida que hacíamos en el campamento era dura, pero no tanto como en las marchas y en el frente.

A las seis de la mañana sonaba el toque de diana y en cinco minutos teníamos que vestirnos, hacer la cama y bajar a pasar lista. Esto es clásico en el Ejército; parece que hay interés en que no se lave el soldado. Los alemanes tenían un plazo de dos horas y se presentaban en perfectas condiciones de revista: duchados, afeitados, etc, ¡hasta les revisaban las tachuelas de las botas!.

A las siete nos daban el desayuno y a continuación empezaba la instrucción, que duraba hasta las 11.

A las 12, comida, con descanso de dos horas.

De dos a cinco, nuevamente instrucción.

La cena, a las seis, y de siete a nueve paseo.

A las nueve y media, lista.

Y, por último, a las diez, toque de silencio.

Muchos días hacíamos gimnasia antes del desayuno, y otros realizábamos grandes marchas. Estas, generalmente, los días lluviosos. También tuvimos varias prácticas de tiro, y lanzamiento de bombas de mano.

La vida era muy monótona, a excepción de los primeros días, que todo era novedad. Por lo demás, quedaba reducida a lo mencionado: algo de hambre, aburrimiento y mucha impaciencia por marchar al frente.

En dos ocasionas, mientras dormíamos, sonó la sirena anunciando la presencia de aviones enemigos. No nos levantamos, por creer que formaba parte del plan de entrenamiento.

El 25 de Julio, después de comer, nos comunicaron que iban a tocar alarma para entrenarnos. Deberíamos acudir rápidamente a los refugios asignados a cada Compañía. Cuando sonó, aproveché la oportunidad para escaparme, en unión de Conde, Carreño y otros, a visitar un hermoso lago rodeado de pinares, que no habíamos podido ver por falta de tiempo.

Éste, tenía una parte en forma de playa, y se bañaba mucho público. También había barcas de alquiler.

Corniero, que pertenecía al equipo de rugby del S.E.U. de Derecho (campeones de España esa temporada), preguntó a un alemán si tenían equipo y querían organizar un partido. Contestó éste que ellos estaban atareados en la lucha contra el comunismo, y no podían hacer otra cosa sino luchar. Casi sin terminar la frase, se "ganó", por pedante, tal directo, que le impidió oír: "¿Para qué crees que hemos venido nosotros?".

Como era sábado, estuvimos cantando la Salve en el campo.

Al regreso era la hora de paseo y fuimos a confesar, encontrándonos con el Capitán en el camino que, al ver a Carreño, el cual estaba arrestado, le preguntó dónde iba, pero al conocer nuestras intenciones, le perdonó el castigo.

Individualmente, los alemanes me parecen un poco obtusos; dan claras señales de ello. Cuando nos entregaron los equipos, venía una bolsita de seda con ellos. Pregunté a uno que para qué servía; contestó que no lo

pensara, porque ya saldría el reglamento para su aplicación. Me preguntó si yo era torero, y me dijo también si era verdad que las mujeres españolas llevaban navaja en las ligas, porque él lo dudaba. De lo que estaba seguro es que a todos los españoles nos gustaba mucho el vino. Me explicó cómo eran, a su juicio, las corridas de toros; lo hacía "estupendo", principalmente el momento de matar. Más bien parecía un estoque de esgrima. Viendo el interés que ponía, me decidí a ampliar sus conocimientos … ¡yo, que en mi vida he visto una corrida de verdad!.

Sobre lo de la navaja de las ligas, me esforcé para hacerle comprender que no era cierto, y lo mismo hice en otras ocasiones que me lo preguntaron. Llegó un momento en que, cansado, comprendí que no podía convencer uno por uno a todos. Y desde entonces, a aquél que me preguntaba, le ampliaba detalles sobre el procedimiento empleado por las españolas al dar navajazos.

Referente al vino, al regresar a España me hubiera gustado encontrar a más de cuatro de los que nos llamaban borrachos. En el batallón de regreso figuraban dos intérpretes alemanes con orden de acompañarnos hasta la frontera. Queríamos que la cruzasen y conocieran San Sebastián, pero se negaban hablando del deber, disciplina, etc … Al final la cruzaron y bebieron vino español … Habían pasado muchos días y los vi por la calle de Alcalá de Madrid. La sorpresa fue grande, pero aumentó mucho más cuando respondieron a mis preguntas diciendo que "aún quedaba vino en España".

Tuve la impresión de que los alemanes eran unos "gorrones", pero no es cierto. La verdad es que casi se invitaban solos y no pagaban nada; pero es costumbre en ellos porque, al invitar, no dejan pagar nada al invitado y, además, se deshacen en atenciones con nosotros. A un "invitado" alemán, le vi beberse ¡18 litros de cerveza!.

Una noche a las 10, estando escribiendo el Diario, se presentó un centinela para anunciarnos la visita del Capitán. Preparamos rápidamente las cosas lo mejor posible, de la mejor manera posible, porque el desorden era dueño de la habitación. Allí nunca se encontraba nada de lo que se necesitaba. Todo era un revuelo por obra y gracia de Otto y Rufino. Pero, volviendo a la visita del Capitán, el arreglo de la habitación consistió en meter debajo de las camas todo lo que encontramos a mano.

Llegó la visita, pero no del Capitán. Fue una broma de Rejas. Se presen-

tó vestido de capitán, con el uniforme alemán (acababan de entregarlos en el depósito de la Compañía). Nos habíamos acostado por haber sonado ya el toque de silencio, y después de la primera sorpresa, el sorprendido fue Rejas cuando una lluvia de objetos arrojados por nosotros desde las literas fue a chocar contra su cabeza.

Ahora que he vuelto a nombrar a Rejas, citaré dos anécdotas suyas.

En una ocasión teníamos que realizar una marcha muy dura, y llovía a cántaros. El Capitán mandó que estuviera formada la Compañía, todos con impermeable, en el plazo de media hora. A Rejas le habíamos quemado el suyo y, por tanto, no podía formar con él. Se presentó al Capitán para comunicarle que le había desaparecido el impermeable. Contestó éste que en el Ejército no desaparece nada, porque no hay ladrones; así que debía buscarlo o "pintarlo", pero quería verle con él a la hora de la marcha. Rejas, sin titubeos, entró en el cuarto del Capitán y le robó el suyo. A la hora de partir, el único que no llevaba la citada prenda era el Capitán.

Llevábamos ya un buen rato de marcha, cuando el Capitán se acercó a Rejas y le dijo: "La próxima vez que tenga usted necesidad de robar algo, procure no hacerlo en mi cuarto".

Todos los días, al pasar lista, había bronca. Nos habían dicho que cada vez que nos nombraran, debíamos contestar "¡Presente!". A nadie nos gustaba, y preferíamos el "¡Arriba España!". Poco a poco todos fuimos cediendo, excepto Rejas, que se hacía valer por ser practicante. En una ocasión en que el Capitán estaba asomado a una ventana mientras pasábamos lista, le oyó contestar "¡Arriba España!", e inmediatamente bajó para comunicarnos que aquello se había terminado y solamente quería oír la contestación de "¡Presente!". Volvió a nombrar a Rejas y, al insistir en su "¡Arriba España!", le llamó diciendo: "¿Cómo hay que contestar al ser nombrado?". A lo que Rejas replicó: "Según usted, ¡Presente!; según yo, ¡Arriba España!".

La bronca que le echó fue fenomenal, y terminó diciéndole que ese grito se lo guardara para cuando entrase al asalto de las trincheras enemigas.

Desde el día 15 de agosto, festividad de Nuestra Sra. de Atocha, fecha en la que comulgábamos todos los amigos de la barriada, inicié una vida espiritual más íntima. Hasta ese día puede decirse que no acababa de "entrar". Me ponían de mal humor las conversaciones de religión que sostenía con Montoya, Corniero y otros. Terminé por no hacerles caso. Para ello me

sirvió de mucho la compañía de Novales y Villalpando, con los cuales me reunía por las tardes, a la hora de paseo.

En una de estas discusiones que manteníamos en el cuarto, fuimos sorprendidos por el capitán después del toque de silencio, y nos arrestó a todos.

Montoya y Otto son buenos chicos, pero muy soberbios. Discuten por el mero hecho de hacerlo; nunca defienden una postura.

Nos estaban metiendo miedo, contándonos cosas terribles de los rusos y las calamidades que se pasan en el frente. No me preocupaba; en realidad, no preocupaba a nadie. En esto estaba completamente de acuerdo con Bravo: ofrecer todas las calamidades y miserias que padeciéramos para la satisfacción de nuestros pecados, la conversión de los pecadores y la salvación del mundo. Al propio tiempo, rogaré por mi familia y seres queridos.

Otto se encontró un billete de los antiguos por valor de 10.000 marcos, y nos hizo creer que era de verdad. Hubo sus discusiones sobre entregarlo al Capitán, o no.

Ese mismo día, Carreño y Otto fueron arrestados ¡cinco veces!. Desde luego, es que no acatamos la disciplina.

Para comulgar tuve que asistir a tres misas: a las siete, la del Batallón, a las siete y media, la de comunión, y para poder hacerlo tuve que esperar hasta el final de la de ocho, porque se habían terminado las Sagradas Formas.

El 28 de julio nos hicieron entrega de los uniformes del Ejército alemán, ocasión que aprovechó el Capitán de la Compañía (José Herrera) para hablarnos de disciplina, y decir que el no haberla aceptado había dado lugar a unas ordenes extremadamente rigurosas: se había formado un “Pelotón de castigo” y, desde esa noche; todos los arrestados ingresarían en él, para estar picando o a “paso ligero” hasta la hora del desayuno de la mañana siguiente, llevando todo el equipo a cuestas.

También se refirió a nosotros, amenazándonos con devolvernos a España. Esto iba poniéndose serio. No seríamos los primeros que devolvieron, aunque la mayoría de los rechazados fue debido al “despiste” de San Sebastián, del que ya he hablado.

Mi primo Pedro ha sido enviado a España por tener excesiva edad; no aguantaba las marchas. Lleva noticias mías.

Viendo el rumbo que tomaban los acontecimientos, y cómo había que ser disciplinados, organizamos un verdadero escándalo en nuestra habitación, colocando como final un cubo lleno de agua sobre la puerta del cuarto de los sargentos. No sé lo que sucedería, porque nos fuimos a dormir rápidamente, y a la mañana siguiente no nos atrevimos a preguntar nada a nadie.

Al entregarnos los uniformes, todavía no sabíamos dónde íbamos ni a qué Cuerpo pertenecíamos.

El equipo se componía de: abrigo; dos trajes (uno para el cuartel y otro de paseo), el primero era fino (parecía un pijama), el segundo era grueso y parecía de lana; tres pares de calcetines; dos pares de calzoncillos largos y gruesos; dos camisetas; dos toallas; botas; pañuelos; tirantes; gorro; casco; jersey; cantimplora con vaso; marmita; mantequillera; impermeable que, unido a otros tres, formaba una tienda de campaña para cuatro personas; cepillos para lavar la ropa, para cepillarla, para el betún, para sacar brillo y para las uñas; una bolsa de seda para el pan (aquella para la que había que esperar el reglamento, según el alemán aquél); cuchara y tenedor unidos; bolsa de aseo con jabones, pasta y cepillo de dientes; correaje completo; una manta; careta antigás: tijeras corta-alambradas.

También nos dieron, en un paquetito, como de una pastilla de chocolate, una pasta para frotarnos con su contenido en caso de caernos gas sobre el cuello, y un pequeño frasco cuentagotas para hacer la misma operación sobre el armamento cuando éste fuera tocado por los gases. Por si encontráramos gas extendido en el suelo, nos dieron una cartera de hule conteniendo una sábana de papel, la cual, puesta sobre la tierra, nos dejaría aislados del peligro.

Nos dieron también una bolsa de costado parecida al macuto del soldado español y una gran mochila, dentro de la cual estaba todo. Esta mochila tenía unos ganchos que se sujetaban a las argollas, que llevaba prendido el correaje por la parte de la espalda. Toda ella iba forrada de piel, y en su parte posterior se colocaba el llamado "triángulo de asalto", el cual era de hierro, En su centro quedaba la marmita, en los bordes iba la manta, el impermeable y el abrigo, quedando lugar para una bolsa con los útiles de

aseo, tanto personal como del material militar. Esto era lo que se llevaba en campaña; el macuto grande iba en los carros de la Compañía.

Los útiles de limpieza del armamento lo componían una aceitera, cepillos de alambre, etc. Todo ello dentro de una caja de hierro.

Tanto el abrigo como el impermeable, abrochando ciertos botones con determinados ojales, quedaban bien sujetos a las piernas como si fueran pantalones, más bien formando un mono de trabajo.

El impermeable, que ya he dicho que, a su vez, era tienda de campaña, tenía forma triangular, de diversos colores. Lo que en tienda era la ventana, en impermeable era el cuello.

Todo esto nos dejó maravillados. Alemania es una nación reloj. Preparan todo con sumo detalle, me causan envidia. Su gran mal, su terrible mal, es el materialismo y su amoralidad. Prefiero España, llena de defectos, pero con espíritu religioso, patria de guerreros y de santos.

El 29 de julio fui al cine para ver un noticiario con todo lo relacionado sobre nuestro encuadramiento. Además, "daban" una película de Imperio Argentina doblada en alemán.

El 30 lo pasamos muy atareados preparándonos para la jura de la bandera. Tuvimos una buena bronca en la habitación, porque la guarrería pasa los límites de la razón: ¡Otto es el hombre más guarro del mundo!.

El 31 de julio tuvo lugar la ceremonia de jura de bandera, prometiendo fidelidad a Hitler hasta vencer o morir en la lucha anticomunista. Quedaron sin prestar el juramento los enfermos y todos aquellos que tenían servicio.

El acto se celebró en un extenso campo sin arboleda, en el que se había levantado una pequeña tribuna de madera que estaba presidida por un general alemán y Muñoz Grandes. Las banderas de ambos países ondeaban al viento a lo largo de una fila de mástiles. La División estaba formada por batallones compuestos de filas de 24 hombres en fondo que, firmes, escuchamos los discursos de los dos generales. Lo que dijera el alemán, no lo sé; pero Muñoz Grandes supo con sus palabras llegar al fondo de nuestros corazones, haciéndonos vivir minutos de verdadera emoción. Recordó lo que habíamos luchado hasta conseguir encuadrarnos, por qué queríamos luchar y, finalmente, dijo: "No pensemos en riquezas ni botines, sino en extirpar el

monstruo comunista. Y solo queremos un trocito de tierra en la estepa rusa para formar una modesta tumba junto a los camaradas alemanes".

Comenzó la ceremonia con una misa de campaña que fue oída en el más absoluto silencio; en el momento de la consagración todos los hombres caímos rodilla en tierra (menos los alemanes que, impasibles, lo presenciaron con la mayor indiferencia). Después de la misa y los discursos, rindió honores, marchando al paso de la oca, una compañía alemana adiestrada para estas ocasiones desde hacía doce años. Su desfile fue impasible e impresionante, dejándonos admirados y envidiosos por su gallardía y disciplina. A continuación cesaron de tocar las bandas de música y, en silencio, se inició el desfile de la División; los 24 hombres de cada fila marchábamos pegados codo con codo, metiendo nuestras piernas entre las del compañero de la fila anterior. El silencio únicamente era roto por los taconazos de las fuertes pisadas. La emoción nos embargaba; las lágrimas corrieron por mis mejillas.

Al regresar al cuartel, anoté en el diario:

" La alegría que siento en estos momentos, y las ganas de entrar en combate, solo son comparables al recuerdo de mi familia y de Pili.

Es la hora de paseo, pero no pienso salir. Me quedaré en la habitación, viviendo de recuerdos".

El 3 de agosto fui elegido en unión de Rafa y Montoya para formar en la compañía de honores, que al siguiente día habría de rendirlos ante la bandera española en el acto de jura de la misma por aquellos camaradas que no pudieron hacerlo la vez anterior.

Ya el hecho de ser elegido es un timbre de gloria, pero es que ¡hay que ver cómo nos portamos!. Claro que íbamos a dar guardia de honor a nuestra gloriosa insignia en territorio extranjero.

Nos lo comunicaron a la hora del desayuno, e inmediatamente comenzó el adiestramiento, sin martingalas, sin desgana, sin cansancio. Mandaba la compañía el capitán Milán del Bosch. Nos dijo que, ante todo, quería que nos diéramos cuenta de la importancia del acto que se nos había encomendado, y que, sabido eso, el triunfo lo daba por descontado.

Estuvimos, hasta que se hizo de noche, realizando movimientos. Comimos y cenamos de pié y con el casco puesto; había momentos que abrasaba la cabeza. Aprendimos más instrucción ese día que los reclutas en seis meses de cuartel, pero es que pusimos en ello toda nuestra voluntad.

Por la noche, nos atareamos en dejar en perfectas condiciones las prendas del vestuario y el armamento que habíamos de llevar la mañana siguiente.

De madrugada, empezaron los preparativos e iniciamos la marcha hacia el lugar señalado, llevando entre nosotros la bandera nacional, regalo de nuestro Caudillo.

La ceremonia fue lo mismo que la vez anterior, diferenciándose únicamente en la presencia de nuestra compañía junto a la alemana, y en que no tuvimos que envidiarles en nada, ¡que ya es bastante!. Creo que estuvimos firmes, presentando armas, "impasible el ademán", durante más de una hora.

Nos pusieron instructores alemanes, ayudados por intérpretes para enseñarnos el manejo de las armas y la instrucción con arreglo a los métodos empleados por el Ejército alemán. Estos profesores lo habían sido también de suecos e italianos. Estaban extrañados de nosotros porque, según ellos, no prestábamos atención y, sin embargo, nunca tuvieron necesidad de repetir las explicaciones y, en algunas ocasiones, llegamos a superarles: ellos dejaban el antitanque en condiciones de disparo en catorce segundos, nuestros artilleros, en trece. Serrate y Eraso lograron montar el mortero y dejarlo listo para hacer fuego en un minuto; los instructores tardaban minuto y medio. En las prácticas de tiro sucedió algo parecido.

Otra cosa que les "picaba" mucho era que nunca nos conformábamos con lo que nos decían, y queríamos saber todo y, además, el por qué de las cosas. ¡Esto es el temperamento de la raza!.

A la hora de paseo, Rufino y Yáñez formaban pareja. Un día, pasando por un internado de señoritas -"fraulein"- entraron, se hicieron amigos y desde entonces, todas las tardes iban a charlar un rato, cosa que le vino a Yáñez muy bien para ampliar sus conocimientos de alemán.

Como es natural, fuimos vacunados contra el tifus y la viruela. Además, nos analizaron la sangre, para anotarlo en la chapa individual que, con las

señas de cada uno, llevábamos colgado del cuello.

Es interesante decir que los médicos lo hacían peor que Rejas, y pronto corrió la noticia, dando lugar a que fuese muy solicitado. Su nombre se cotizaba muy alto.

Un día tuvimos una gran marcha por el monte. Fue la más penosa por la lluvia el barro, y las nuevas botas alemanas. Hubo muchas bajas: Arévalo sufrió dos ataques; Valentín y Venero terminaron extenuados, aunque no fueron ellos solos.

Empezamos cantando, pero conforme andábamos kilómetros y caían hombres, las canciones fueron bajando de tono hasta llegar a un silencio absoluto, roto únicamente por el sonido de las pisadas sobre el barro.

Al regresar al cuartel, ninguno nos manteníamos en pie. Mandaron lavarnos los pies en agua de sal, y llevaron la comida a las habitaciones para comer en ellas. ¡Qué marcha sería la realizada para que en el Ejército nos sirvieran en la cama!.

Terminé muy cansado, con una gran rozadura en el talón del pie derecho. ¡Qué mal lo pasé en los últimos kilómetros!. Como en todas las ocasiones que estuve en apuros, fui meditando la Pasión de Jesucristo.

Al levantarme de la cama tenía el pie bastante mal. Fui rebajado de todo servicio. Primeramente me curaba el teniente médico, pero me infectó la herida, y decidí que únicamente me curara Rejas.

Hasta que estuve en condiciones de hacer servicio, pasaron siete u ocho días. Como no hacía nada, y no salía más que hasta la puerta o cruzaba la calle para beber cerveza en la cantina, me aburría soberanamente y no podía dormir por las noches.

Me dieron unas revistas alemanas para entretenerme, pero el no entender lo escrito, y la inmoralidad de las fotografías dieron lugar a que las rechazara.

Los últimos días de los que estuve rebajado me destinaron a prestar servicio de "cuartel", lo cual me sirvió de entretenimiento. No sucedió lo mismo al nombrarme "imaginaria" de tres a cuatro de la madrugada: cuando el anterior me despertó, no quise levantarme y, por consiguiente, no llamé al que había de relevarme, dando lugar a suprimir la imaginaria. Tuve una

gran suerte. No llegó a enterarse el Capitán.

A los pocos días de encontrarme bien, después de comer, nos ordenaron prepararnos para otra nueva marcha. Por miedo a una reproducción de la herida del pie, no tenía ganas de andar y, además, nunca me ha gustado hacerlo recién comido. Por tanto, desde que nos comunicaron la noticia hice propósito de librarme de ella, y quedarme en cama fumando tranquilamente un puro. Para conseguirlo subí a mi habitación, me puse el correaje, el casco y tomando el fusil me fui a le esquina del edificio a hacer guardia junto a unos carros que, por la mañana, habían entregado a la Compañía, pero aún no se sabía nada de ellos en concreto y, por tanto, estaban como abandonados.

Como es natural, esta decisión mía la comuniqué a los amigos del dormitorio para que no les extrañara mi ausencia de filas.

Estando "en plena guardia" pasó formada la unidad por delante de mí, saludé muy correctamente al Capitán y los oficiales, no extrañando mi presencia allí a ninguno de ellos y, por tanto, mucho menos a los sargentos.

Cuando terminaron de pasar, abandoné el "puesto de guardia", regresé a la habitación donde, sin broncas, sin ruidos, y sin temor a que nadie me molestase, dormí una buena siesta después de fumar el puro y escribir una carta.

Al día siguiente recibí la primera carta de España, era de Pili. Decía que Montoya era padre. Como quiera que éste, en el mismo día, recibió noticias sobre lo mismo, echamos las campanas al vuelo y ¡menuda armamos en la habitación!. Habíamos cobrado, y casi todo el dinero fue a parar a la cantina; lo empleamos en cerveza (bier, escrito como se pronuncia).

A propósito de esto, a los dos días de estar en el campamento, Montoya tuvo un detalle muy gracioso: generalmente, se formaba cola cuando íbamos a comprar algo; como no sabíamos pedirlo y las cantineras no nos entendían, teníamos que valernos por señas. Esto retardaba mucho las ventas, dando lugar a la aglomeración. Pronto las alemanas aprendieron a decir: "Cola, cola" (creo que fue la primera palabra "española" que pronunciaron).

Volviendo a Montoya, éste llegó a la habitación y apresuradamente me dijo: "Vente, que ya sé cómo se dice cerveza en alemán, y nos evitaremos

la cola".

Llegamos a la cantina, y muy ufano dijo a la cantinera: "Die fraulein bitte…."

Ella, muy amable, se acercó a nosotros. Montoya volvió a repetir sus palabras. La chica nos miraba con extrañeza y se encogía de hombros. Montoya siguió repitiendo la frase varias veces. Cada vez que lo hacía, ella respondía: "Ya, ya", y se encogía de hombros muy extrañada.

Nos tuvimos que ir descorazonados. ¡Para qué contar la tomadura de pelo, cuando se enteraron en la habitación que Montoya, presumiendo de saber alemán, para pedir cerveza había dicho: "señorita, haga el favor de ..."!.

En la habitación reinaba la alegría: bailamos, cantamos, reímos, ¡y berreamos!. Un nuevo correo nos llevó carta a todos, ¡las primeras que recibíamos!. Todas las familias estaban bien, aunque muy preocupadas por nuestra suerte; no tenían noticias nuestras.

Bravo lloraba como un niño. Me da rabia que en casa me llamen perezoso, pues yo tampoco he tenido noticias de ellos hasta ahora, y no se me ha ocurrido pensar que era por su culpa.

Yáñez se ofendió mucho porque en la carta, su hermana Conchita le llamaba niño y Emilito; contestó diciendo que Emilito había muerto, para nacer, en su lugar, el soldado Emilio Yáñez Vázquez.

¡Qué emociones nos trajeron las cartas!. ¡Qué recuerdos ….!. Diremos como el poeta:

"Mañanitas del Retiro,
tardes de la Castellana.
Todo se acabó aquél día …."

Se iba acercando el día de la partida, aunque todavía no sabíamos cuándo ni adónde sería.

Cada Regimiento de infantería llevaba una Compañía ciclista. Para determinar a cuál de las nuestras correspondía, dicen, hicieron un sorteo. Y por capricho de la suerte, me vi convertido en ciclista. Yo, al menos, sabía montar pero había muchos que ni eso. Entre ellos hay que contar a Valentín

y Venero.

Nos entregaron una bicicleta a cada uno, dándonos un plazo de tres días para aprender a montar, arreglar pinchazos, en fin, todo lo que debe saber un buen ciclista militar.

Venero no logró aprender a montar, lo que le ocasionó tener que hacer las marchas a pie. Valentín llegó a mantenerse en pie, para arrancar había que empujarle y al frenar, buscaba un árbol.

Las bicicletas eran pesadísimas; llevaban dos soportes, uno en el guía y el otro sobre la rueda trasera; entre los dos había que colocar todo el equipo. Además, cada primer tirador de fusil ametrallador (una verdadera ametralladora, puesto que eran de cinta) lo llevaba colocado en posición de fuego, desde el guía al soporte posterior; los granaderos llevábamos, colgando del cuadro, una caja llena de bombas de mano.

También llevaban las bicis un farol que funcionaba con una dinamo anexada a la rueda delantera.

Los frenos eran estupendos, no tanto los de mano como los de pie. Estos consistían en ponerse de pie sobre los pedales y pisarlos fuertemente.

A los ciclistas los denominaban "paracaidistas de tierra" y "vanguardia de vanguardia". Nuestra misión consistía en, avanzando con los tanques, (las bicis se metían por cualquier sitio) unirnos a los paracaidistas en la retaguardia enemiga, mientras la infantería avanzaba a paso normal.

Tuvimos que aprender la instrucción en bicicleta y realizar prácticas de combate, llegando en una ocasión a tomar un pinar.

Si dura era la instrucción más duro resultaba el paseo en bicicleta: ¡"formen de a dos"!, ¡"formen de a tres"!, "los guías unidos formando un solo cuerpo!, ¡escalonados!, etc. etc.

Había un sargento que cada vez que descansábamos en la tarea comenzaba a dar patadas a la bicicleta, llamándola hija de tal y cual.

Una tarde, a la hora del paseo, Vicent -que era cabo- tomó una bicicleta y se fue en "plan turista", le sorprendieron el Coronel Pimentel y Muñoz Grandes. Al darles el nombre dijo uno falso, pero ellos, veteranos al fin y al cabo, le exigieron la documentación, al ver que había mentido, Pimentel le

dio un tortazo, le detuvieron, tuvo juicio y poco faltó para que le enviaran de vuelta a España. Todo quedó en la degradación y un arresto en el "pelotón de castigo".

Ya en los últimos días, tuvimos clase práctica sobre el empleo de la careta antigás. Cuando ya todos sabíamos manejarla, nos metieron en una cámara de gases lacrimógenos para hacer instrucción, correr y saltar con ella puesta. La mía no ajustaba bien. Al entrar, noté un olor muy raro. Pregunté a Rafa si él lo apreciaba y, al contestarme que no, me dirigí hacia la puerta para salir, pero el alemán que allí había no quería abrir (la cara de aquél hombre no me gustó nada, me dio muy mala impresión). Como me picaban los ojos cada vez más, me quité la careta, viendo lo cual, el hombre aquél me abrió la puerta. Una vez en la calle, el instructor me la arregló, pero volvió a fallarme. Hasta la tercera vez no funcionó bien. ¡Dios quiera que no tenga necesidad de usarla de verdad!.

Teniendo fijado ya el día de la partida, dieron orden a mi Compañía de acudir a la sala de duchas con agua caliente. Llegamos en formación, mandados por el Alférez Polo, y un soldado alemán no nos dejaba entrar. Hubo sus más y sus menos, con bronca como es ya natural en estos casos. Entramos por la fuerza, pero el tío aquél cerró con llave la cañería del agua y se marchó.

Tuvimos que regresar sin ducharnos y todo por culpa de "un alemán cabezota". Íbamos "negros", el alférez nos mandó cantar, no le hicimos caso, volvió a repetir la orden, volvimos a no hacerle caso, y entonces dijo: "Hacer el favor de cantar, que más *cabreado* que vosotros voy yo y me lo trago!".

Al llegar al cuartel era la hora de la comida, y se había recibido mucha correspondencia. Tuve cartas de casa y de Pili. Con ello desapareció el mal humor que me embargaba.

Todavía no he dicho nada sobre el régimen de alimentación; la comida era buena pero muy escasa teniendo en cuenta el desgaste que sufríamos con las marchas y la instrucción. Siempre me tenía que poner a la cola del "renganche", lo que me obligaba a comer de pie y en la fila.

Nos entregaron el "rancho de hierro" que consistía en un pequeño bote con carne de cerdo y una bolita de seda con muchas galletas pequeñas y muy duras. Bajo ningún pretexto podía ser utilizado; debíamos guardarlo,

so pena de grave castigo, para alguna ocasión anormal: un cerco, llevar varios días sin comer, etc… y además, si este momento llegaba, ya nos darían instrucciones para comerlo.

Aquí, la fantasía se desbordó. Unos decían que el bote estaba lleno de vitaminas concentradas y resultaba muy peligroso comerlo de una vez. Otros, que las galletas, al mojarlas, o al caer al estómago, se hinchaban y convertían en un pan, etc. La realidad es que todos lo guardamos con mucho cuidado durante los primeros días pero, una vez perdido el miedo al castigo y la indigestión, desaparecieron como por arte de magia.

Olvidaba decir que, en el Ejército alemán no existían los asistentes y, por tanto, también fueron suprimidos en nuestra División. Esto no tuvo importancia para Jefes y Oficiales, toda vez que ellos disponían de enlaces, los cuales hacían las veces de asistentes, pero sí la tuvo para los sargentos que, al perder los "machacantes", tuvieron que hacerse ellos solos todo lo relativo a sus personas.

"¡Qué injusticia!". "¡Qué malos fueron los alemanes con ellos!". "¡Parecía mentira que los trataran así!". Estas, y otras muchas exclamaciones oíanseles decir continuamente. Estaban indignados de verdad porque, además, el distintivo lo llevaban en las hombreras y -según ellos- no se acostumbraban a la falta de galones. "Si me viera mi mujer -dijo uno- creería que me han degradado".

A los capellanes que llevábamos no les reconocieron la graduación, y tuvieron que ir vestidos de soldados, aunque se colocaron las estrellas del Ejército español para ser reconocidos por nosotros.

Esto fue verdaderamente indignante y creo que con ello hubo motivo suficiente para haber rechazado la colaboración con los alemanes. Fue una ofensa a nuestro espíritu. No creo tener necesidad de decir que, para nosotros, el capellán seguía siendo el representante de Cristo.

Les encomendaron la censura de las cartas. El "Pater" de mi Batallón, sabiendo por ellas que un camarada casado se escribía no muy correctamente con una amiga de su mujer, un día las cambió. La de la amiga, la envió a la mujer, y la de ésta, a la amiga. Había que oír los gritos que daba el chico aquél cuando recibió carta de su mujer comunicándole que estaba enterada de todo.

Al hablar de las prendas del equipo, también he omitido que los uniformes, la toalla y calcetines resultaban ásperos por estar confeccionados con pasta y fibras de madera.

Ya se sabe para qué son los carros en los que hice mi "guardia particular". Son para llevar los equipos, el armamento pesado y las reservas de municiones. También han entregado a la Compañía un carro-cocina y motos para el Capitán y el enlace.

Han pedido voluntarios para carreros, y Navas se ha ofrecido. Me parece que lo va a pasar mal, porque no tiene la menor idea de lo que es un carro ni un caballo.

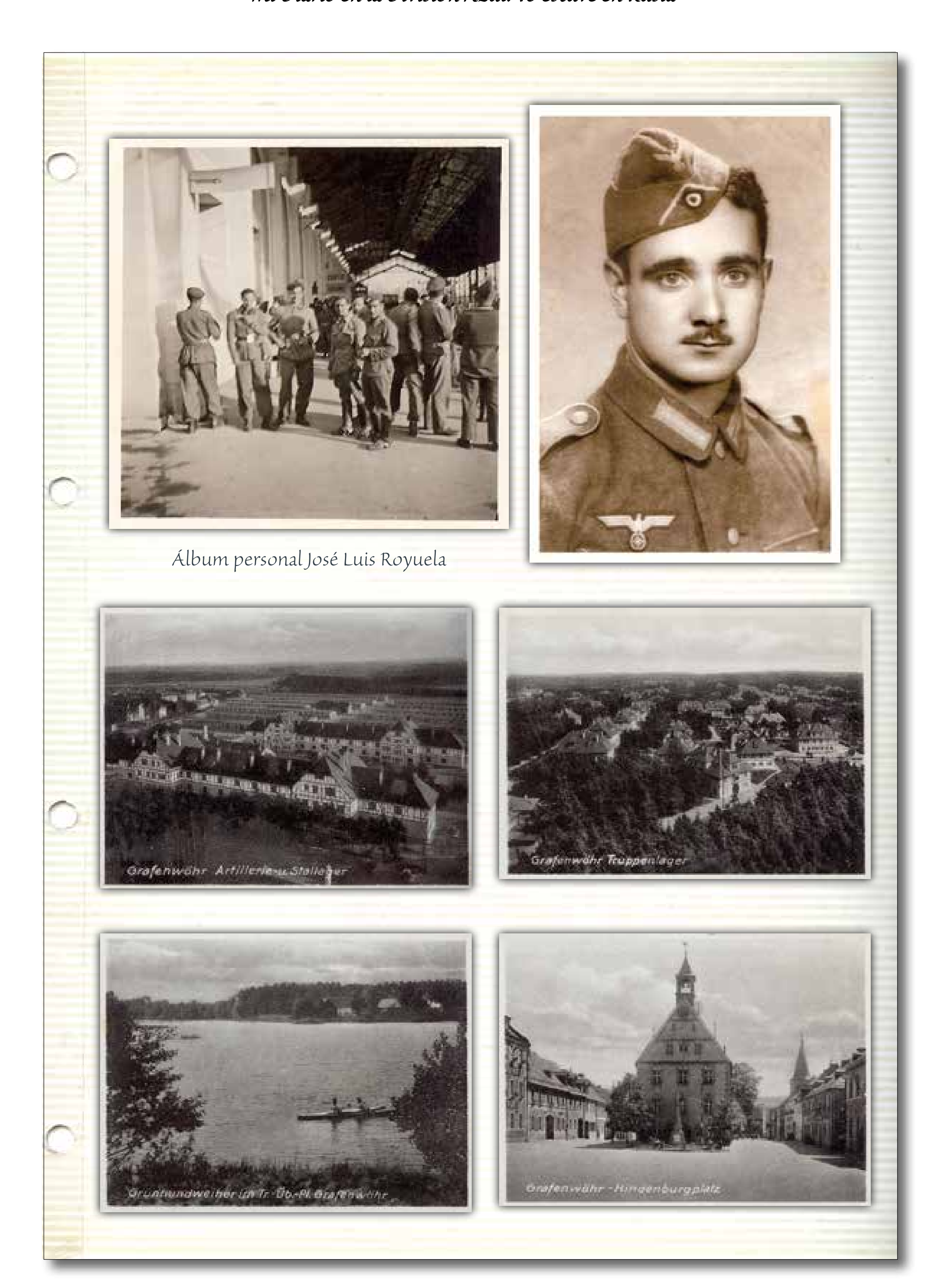
Me correspondió hacer guardia en el bosque durante toda una noche para custodiar los caballos de la Compañía, Dijeron que los "desaparejara" y no sé cuántas cosas más. Como no entiendo nada de eso, les dejé hacer lo que les vino en gana y me eché a dormir enrollado en dos mantas. A la mañana siguiente no había ninguno, aunque más tarde fueron encontrados gracias a un cabo que "entendía mucho de eso".

Me salvé del arresto gracias a un batallón de prisioneros serbios que, al amanecer, había pasado por allí, y aunque lo único que hicieron fue despertarme, pude decir que espantaron a los caballos.

Al terminar la guardia fui a lavarme y limpiar la ropa para encontrarme en condiciones de pasar la revista de "policía".

Estas revistas, a las que teníamos que acudir completamente limpios, hicieron decir a Eraso en una ocasión que "era una pena perder tanto tiempo en ellas porque luego, al salir de paseo, no nos veía nadie".

Nos avisaron que preparáramos todo para la partida; la marcha sería de un momento a otro.



Álbum personal José Luis Royuela

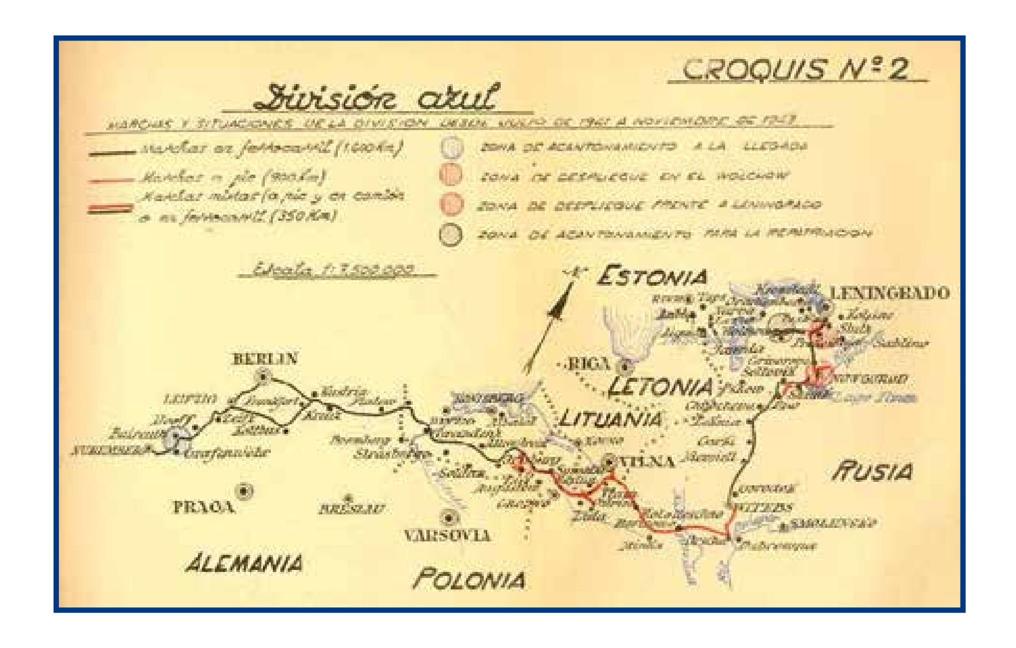







Álbum personal José Luis Royuela




CROQUIS Nº 2
División azul
ZONA DE ACANTONAMIENTO A LA LLEGADA
ZONA DE DESPLIEGUE EN EL WOLCHOW
ZONA DE DESPLIEGUE FRENTE A LENINGRADO
ZONA DE ACANTONAMIENTO PARA LA REPATRIACION
ESTONIA
LENINGRADO
BERLIN
RIGA
LETONIA
LITUANIA
VILNA
RUSIA
PRAGA
VARSOVIA
ALEMANIA
POLONIA

Camino del Frente
23 Agosto-9 Octubre 1941

Por fin, el 23 de Agosto abandonamos el campamento y nos dirigimos a la estación para embarcar.

Dimos el último adiós a la habitación 63, a la cantina, al campamento, al ambiente. Se acabó el "reenganche". Ahora, dicen, comeremos mejor porque hay tres clases de raciones: de retaguardia, de descanso en el frente y de primera línea. Al dejar el campamento, dejamos la ración de retaguardia. Lo mismo sucede con el sueldo: en retaguardia, nos dan, cada diez días, diez marcos; en marcha hacia el frente, veinte; y en el frente nos pagarán a razón de cuatro marcos diarios -a nosotros solamente nos entregarán dos, y los otros los pagarán en España, en pesetas, a nuestras familias. Así, el gobierno obtendrá divisas-.



Partimos alegres y, al propio tiempo, sentimos pena al dejar todo aquello. Ya no nos acordábamos de cantar:

"Grafenwöhr, Grafenwöhr,
ganas tengo de dejarte;
y marchar hacia el frente
para olvidarte".

¡Qué bonito es todo esto!. Los trajes tiroleses ponen su nota de color en el ambiente militar. Las bicicletas, que por todos los lugares se ven (¡hasta las monjas van montadas en ellas!), me recuerdan la Rosaleda del Retiro madrileño.

¡Qué momentos he vivido en este pueblecito alemán!. Las comuniones bajo cielo extranjero …, la jura de bandera …., las cartas recibidas …

El de la partida fue día de grandes emociones, aunque no tanto como al abandonar Madrid. Aquí no hubo alboroto, ni gritos, ni vivas, solo silencio, meditación, sentido de la responsabilidad. En nuestros oidos sonaban aun aquellas palabras de Muñoz Grandes: ¡"lo que mi Patria promete, lo cumple"!.

Teníamos una misión encomendada, misión de Cruzada, universal, religiosa.

Ya en la estación, dejamos las bicis en vagones apropiados, nos acoplamos en vagones mercancías, rezamos el Santo Rosario y a dormir.

A las cuatro de la madrugada del siguiente día arrancó el tren.

Fui despertado por la sacudida del tren al ponerse éste en marcha, eché una ojeada y pude comprobar que viajábamos muy cómodamente.

El lugar que me asignaron para "dormitorio" era una esquina del vagón, sobre una de las ruedas descansaba la cabeza, el ruido monótono que producía servía para adormecerme.

Estuve un rato pensando en nuestro fracasado intento de crear un Centro de vanguardia de la J.A.C. Este fracaso fue debido más que a falta de voluntad, a falta de tiempo y facilidades por parte del Páter.

Recordé las palabras que el padre Serafín nos dirigió en el último Círculo de Estudios: "Para vosotros es Cruzada" ¡cuánto le eché de menos!. El ca-

pellán que llevábamos no acababa de "llenarme". Excepto en una ocasión, en un descanso durante las marchas, nunca pude hablar detenidamente con él, parecía estar asustado.

También estuve un rato meditando y pidiendo al Señor fuerza para soportar todo lo que se avecinaba. No quería caer prisionero, más que temor al suplicio del cuerpo, tenía miedo a la degradación del alma por vivir entre los rusos.

Mi diario dice:

> " El viaje en ferrocarril lo efectuamos en vagones mercancías. Estos disponían de bancos para sentarse durante el día. Por la noche se plegaban quedando todo el suelo libre y lleno de paja para tumbarse a dormir."

Todo el equipo iba colgado de perchas y clavos. Llevaba también el vagón cuatro ventanas y dos grandes puertas, las cuales iban abiertas durante el día, dejándonos apreciar los lugares por donde pasábamos. Por la noche cerrábamos todo a excepción de una ventana a través de la cual se purificaba el aire.

Por las noches, después de cenar, se rezaba el Rosario en colectividad una oración por los caídos y, al final, cantábamos el "Cara al sol" con los gritos de ritual. A continuación, ya en mi rincón, leía algo del Kempis y meditaba sobre la Pasión de Jesucristo, generalmente los Misterios Dolorosos del Santo Rosario.

Puedo asegurar rotundamente que, en aquél entonces no me hubiera cambiado por nadie en el mundo, ni mi dormitorio por el mejor hotel.

Los tres días que duró este viaje voy a transcribirlos con arreglo al Diario:

> " Día 24.- A la una de la tarde paramos en Zuxkau para comer. He venido durmiendo casi todo el tiempo y no sé por qué lugares hemos pasado. A las tres y media llegamos a Chemnitz. A esta localidad la siguió Döbeln. Riesa, donde cenamos; llegamos a las siete de la tarde. Por Berlín pasamos de madrugada; no vi

nada por ir durmiendo.

Día 25.- Paso por Elsterwarde, y llegada a la frontera polaco-alemana. A las nueve de la mañana desayunamos en Seheneid; a la una de la tarde pasamos por Konit (Weftpe); a las siete cenamos en Gradens. Esta localidad tiene un puente colgante muy bonito. Una niña me dio una pera; es la primera vez que como fruta desde la salida de España.

Día 26.- Llegamos a Lyck a las 11 de la mañana. Nos han dado a beber toda la leche que hemos querido. Yo tomé ¡tres litros!."

Enfermeras alemanas habían colocado en el andén una fila de cubas llenas de leche -¡grandes montañas!, según frase de la División-. No teníamos más que acercarnos con la marmita y, rápidamente, esta quedaba rebosante de leche. ¡Buena organización!.

Habían volado un puente por donde teníamos que pasar, dando lugar a una variación en el itinerario, con el consiguiente retraso sobre el horario previsto y originando, además, la falta de comida y bebida.

Por fin, a las cinco de la tarde llegamos a Sudanex (en otro cartel figuraba el nombre anterior de Subalky)".

Este pueblo de Subalky pertenece a Lituania. En la estación, conforme íbamos bajando de los vagones, nos fueron entregando las bicicletas con todos los utensilios; ya cada cual con la suya, y en perfecta formación, iniciamos la primera marcha que tuvo un recorrido de 35 km.

En el soporte delantero llevábamos la careta antigás, dos mantas (habían entregado otra) y las tijeras corta-alambradas. En el cuadro, la caja de bombas de mano y detrás, en el otro soporte, el triángulo de asalto, la marmita, el abrigo, el impermeable, el casco, la cantimplora y los útiles de limpieza, tanto personales como del material a nuestro cargo.

Desde este momento quedamos divididos los "caimanes". Como ya he dicho, las marchas se efectuaron en formación –en la medida que cabe-. Por tanto, los últimos eran los de morteros, o sea, el sargento Lobato con Serrate y Eraso, los cuales no llevaban el mortero, sino que al igual que los

macutos pesados, iban en los carros de la Compañía.

A Venero, ya he dicho que no aprendió a montar en bicicleta. Le dijeron que hiciera las marchas a pié, o en los carros, si podía.

Nos dieron orden de aligerar el paso lo más posible, y no separarnos del grupo, porque iba a anochecer, y pronto teníamos que pasar a través de un bosque en el que había muchos guerrilleros rusos. Habíamos de llevar el fusil en bandolera y listo para hacer fuego a la menor sospecha. ¡La caravana no se detendría por ningún concepto!. ¡Allá cada cual si pinchaba o se cansaba de pedalear!.

Nos dieron los siguientes consejos: no beber agua de ningún sitio, por temor a que estuviera envenenada; no encender el farol de la bicicleta, no cantar y no hablar, porque convenía caminar con el menor ruido posible.

Bajando por una cuesta a la salida del pueblo, una niña salió a la carretera para ofrecernos peras. Frené, y al acercarme a ella, oí la voz de Valentín que había quedado rezagado y venía gritando: "¡que voy, que voy!". Traía las piernas abiertas y los pedales venían sueltos; en la cara reflejaba un miedo enorme. Parecía que se iba a estrellar, pero tuvo suerte, porque no encontró nada que se opusiera a su paso.

Cuando las tinieblas de la noche se apoderaron de la carretera, la formación inicial de la Compañía había dejado de existir. Llegó un momento en que no se supo quién iba retrasado o adelantado. Yo subía las cuestas a pie, empujando la bicicleta, y en las bajadas me embalaba para recuperar el tiempo perdido. Tuve sed, y paré junto a una casa en la que bebí agua, no sin antes hacer beber en el mismo cacharro a la mujer que me la daba. De vez en cuando me echaba a un lado de la carretera para descansar un rato, pero siempre con el oído muy atento.

Pronto olvidé todos los consejos que nos dieron. Lo interesante era llegar al final señalado, pero no conocido por nosotros. Cuando éste llegó, lo supimos por estar el Capitán parado en la carretera, a la entrada de un pueblo. Allí estaban los primeros que llegaron, y allí continuamos hasta comprobar que no faltaba nadie. Entramos en el pueblo y fuimos alojados, después de cenar, en barracones de madera. Empezaba a amanecer.

En esta primera marcha se hernió Gil, y fue mandado al hospital.

Esta localidad se llamaba Sejnz. Era un pueblo muy limpio y pintoresco. No existían señales de miseria por ningún sitio. Sus moradores debían vivir bastante bien antes de la invasión.

De los dos días que allí permanecimos solamente tuve dos horas de guardia en la noche del 28, y las hice bastante bien, porque las pasé rezando el Rosario.

La vida era muy barata y había abundancia de mantequilla, huevos y pan, aunque este último muy malo para nuestro gusto; era agrio y muy negro. En realidad, aunque a mí me parecía que la vida estaba barata, hay que tener presente que pagábamos con moneda alemana y, además, no podían negarnos nada.

Visitamos la iglesia católica, con lo que llenamos de asombro a los atemorizados fieles que en ella se encontraban. Por lo que pude presumir, los soldados alemanes no entraban casi nunca, y si alguna vez lo hacían, era para practicar detenciones. Por eso, puede calcularse el susto que se llevaron cuando vieron que un numeroso grupo de soldados irrumpíamos en el templo.

A la salida nos fuimos a pasear y buscar un sitio donde poder merendar. En una casa que entramos nos metimos hasta la cocina en busca de sus moradores, y nos encontramos con varios hombres y mujeres que estaban atemorizados. Además, había un cesto colgado del techo donde dormía un niño; mejor dicho, no dormía el niño, sino que en aquél momento berreaba, por lo que optamos por marcharnos de allí.

Continuando nuestro paseo, en otra casa nos regalaron huevos, y fue cuando por primera vez en mi vida los comí crudos. Por fin, como no encontrábamos ningún lugar donde merendar -el pueblo era muy pequeño- llamamos a una casa. Salió una mujer a abrir la puerta y no quería dejarnos pasar. Parecía muy asustada, pero al pronunciar nuestro “sésamo, ábrete” (que en este caso era “soldatis hispanis catolic”), se abrazó al primero que encontró y comenzó a llorar. Nos mandó pasar al comedor y a todos nos llenó de besos. Se adivinaba que en la casa había reinado la tranquilidad y el bienestar, pero también se veían síntomas de la guerra. Nos preparó una buena merienda a base de huevos, mantequilla y patatas. Intentamos enseñarle a freír los huevos, y no lo logramos; no le gustaban así (esto mismo nos sucedió en los demás pueblos).

Nos enseñó un retrato de su marido, que era o había sido militar, y no sabía dónde se encontraba. Llevaba muchos entorchados. También nos llevó al patio de la casa para enseñarnos el lugar donde habían tenido escondidos los objetos religiosos por temor a los rusos. Nos dijo que no quería a los rusos, pero tampoco a los alemanes, aunque si tuviera que quedarse con alguno de ellos, escogería a los últimos. Con nosotros venía un muchacho santanderino que tenía una barba grande y muy bien cuidada y le preguntó si era sacerdote, y al responder que sí, fue en busca de una familia vecina, que nos trajo bebida (la primera vez que bebía vodka). Al supuesto sacerdote le daban ración doble de todo, y al final, se arrodillaron para recibir la bendición y besarle la mano.

No terminó la entrevista sin pedirnos calzado, porque no tenían. Yo les di unas alpargatas que llevaba en el macuto con intención de cambiarlas por algo.

Cuando nos despedimos en la puerta, pasaba por allí una patrulla alemana, y la mujer, muy asustada, nos volvió a meter en la casa para que no nos vieran.

A consecuencia de aquella merienda, pasé muy mala noche, porque me dio un fuerte cólico.

El día 29 de agosto partimos hacia Kapciamiesties. La marcha, de 35 km, también fue muy dura debido al mal estado de la carretera y las lluvias que venían de cara.

Las carreteras (vamos a llamarlas así) son bastante malas. En realidad, no pasan de ser caminos vecinales. El asfalto no lo conocen ni en sueños y su anchura es poco más o menos la de los caminos vecinales de España.

Por todos estos pueblos abunda mucho la leche y la mantequilla. Con ella hacen los guisos, ya que tampoco conocen el aceite. Este pueblo es otro de tantos; es como los demás que hemos dejado atrás en nuestro pedalear.

Las marchas las hacíamos por regimientos, y a la cabeza de cada uno de ellos, marchábamos los ciclistas. Por ello teníamos que seguir el paso de la infantería y de los carros. De un regimiento a otro había una distancia de un par de días de marcha, y esto daba lugar a que pudiéramos adelantarnos con las bicicletas, y así podíamos ir haciendo descansos para dar lugar a que llegaran los demás soldados. Un avión de reconocimiento volaba casi

continuamente sobre nuestras cabezas y observaba la marcha de la División; se decía que en él iba Muñoz Grandes.

Los hombres enfermos eran recogidos por los carros que venían detrás, y a las caballerías se las dejaba en el borde de la carretera con un cartón en el que se ponía el nombre de la unidad a la que pertenecían, y más tarde eran recogidas en camiones.

El día 20 llegamos a Sopockinie, después de una marcha de 20 km. El pueblo estaba completamente quemado y los cerros que rodeaban se encontraban llenos de agujeros producidos por las bombas y cañonazos.

La marcha fue bastante buena, porque no llovió. Casi al final, había una pendiente muy pronunciada en la carretera y en su terminación, una curva con un puente volado, por el cual estuvo a punto de despeñarse toda la Compañía. Marchaba el Capitán en su moto abriendo paso y vigilando el terreno, a continuación íbamos formados, de dos en fondo, los 208 hombres. En esta ocasión, al Capitán no le dio tiempo suficiente para comunicar el peligro que corrimos, y cuando pudo avisar y frenaron los primeros grupos, los que seguíamos nos fuimos echando encima hasta formar un ingente montón de hombres y bicicletas, sin que, por fortuna, ninguno llegara a despeñarse, y, tampoco sufriendo nadie heridas de consideración.

Estábamos descansando y arreglando las bicis, cuando pasó por allí un hombre con una troika que venía cantando. Nosotros empezamos a hacer comentarios sobre el lenguaje que empleaba, y nos quedamos muy asombrados cuando le oímos decir: "¿Qué pasa?", en perfecto castellano. Resultó ser un lituano que había estado 18 años en Argentina. Él también se vio muy sorprendido por nuestro idioma, y se pasó con nosotros todo el tiempo que allí estuvimos. Aunque no dominaba muy bien el idioma, pudimos hablar con él, y fue quien nos dio noticias de dónde nos encontrábamos, y nos dijo que aquél puente separaba Lituania de Polonia.

En aquel pueblo descansamos un día, y fue la primera vez que nos alojamos en pajares. Resultaban muy cómodos y mejores que las casas y, sobre todo, eran mucho más calientes. Lo malo que tenían era el peligro de incendio por los cigarrillos, y la facilidad con que se perdían las cosas entre la paja. Yo perdí unas tijeras y la navaja, dos cosas imprescindibles en aquellas circunstancias.

El día 30 realizamos la peor de todas las marchas. Fue de 57 kilómetros

y llegamos a Tolloczki después de atravesar Grodno y descansar 3 horas.

Todo el tiempo que duró la marcha estuvo lloviendo. La carretera, como todas, era muy mala y los últimos 7 km fuimos por sembrados.

El Diario dice:

" Grodno está completamente destrozada; más bien arrasada. Los habitantes dicen que fueron los comunistas los que lo incendiaron. Estas ruinas las hemos visto por todos los pueblos por donde hemos pasado. En esta región hay muchos judíos; la gran mayoría van señalados con la estrella de Israel en el pecho y en la espalda, y en las casas hay letreros que dicen: " Aquí vive un judío".

A la salida del pueblo, al pasar el regimiento Vierna, que marchaba antes que nosotros, no se sabe quién arrojó dos bombas de mano, y volaron un puente. Con este motivo, los alemanes hicieron una redada, en la que ahorcaron a bastantes hombres. Yo vi tres, pendiendo de otros tantos árboles a lo largo de la carretera.

Los alemanes hacían estas redadas para sembrar el pánico en la población y evitar sabotajes, toda vez que no dejaban fuerzas en la retaguardia y la vigilancia la ejercían los mismos vecinos de los pueblos y ciudades que tenían bajo su dominio. Estos hombres tenían plena autoridad sobre sus conciudadanos y, al mismo tiempo, disponían de armas de fuego con munición, de la cual respondían en todo momento ante las autoridades alemanas de Inspección. Cuando sucedía algo anormal, estas autoridades eran las que pagaban las consecuencias, como acabamos de ver.

Por todas partes se ve una gran miseria, desde luego no tiene ni punto de comparación con Alemania.

Grodno debió ser una bonita ciudad, pero no en la época en que nosotros pasamos por allí. En aquel entonces no se veía ninguna casa completa; la que no había sucumbido ante el fuego de los bombarderos alemanes fue más tarde destruida por la tea incendiaria de los comunistas en su retirada. Desde bastante distancia se percibía el olor a quemado, olor que llenaba toda la atmósfera y que, junto con la visión de las moles negruzcas de los edificios, sobrecogía el ánimo y hacía compadecernos de aquellos misera-

bles vecinos. Hasta el tiempo se puso a tono con la ciudad, para ofrecernos un espectáculo de apocalipsis: el cielo estaba oscuro, oscuras bajaban las aguas del Niemen; oscuro, casi negro, era el puente por el cual entramos en la ciudad; oscura estaba la ciudad calcinada por las llamas, y negra por el odio; el temor estaba en las almas de sus habitantes y, sin embargo, en medio de aquella estampa de locura, digna del Dante, existían unos seres felices, una boda. Nunca podré explicarme cómo tuvieron valor para casarse en aquellas circunstancias; yo los vi pasar sentados en un tílburi con las cuatro manos cruzadas y los ojos de uno clavados en los del otro. Caminaban ajenos a tanta desolación y desventura. ¿Eran unos locos?. ¿Eran los únicos cuerdos que vivían en aquella desgraciada ciudad?.

En su cochecito y sin prestar atención a nuestras miradas, marchaban sonrientes, no les distrajo el alboroto de los soldados como tampoco les distraía el ruido de algún edificio en ruinas que, convencido de su estéril guardia, optaba por derrumbarse.

Yo creo que ensimismados en su ideal, quien sabe cuantos años soñado, lograron aislarse de las tristes y terribles horas porque atravesaba la ciudad, de la misma manera que montados en su carruaje quedaban a salvo de las salpicaduras del barro.

Comimos en la cuneta de la carretera, sentados en el barro y sin cesar de caer esa llovizna menuda que entumece el cuerpo y entristece el espíritu. Después nos dedicamos al asalto de huertas para conseguir manzanas y zanahorias, por ser éstas un excelente refrescante.

A la hora de reemprender la marcha nos dijeron que se estaban celebrando nuevas ejecuciones, ¿estaría aquella feliz pareja entre las víctimas?.

Reanudamos el pedalear lanzándonos por una cuesta con bastante pendiente en la que al final existía un puente provisional que había venido a sustituir al volado en el sabotaje. Allí pasé los peores momentos de mi vida: marchaba semiinconsciente, tenía los brazos y las piernas dormidas y viendo el peligro que se aproximaba no pude hacerme con la bicicleta, no por exceso de velocidad, sino porque no podía hacerme conmigo mismo. Por fin, en un formidable esfuerzo de voluntad logré frenar.

Sobre las cinco de la tarde llegamos a Tolloczki. Era una aldea compuesta por 10 o 12 casas, en realidad más que casas eran pajares; estaba recién terminada la recogida de la cosecha que, por lo que pude apreciar, debió

ser excelente, toda vez que las casas se hallaban abarrotadas de haces que impedían nuestro alojamiento. Visto todo el pueblo por el Capitán y como quiera que no nos podíamos albergar, ordenó arrojar el trigo a la calle para meternos en las casas. Ni que decir tiene que el griterío y llanto de los vecinos-propietarios del grano fue enorme, daba verdadera pena de ellos; nos enseñaban a sus hijos pequeños para hacernos ver que sin pan se morirían de hambre, suplicaban, se arrodillaban llorando con lágrimas en los ojos. Yo presencié una escena que casi hizo que me saltaran las lágrimas: era en la casa donde se tenía que albergar mi sección, solamente existía una habitación que hacía de cocina, comedor, dormitorio, etc. En ella se encontraban tres personas, una anciana, una mujer relativamente joven y un niño de unos dos años; como es natural respetamos su alojamiento y les dejamos continuar allí pero, cuando el Alférez comenzó a arrojar el grano a la calle el espectáculo que organizaron fue terrible...

Se dejaron los pajares llenos hasta la mitad y sobre los haces restantes nos acoplamos nosotros. Una vez alojados nos distribuimos, unos a buscar leche, huevos, gallinas, mantequilla o lo que hubiera y otros nos dedicamos a limpiar los equipos, las bicicletas y los fusiles.

Se sabía que los pozos de agua estaban envenenados. Había uno, el único que no lo estaba -se comprobó porque hicimos beber a los pobladores y no murieron-, por tanto se montó guardia en él.

Después de cenar, a las doce de la noche, me correspondió hacer la guardia con las siguientes instrucciones: no hacer ruido sin necesidad, no consentir que se acercara ningún ruso, y si alguno lo hacía, debía disparar contra él sin previo aviso, el ruido del disparo serviría de alarma.

Llevaba un rato de guardia cuando un gran perro se acercó a mí; me miró con aviesas intenciones, hizo ademán de abalanzarse. Como no podía disparar, tuve que retirarme a unos 30 metros, junto al carro de Intendencia de la Compañía, quedando de esta manera el perro, dueño del pozo y yo dueño de una buena cantidad de café y mantequilla.

Una vez relevado y tumbado en el pajar, estuve descansando y meditando. Cuando amaneció, escribí en el Diario:

" Siento un gran placer cuando medito la vida de Nuestro Señor Jesucristo; al fin, ya puedo ofrecerle algún sacrificio que valga la pena."

"Me acuerdo mucho de los consejos e instrucciones de mi padre, y veo claramente que tenía razón en todo, completamente en todo: la camaradería en el Ejército, los alemanes, etc. Ahora veo con claridad que la camaradería no existe en la milicia. El capitán ha dicho que ya no somos "camaradas", sino "soldados", y ya he visto pegar más de cuatro bofetones. También he comprobado que los alemanes son muy suyos, exclusivamente suyos y, desde luego, no toman esta guerra como nosotros, ni mucho menos".

En este pueblecito estuvimos descansando hasta el 4 de Agosto. Claro, que el descanso consistió en una limpieza a fondo de todo el material, bicicletas incluidas, y de lavarnos nosotros, que hacía mucho tiempo que no lo realizábamos. Ello era debido a que en el Ejército, según frase del Capitán, hay que cuidar antes al armamento que al soldado, porque éste vale menos que un fusil. Dio la rara coincidencia que, por entonces, Hitler dijo que en la guerra lo que más vale es el hombre, porque un soldado tarda 20 años en hacerse, mientras que los fusiles se hacen en serie rápidamente. La comparación de las dos frases se hace sola.

La última tarde la tuvimos libre de verdad, y los "caimanes" la aprovechamos para organizar "una de las nuestras". ¡Para qué contar la que se armó!. Y todo ello dentro de un pajar. Al final tuvimos que aprovechar las últimas horas de luz para coser, zurcir y remendar la ropa.

Reanudamos la marcha caminando 35 km, durante los cuales atravesamos los pueblos de Reduta y Lazaska. Marché muy bien, y por primera vez no tuve necesidad de empujar la bicicleta a la subida de las cuestas.

Pernoctamos en una aldea en pleno bosque, en la que no había ni caminos vecinales; por tanto, tuvimos que llevar las bicis sobre el hombro.

Al amanecer, emprendimos nuevamente la marcha. Al salir a la carretera, vimos acercarse grupos de gente, como si fueran batallones desfilando. Eran prisioneros del Ejército ruso. Venían formando tres grandes grupos compuestos por soldados hombres y soldados mujeres, de diversas razas: tártaros, mongoles, tibetanos, etc. Todos ellos tenían un aspecto salvaje, bestial… pero ¡cómo iban!.

Venía primeramente una troika con una ametralladora enfilando al grupo, la cual disparaba sin la menor vacilación en cuanto oía cualquier barullo. Los guardianes eran lituanos, elegidos por los alemanes entre aquellas familias que más habían sufrido por la dominación rusa.

Los pelotones de prisioneros iban rodeados de cercos de alambradas de espino atados a las muñecas, de manera que formaba un cerco completamente cerrado cada grupo. En la parte de atrás de cada grupo iba otra troika con su correspondiente ametralladora dispuesta a hacer fuego de la misma manera que la anterior. El soldado que caía extenuado por la marcha era rematado de un fuerte culatazo de fusil en la cabeza, sacado del resto de los compañeros y arrojado al borde de la carretera. Los judíos del pueblo más cercano recibían más tarde la orden de ir a enterrarle.

Cuando pasaron junto a nosotros, uno de los prisioneros me pidió un cigarrillo de la siguiente manera: "'tobarichs, eins papirus"; al propio tiempo, se chupaba un dedo. No me dio tiempo a pensar qué es lo que quería decirme, porque un centinela le machacó la cabeza con el fusil. Fue tal la impresión que recibí, que devolví el desayuno (Yáñez ese día, no comió).

Nos dijeron que por las noches descansaban continuando dentro de la misma alambrada, pero saliéndose de la carretera. Y al menor ruido, disparaban sobre ellos. La comida consistía en unas onzas de chocolate con patatas crudas.

Aquel día, la marcha fue de 40 km. Acampamos en un rastrojo sobre el que tendimos las tiendas de campaña, e inmediatamente nos distribuimos los hombres de cada tienda en dos grupos: unos íbamos a buscar paja para el suelo, y otros, a por lo que se presentara a mano y sirviera para comer. Dormí muy bien, pero como solíamos hacerlo unas cuatro horas diarias, tenía mucho sueño atrasado. Dejamos atrás los pueblos de Nvord Y Wasiliszki.

Al día siguiente caminamos 35 km. Llegamos a Radún, y nos alojamos en casas. El pueblo era grande y la metralla no había clavado sus garras en las casas. Descansamos un día. Parecía ser la capital de los judíos; tenía Sinagoga intacta y un banco en el que cambiamos los billetes por moneda fraccionaria.

Por primera vez me senté en una silla desde que abandonamos el campamento alemán. Fue en una peluquería, donde estuve arreglándome.

En este pueblo, la gran mayoría de las casas tienen el letrero avisando que en ella viven judíos.

El día de descanso fue el peor de todos los que había pasado hasta entonces. Me atormentaba el recuerdo de los prisioneros rusos, y la nostalgia de España. Me reanimó mucho una carta y un paquete de Pili, en el que venía el Boletín de Atocha, que hablaba de nosotros y de nuestro espíritu.

El "Pater" celebró misa en la plaza mayor del pueblo. El momento de alzar fue impresionante, y los católicos de la localidad se emocionaron hasta el punto de que, al terminar la Misa, se abrazaban a nosotros llorando.

Ante aquel acto de fraternidad, y viendo que paseábamos tranquilamente por las calles, entrando en las tiendas y en las casas sin llevar armamento alguno, hubo judíos que pensaron que éramos un ejército de liberación, y así, al entrar con Yáñez y Eraso en una casa para que nos guisaran una gallina, rápidamente se llenó de judíos de la vecindad. Nos pedían tabaco, nos daban golpecitos en la espalda y charlaban entre ellos muy animadamente. Claro está, que antes habíamos dicho que no éramos alemanes, y por fin estalló la bomba cuando nos preguntaron si éramos ingleses ("soldatis britannien"). Contestó Eraso que éramos "soldatis hispanis", e inmediatamente notamos su turbación. Para salir del paso, preguntaron si en España había muchos judíos, a lo que Yáñez contestó en broma que no, porque les habíamos hecho "kaput", o sea, les habíamos cortado la cabeza. Casi no había terminado de decirlo, cuando empezaron a marcharse todos; únicamente quedó una niña que estaba asando la gallina.

El 8 de septiembre partimos hacia Ejsziszki. Llegamos después de un recorrido de 42 Km, no entramos en el pueblo, y levantamos el campamento en las afueras porque se había comprobado que en las tiendas hacía más calor, y además no había miseria.

Esa noche, tuve un fuerte cólico por haber comido mantequilla sin pan, a mordiscos, y al día siguiente realicé la marcha de 45 km en el carro de Navas. Junto a nosotros caminaba Venero de una manera que daba pena verle, porque iba cojeando, y hay que ver lo que en esas circunstancias suponía la marcha.

Yo lo pasé bastante mal. El carro no tenía ballestas, además, la carretera era como todas, o sea, que no había un metro de ella que no tuviera algún bache. Tenía fiebre, me dolía el estómago y, con frecuencia, tenía

que hacer de vientre, para lo cual había de bajarme del carro y luego tenía que dar una carrera para alcanzarle, porque no podía detenerse. Al final, estaba peor que cuando nos pusimos en marcha, y es que hay que ver lo que supone el recorrer aquellos km, en esas circunstancias y en un carro. Se queda uno dormido y es despertado por el golpe de un bidón que se estrella sobre la cabeza. Si vas despierto, hay veces que parece que el estómago se va a salir por la boca. Además, se duermen los brazos y las piernas, se pasa frío, y lo mismo está uno sentado en la parte delantera, que tumbado en la parte posterior. En fin, cualquiera que haya realizado un viaje en esas circunstancias, sabrá lo que es convertirse en un muñeco a merced del vaivén del carruaje que le lleva.

Cuando llegamos al campamento ya era de noche. Mis tres compañeros de tienda estaban esperando impacientes para montarla. Como no se veía nada, lo hicimos bastante mal y, además, no pudimos buscar "kuras", "yaikos", etc, y tuvimos que conformarnos con las lentejas del rancho.

Ni que decir tiene que al día siguiente, aunque no estaba bien, hice la marcha de 45 km con la Compañía. Pasamos por Niemiez y Murowan. También acampamos en tiendas. Me repuse bastante, porque la cena, en vez de lentejas, fue a base de gallina asada y patatas fritas.

El día 11 caminamos 35 km, pasando por Osziana y Zuprany. Nos dirigíamos hacia Smolensko. Por la carretera se veía mucho material de guerra abandonado, que había pertenecido a los rusos. Vi dos tanques gigantescos; parecían fortalezas. Cada uno de ellos, además de un enorme cañón, llevaba doce ametralladoras.

Al día siguiente descansamos, y me acerqué a Zuprany, regresando con 18 huevos, dos gallinas y un conejo. ¡Tuve suerte!. No me costó más que dos marcos y un gran susto: no llevaba armas y me vi rodeado de 12 rusos, ¡menos mal que lo único que hicieron fue pedirme tabaco!.

La marcha siguiente fue de 45 km. Pasamos por Smvgonia, pueblo grande, pero completamente quemado. Durante el viaje vi a Vilches, que iba en un camión, y me arrojó una lata de sardinas, que me comí inmediatamente.

El día 14 recorrimos 35 km, pasando por Molodiezno. Vi nuevamente prisioneros, pero esta vez los trataban bien, porque eran rusos auténticos.

La siguiente marcha fue de 21 km, y atravesamos Krasne. Como tuvimos

más tiempo para descansar, me lavé bien, y guisé una marmita de patatas con carne de cerdo y mantequilla, pero sin sal.

Por fin, el día 16, después de 35 km de pedaleo, entramos en Rusia. Los primeros pueblos que vi fueron Radoszkowice y Uhlany.

Descansamos en una aldea donde todo era propiedad de la colectividad. Era tal el espíritu colectivista que poseían sus habitantes, que habiendo encontrado en el campo a una muchacha guardando muchas vacas, no consintió darme una marmita de leche. Por gestos me decía que, de hacerlo, la matarían. Más tarde, el coronel Pimentel mandó ordeñarlas, y desayunamos todos café con leche.

Por la tarde reñimos el primer encuentro con el enemigo. Se emplazaron las ametralladoras y, al cabo de poco tiempo, quedó el suelo sembrado de cadáveres. Por nuestra parte, no tuvimos ni una baja.

La cosa ocurrió así: subí con mi escuadra a un cerro sobre el que se divisaba una gran casa (más bien parecía un enorme garaje o almacén). Estaba guardado por un ruso que, al vernos llegar, se asustó bastante, pero no lo suficiente para que lográramos que nos diera las llaves. Gritábamos, le amenazábamos, pero él no nos daba las llaves del presunto almacén, nos contestaba con el ya clásico "Kaput". También tenía miedo a que le matasen, porque aquello pertenecía a la comunidad.

Se me ocurrió darle un cigarrillo de tabaco negro y al ofrecerle la cajetilla, se quedó con ella, entregándome a cambio las llaves. ¡Fácil soborno!. Al abrir la puerta, empezaron a salir de aquel sitio un número interminable de cerdos, que huyeron en desbandada por el campo, con lo que nos obligaron a disparar los fusiles contra ellos. Al ruido de los disparos, empezó a subir la tropa que había en el pueblo, pero en orden de combate, y la persecución de los cientos de cerdos se organizó en toda regla. La matanza fue espantosa, como ya he dicho. Al final, se veía a cada soldado con trozos de estos animales, porque cerdos enteros solamente los poseían los que llevaban la bicicleta y los ataron al soporte.

A consecuencia de todo esto, nos prohibieron comprar nada con carácter particular. Las compras las haría un sargento por cuenta de la Compañía. Y, además, nos prohibieron también hablar con las gentes.

El 18 dejamos Minsk a la derecha y entramos en la autopista que con-

duce a Smolensk.

Desde el día 19 al 22 caminamos 135 km por la amplia carretera, en plan de paseo. El 21 descansamos para lavarnos la ropa y arreglar los equipos. Esta ocasión la aprovecharon los oficiales para reiterarnos las palabras del Capitán, diciendo que en la guerra el hombre no vale nada. Yo me preguntaba: ¿qué clase de animales serán estos, que se creen que valen mucho?.

Voy a transcribir lo que anoté en el Diario el día 23 después de una marcha de 32 km:

" Por falta de tiempo y estar esperando un descanso " de verdad", han pasado muchos días sin escribir mis impresiones, y como quiera que no llega y, además, gracias a Dios, de lo que vi ayer hoy no me acuerdo, me dispongo en un rato que tengo libre a hacer un esfuerzo y anotar lo que no haya olvidado.

Primeramente, he de decir que, no obstante las marchas - la mayoría muy penosas-, no hemos dejado de rezar el Rosario ni un solo día. Unas veces, en casas. Otras, en pajares. Otras, alrededor de la lumbre, etc. He dicho casas, y he dicho mal. La palabra chozas estaría mejor aplicada a estas tierras del paraíso soviético. Sobre esto se me ha ocurrido pensar que, si el verdadero paraíso tenía algún parecido con éste, no me extraña que Adán y Eva pecaran para que los echaran de allí".

Parece mentira que en Europa existan carreteras como las que hemos dejado atrás. La única que merece tal nombre, y no está terminada de asfaltar, es la autopista de Smolesk, que tan cacareada fue por los rojos españoles. Es doble de ancha que la de Madrid a Irún, y por donde hemos pasado, está completamente llana, pero tiene trozos sin terminar. Como está trazada sobre una inmensa llanura, cabe todavía, sin dificultades, hacerla más amplia. Se ve claramente que en tiempos ha sido camino de toda

clase de vehículos, toda vez que, por sus laterales, pueden caminar coches con facilidad. O sea, que los comunistas se han dedicado a asfaltarla y no por todos los sitios".

El resto de las carreteras que hemos visto, tanto en Lituania como en Rusia, son simples caminos vecinales. La auténtica "montaña rusa" de las verbenas madrileñas: toboganes con subidas muy pronunciadas, bajadas de la misma naturaleza y revueltas verdaderamente increíbles. A todo lo descrito hay que añadir el polvo o el barro (cuando pasamos nosotros, era barro), la lluvia y el fuerte viento ¡que lo llevamos en contra todo el tiempo!. A consecuencia de los baches, resultaba imposible caminar unos metros en línea recta.

No creo que haga falta decir que la tropa que marchaba a pie sufrió muchas bajas. Yo caminé bien, excepto los primeros días, que notaba la falta de costumbre.

La población va descalza, con los zapatos en la mano, vestidos de harapos. Las viviendas son muy malas, antiguas y sucias. Los niños, raquíticos. Y da asco ver a los ancianos. Todo esto no se le puede achacar a la guerra, porque para estos seres comenzó hace sólo dos meses.

Por todos los lugares, los comunistas lo han quemado todo, excepto en Rusia, que se han limitado a volar los puentes.

La inmensa mayoría de la población es judía y lo declaran muy orgullosos. Los alemanes los trataban como a una raza inferior. No les dejaban andar por las aceras. No podían entrar a los establecimientos públicos a determinadas horas. Les hacían barrer las calles.... Este trato era el mismo para todos los judíos de Europa.

El terreno por donde hemos pasado, lo que no era bosque, estaba sembrado de patatas (kartoskas).

Pese a la proximidad del frente, caminamos sin molestias de la aviación enemiga. Por la autopista pasan constantemente convoyes de aprovisionamiento alemán. El otro día pasaron de diez a doce mil vehículos, entre tanques, coches, camiones, etc., pero todo se hace con tanto orden y regularidad, que parece haber guardias de la circulación en la pista. Nos advirtieron que los coches no paraban por nada, ni siquiera por un vuelco

o un atropello.

Constantemente pasaban aviones de reconocimiento recorriendo la carretera, y ni por equivocación aparecían los rusos. Los bordes de las carreteras estaban sembrados de material de guerra destrozado, en su gran mayoría, ruso.



Al atravesar Polonia, nos han tratado muy bien. Cuando decíamos que éramos 'catolic', nos daban de todo lo que tenían: En una ocasión, fui a una casa a ver si me freían un par de huevos; estaba una mujer con una niña de unos 10 años a la puerta, al verme, penetró en la casa. Me puse a hablar por señas con la niña, y metiendo las manos en el bolsillo de la guerrera, saqué una medalla de la Virgen del Pilar, y se la di a la niña. Ésta, llena de alegría, empezó a gritar: "¡mama!, ¡mama!, ¡Pilarica hispanis!, ¡Pilarica hispanis!". Salió la madre, y después de preguntarme si era "soldatis hispanis catolic", me abrazó llorando, y me condujo a la cocina de la casa, donde estaba su marido. Allí sentados, me frieron un par de huevos, me dieron vodka y, a cambio de mi rosario, me entregaron el suyo, que se lo había dado un alemán que, a su vez, lo había obtenido en Francia.

El hombre me pidió unas botas al marcharme, y le respondí que al día siguiente se las llevaría (todavía me estará esperando). Partimos al amanecer.

Debido a las marchas, nos hemos quedado algunos domingos sin oír misa. Tampoco hemos podido comulgar desde que abandonamos el campamento.

He observado que con nuestro humor no hay quien pueda. Hasta las caras más hoscas y hurañas de los habitantes de estos lugares se vuelven

alegres cuando están entre nosotros.

Todos los días, antes de emprender la marcha, me encomiendo a San José, pidiéndole interceda por mí y me dé fuerzas para soportar todas las fatigas, y ofrecérselas con gusto.

Antes de amanecer suena el toque de diana. En ¡cinco minutos! hay que desmontar la tienda, vestirnos, lavarnos (¡cuando podemos!), preparar el equipo en la bicicleta, desayunar y estar formados en perfecto orden para iniciar la marcha. Los primeros días me asustaban tantas órdenes: "¡a formar!", "¡a desayunar!", "¡rápido!",… Ahora todo lo que oigo me entra por un oído y me sale por el otro y, con la tranquilidad que cabe por la falta de tiempo, coloco y ordeno todo con total serenidad. Lo único que no hago es lavarme -no lo hace nadie-.

Durante los días 25 y 26 recorrimos 70 km, y cuando nos acercábamos a Smolensk recibimos la orden de retroceder 20 km para internarnos en la carretera de Leningrado.

El 27 y 28 caminamos 67 km, y nos comunicaron que solamente faltaban 18 para embarcar.

En los días 29 y 30 de Septiembre y 1 y 2 de Octubre estuvimos descansando en un bosque cerca de la carretera. Efectuamos limpieza a fondo de las bicicletas y del material. Después de lavarme bien, me afeité y corté el pelo al cero, no obstante, al pasar revista sanitaria, el teniente médico me encontró con sarna, ¡y un piojo! (el primero, el héroe, el descubridor y colonizador de mi cuerpo).

El Diario dice:

> *"Al parecer, vamos a embarcar en Witebsk, lugar situado a 18 km del bosque donde estamos acampados. Hemos realizado ensayos con las caretas de gases. Durante 4 horas las hemos tenido puestas mientras partíamos leña, corríamos, montábamos en bicicleta, hacíamos instrucción, etc."*

Casi toda la Compañía tenía sarna y piojos. Creo que influyó la paja que poníamos en el suelo de las tiendas, la cual, en muchas ocasiones, era arrancada de los tejados de las casas. Nos frotamos el cuerpo con Mitigal

durante tres días, y bastó para quedar limpios. De los piojos no nos vimos libres hasta regresar a España. El último, lo maté en Miraflores mientras me bañaba en el río.

Por fin vi síntomas de cultura en dos o tres pueblos. Alguna pequeña fábrica, y casas de ladrillos y cemento. Todos eran del mismo modelo; parecían hechas en serie.

En el bosque en que acampamos no había agua, y pasamos mucha sed.

Un día vi un avión ruso de bombardeo. Nos arrojó unas bombas alocadamente y, por suerte para nosotros, sin hacer blanco alguno.

Dejo paso al Diario:

"Tenemos muchas ganas de tomar el tren, estamos agotados por las marchas. He engordado, pero estoy bastante flojo; creo que estoy hinchado. Comemos muy bien, pero el desgaste es muy grande.

Acaban de pedir voluntarios para ir a buscar agua a un manantial (el primero que vemos). He salido yo y, a la vez que he llenado los cacharros de la Compañía, me he lavado y he bebido agua a gusto.

Acaba de pasar una Compañía ciclista alemana. No van formados; además, parecen más agotados que nosotros. Me hubiera gustado que los vieran nuestros oficiales, a ver si nos dejan en paz".

Sigue el Diario:

"Hoy, dos de Octubre, mi pelotón tuvo guardia de prevención por la noche en la carretera. Montamos una tienda de campaña de ocho y, aunque éramos once contando al sargento, como quiera que siempre estábamos cinco de guardia, el resto podía dormir tranquilamente."

Los puestos de centinela, tanto en mi pelotón como en el resto de la Compañía, se emplazaron en sitios estratégicos del bosque, y por si los guerrilleros se llevaban o mataban alguno, teníamos orden de gritar: "¡Cen-

tinela número tal, alerta!”. Y así, voceando, pasamos la noche.

En varias ocasiones me distraje de tal modo que tardé en contestar. Verdaderamente, la noche era espléndida y las circunstancias incitaban a volar al pensamiento: cielo extranjero, noche oscura, bosque inmenso, ramas que crujían …. ¿Quién no se acordaba de los conquistadores de América?. ¿Quién no se acordaba de los Cruzados?. Despierto, soñé que hablaba con uno de los primeros y me decía: “Nosotros expusimos más; no disponíamos de vuestros medios, luchábamos con salvajes, cruzamos un mar hasta entonces desconocido ..”. Yo le respondí: “Nosotros vamos a luchar con los medios más modernos que se conocen, al igual que lo hicisteis vosotros, y el enemigo dispone de las mismas armas, cosa que no os ocurría a vosotros. ¿No te acuerdas de cuando huían al verte sobre tu caballo?. ¿No te acuerdas que tus balas alcanzaban mayor distancia que las flechas de tus enemigos?. Dime, ¿en España tenías un porvenir asegurado?; ¿a qué te dedicabas?; ¿al partir, no te prometieron riquezas y botines?. Nosotros hemos dejado en España a nuestros seres queridos, nuestro vivir, relativamente bueno, y el General nos ha prometido, no “riqueza no botines, sino una modesta tumba junto a los camaradas alemanes”.

Al llegar aquí, un “cruzado” dijo: “Lo mío fue distinto; yo luché por conquistar para la Cristiandad los Santos Lugares; fui hijo fiel que muere por recuperar las reliquias de su padre”. Le contesté: “Nosotros no luchamos por las reliquias; luchamos por reconquistar tierra y almas para el Padre, como dice nuestro himno: “para un cielo vacío llevamos a Dios”. Luchamos por salvar al mundo de la barbarie comunista y soviética.”

Estábamos en esta animada discusión, cuando un lucero dijo: “No acaloraros, que cada generación habéis hecho lo que debíais; ni más ni menos; lo malo es que todos son los llamados y muy pocos los elegidos”.

De madrugada, cuando estábamos descansando en la tienda, se detuvo un coche en la carretera. Bajó un Coronel alemán y nos dijo que quería descansar. Intentamos avisar al Comandante, pero no lo consintió, diciéndonos que él era un soldado más, y no quería turbar el descanso de nuestro jefe. Por fin, se metió a dormir con nosotros.

Cuando fuimos relevados, prendimos fuego a la paja para calentarnos (eso lo hacíamos siempre al levantar las tiendas; así conseguíamos luz y calor). Como la almohada era la guerrera, más tarde me di cuenta que mi

cartera, con cincuenta marcos, las fotos, unas cartas y el carnet de la Vieja Guardia habían ardido en la hoguera."

Durante estos días Venero fue destinado a la cuadra, con Navas. Estaba hecho polvo, pasaba hambre y, por ser disciplinado, no se atrevía a nada; ni siquiera guisaba en la marmita por temor a que se estropeara. La última tarde de descanso le invité a merendar. Lo tomó a broma, porque sabía que no disponía de nada para comer. Cuando le dije que teníamos que ir a robarlo a la cocina, no se atrevió, y se asustó. Visto lo cual, le encargué preparar lumbre en la puerta de mi tienda. Llegué a las proximidades de la cocina, donde habían clavado en unos árboles una ternera, unos cuantos cerdos y por el suelo, un gran montón de patatas. Deslizándome sobre el terreno, llegué hasta dar alcance al apetitoso manjar, y rápidamente, di unos tajos a los animales, llenándome después los bolsillos de patatas.

Venero me esperaba impaciente y asustado. Inmediatamente, empezamos a freír las patatas y la carne (en mi marmita; en la suya no, porque se podía estropear; la mía quedó destrozada). Como no teníamos sal, fui a la cocina a pedírsela al furriel. Le dije que me "había agenciado una gallina y no tenía sal para guisarla".

El día 3 realizamos una marcha de 15 km, acampamos a 3 km del lugar de embarque, cerca de un campo de aviación que estaba en continuo movimiento. Resultaba muy entretenido ver despegar y aterrizar aviones constantemente.

El 4 lo pasamos en el mismo lugar, repasando el armamento y volviendo a oír decir al Capitán que "los hombres no valen nada".

Por la noche, la aviación roja bombardeó el campo. No quise levantarme y seguí durmiendo, aunque el ruido de las explosiones me molestaba bastante.

De madrugada, salimos para Witebsk, donde embarcamos a las doce del día. Era una gran ciudad. El Diario dice:

" Witebsk es la primera ciudad que veo con tranvías, aunque los tranvías no los he visto; solamente, los raíles. Las casas son de dos pisos; todas están arrasadas o quemadas. El ghetto sirve de campo de concentración; está rodeado por una tapia de madera

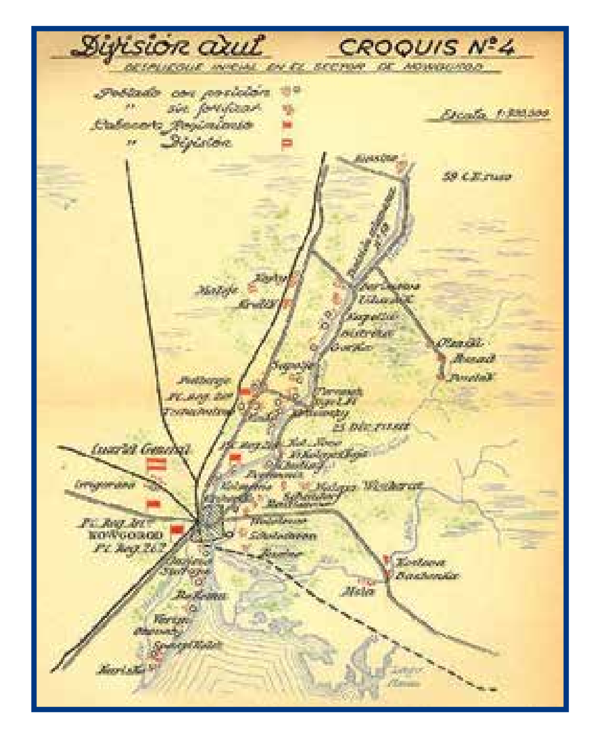
y alambradas. Cuando pasaba por una de sus puertas, oí un gran griterío y llanto de mujeres; me asomé, y vi dos hombres ahorcados en los portales de sus casas".

Sigue el Diario:

"Se me ha olvidado anotar que un día de los que marchábamos por la pista, encontramos un campamento de gitanos. Acampamos frente a ellos; mientras comíamos, preparamos un plan para robarles todo lo que pudiéramos; y cuando fuimos a ponerlo en práctica, ya se habían marchado sin hacer el menor ruido."

Los días 6 y 7 continuamos la marcha en tren muy despacio. El 8, a las dos de la tarde, llegamos a Don. Nos apeamos para comer y, seguidamente, tomamos otro tren.

Por allí, como no había carreteras y todo era un inmenso bosque, los alemanes utilizaban los coches con ruedas de ferrocarril para caminar sobre los raíles.



En el Frente
9 Octubre 1941-17 Junio 1942

Octubre 1941

El día 9 llegamos al frente. Desembarcamos en Tschudowo, tomamos las bicicletas y, divididos en dos grupos, iniciamos una marcha de 15 km hasta llegar a un pueblecito situado en pleno bosque y cuyo nombre no logré averiguar.

Uno de los grupos marchaba en vanguardia con los fusiles ametralladores dispuestos sobre las bicicletas en la forma ya indicada; el otro grupo, caminábamos dando escolta a la cocina (que iba haciendo la cena) y al resto de los carros de la Compañía.

En ambos lados de la carretera teníamos al ejército ruso luchando por abrir brecha y juntarse (hacía unos días que los alemanes los partieron en dos). Además, millares de guerrilleros luchaban aisladamente en el bosque.

Llegamos al pueblo de noche, y sin novedad.

Nuevamente, vuelvo a copiar íntegro el Diario:

" Este pueblecito es el mejor cuidado de cuantos he visto. Está situado en medio del bosque. Las casas son limpias y pintorescas. El camino que nos ha conducido desde la carretera estaba completamente enfangado. En el pueblo reina un silencio absoluto, que de vez en cuando es interrumpido por el ruido de las explosiones del frente, o el paqueo de los guerrilleros. No se ve un hombre; todos se lanzaron

al bosque al llegar nosotros.

En la casa en que estoy alojado siente uno la alegría de la civilización. Es de madera, como todas, pero está limpia y empapelada por dentro con periódicos de Moscú; Pravda es el que más abunda. Hay un gran horno parecido al de los panaderos, y de él salen tuberías que recorren la casa, sirviendo de tubos de calefacción. La temperatura es agradable. El suelo es de madera; está muy bien conservado. De las paredes penden algunos cuadros religiosos, iconos y un crucifijo. En el comedor hay una mesa que porta una gran cafetera rusa de bronce; tiene varios grifos. Esto es un síntoma de burguesía, con el que no pensaba tropezar.

La casa está habitada por dos mujeres y dos niños pequeños. Al entrar nosotros, se santiguaron al revés, y rezaron una oración en voz baja. Por señas, les dijimos que no las haríamos nada malo, y que podían dormir tranquilamente. Se metieron los cuatro en una habitación, y nosotros nos distribuimos por el suelo de las restantes. Pasamos la noche estupendamente. Antes de dormir, como es natural, rezamos el Rosario y cenamos ¡sentados en sillas, y con mesa!.

Los rusos dormían en una habitación contigua a la mía. Hablaban, y me pareció que eran mujeres españolas. Presté atención, y cuando salí de dudas, comprobé que no lo eran, pero que la pronunciación rusa es muy parecida a la española".

Ahora que han terminado las marchas y hemos llegado al frente, me parece oportuno anotar algunos detalles: el "Pater", si bien es verdad que no le habían dado graduación alguna en el Ejército alemán, no es menos cierto que, para nosotros, seguía siendo el representante de Cristo. Era agradable y simpático en el trato y, desde luego, un sacerdote excelente. Pero bien por debilidad física, o por timidez, no dio lo que cabía esperar en esas circunstancias. Nunca vino a nosotros; teníamos que ir a buscarle. Nos sentíamos

desamparados de su ayuda.

El Capitán, recién salido de la Academia, era un muchacho joven y fuerte, que llevaba el sentido de la disciplina hasta extremos exagerados. Había veces que, a mi juicio, decía verdaderas burradas. No bebía, no fumaba, y no soltaba un "taco" por nada del mundo. Su único vicio eran los caramelos y la mantequilla (¡bien lo notamos en algunas ocasiones!). También sabía guardar mucho las distancias.

El Teniente era un pedante. Pertenecía a la escala provisional. Se decía que estaba en relaciones con una marquesa. Lo único concreto que sé de él es que tenía bastante miedo, y que no veía bien; necesitaba gafas muy potentes.

Los alféreces, también provisionales, eran excelentes chicos. Sabían guardar las distancias cuando era preciso. El de mi Sección era bastante loco; parecía estar chiflado, y lo reconocía él mismo. Lo mismo abrazaba a un soldado, que le daba un tortazo, y todo ello sin venir a cuento. Con Yáñez, que era su enlace, estaba entusiasmado y, sin embargo, un día le dio una patada en el c…, con lo que dio lugar a que se enfadara, a lo cual contestó el alférez que "así se acostumbraría a la vida dura".

Los sargentos… mejor será no hablar de ellos. Había algunas excepciones, muy pocas. Uno de los pocos buenos era conocido con el mote de "voz de hombre", porque tenía una voz muy fuerte y potente, y él era muy pequeño. No se cansaba de decir que estaba orgulloso de mandar hombres más cultos que él. Sin embargo, el sargento estraperlista, y el de la "joven guardia", decían que preferían hombres analfabetos.

Este último fue sargento de mi pelotón durante una temporada. En mi vida he visto hombre más bruto. Hablaba de "continentes de tropas enemigas", de que eso era "mu lástico", etc. Le pusimos ese mote porque recordaba al burgués insaciable y cruel de que habla la canción comunista.

Los camaradas eran excelentes: unos, empleados; la mayoría, estudiantes. Todos hicimos pronto buena amistad. Nos llevábamos bastante bien, pese al agotamiento de las marchas, que nos ponían de muy mal humor. Cuando caminábamos, lo hacíamos como autómatas, y tropezábamos unos con otros, organizando verdaderas broncas que nunca pasaron de eso. Pero tampoco nunca cesaban hasta después de cenar en el campamento, cuando ya los estómagos estaban satisfechos y los cuerpos algo descansados.

De los amigos del barrio, a excepción de Navas, Arévalo, Venero y Valentín, todos caminamos bastante bien.

Navas lo pasó bastante mal con su carro y los caballos. Le estuvo bien empleado por meterse a carrero sin saber nada de eso. En una ocasión no pudo frenar, y una vara del carro se incrustó en un árbol.

La incidencia de Arévalo consistió en una coz de uno de los caballos de Navas, que le partió la ceja mientras dormía en la cuadra.

Venero terminó la marcha completamente destrozado y agotado.

Valentín, al terminar de caminar, tenía todo el cuerpo magullado de los golpes que se había dado con la bicicleta.

En general, las marchas lograron el fin que perseguían: castigar el cuerpo para endurecerlo antes de entrar en combate.

La disciplina me parecía exagerada. Nos prohibieron meter las manos en los bolsillos. Se multaba con 5 y 10 marcos, según fuera una o dos las manos introducidas. El importe era para el primero que viese esa falta de disciplina y dijera: "¡multa de tanto por llevar las manos en el bolsillo!". Esto dio lugar a muchas guasas y trucos, como, por ejemplo, meter las manos debajo de la guerrera, de forma que pareciese que estaban dentro del bolsillo del pantalón, sin estarlo. Por estos y otros motivos fue anulada la orden. Quizás influyó mucho el que Carreño multara al Capitán un día que le vio con una mano en el bolsillo.

El espíritu de todos era excelente, y deseábamos de buena fe entrar pronto en combate. Algunos sargentos estaban desilusionados porque creyeron que, al cruzar la frontera francesa, ascenderían a brigadas.

Durante las marchas, aunque llegábamos agotados, una vez que estaba el campamento en orden, se encendían las hogueras con lo primero que encontrábamos a mano, y a su alrededor se charlaba, se rezaba el Rosario y se comentaban las incidencias de la jornada. En muchas ocasiones, disfrazados, con la cara pintada, la cabeza llena de plumas de alguna gallina y vestidos con los calzoncillos largos de punto y la camiseta hasta las rodillas, danzábamos alrededor de la hoguera donde se estaba asando algún animalito. Otras veces, casi siempre, se cantaba o se bailaba en plan campamento gitano. Generalmente, estas cosas ocurrían cuando renacía el buen humor,

o sea, después de haber cenado y descansado un rato.

Reanudando el relato del Diario, esa noche estuvimos comentando las posibilidades de caer prisioneros de los rusos y las consecuencias que ello supondría en nuestra vida. Como ya he dicho, el miedo, más que por el cuerpo, era por el espíritu. En general, nunca creímos que pudieran cogernos vivos.

También hacíamos cábalas sobre la duración posible de la campaña. Yo calculé siempre, aun antes de salir de España, que duraría unos cuatro años.

El día 10 anoté en el Diario:

" Esta mañana, estando desayunando, sonó el toque de trompeta; nos llamaba a paso ligero. Al salir a la calle, nos dijo el alférez que el frente de Moscú había sido roto, y era posible que ya la ciudad estuviese conquistada por las primeras tropas de asalto alemanas. Por tanto, teníamos orden de partir y avanzar a toda velocidad hacia Moscú para unirnos a las brigadas de choque alemanas. Mi pelotón fue destinado a la carretera a esperar los camiones que vendrían rápidamente a recogernos."

Sigue el Diario:

" La alegría que reina es inmensa. Yo, desde luego, no paso a creer en la ocupación de Moscú, aunque sí en la rotura del frente. Como los camiones tardaban en llegar y empezaba a nevar fuertemente, nos hemos visto obligados a montar la tienda, y lo hemos hecho demasiado tarde, porque ya el suelo estaba embarrado. No sé si cuando vengan los camiones estaremos vivos, porque hace frío, tenemos las ropas mojadas, no podemos encender lumbre, y nos hemos encontrado con que, justamente a la puerta de la tienda, hay una bomba de mano que Lledó ha pisado varias veces, pero que no nos atrevemos a tocarla porque nos es desconocida y, además, tampoco podemos cambiar la tienda de posición porque ya el terreno está completamente cubierto de nieve y enfangado."

Pasaron los minutos y las horas, y hasta el día siguiente por la tarde no llegaron los camiones. El "General Invierno" nos había derrotado. La nieve impidió la marcha sobre Moscú, se anularon las órdenes, y nuestra ruta varió.

De vez en cuando la aviación rusa hacía presencia sobre la carretera, y se decía que arrojaba alimentos y armas a los guerrilleros del bosque. Yo no vi nada. A nosotros nos arrojó, no precisamente alimentos, sino unas cuantas bombas que no causaron ningún daño.

Era tal el frío y la humedad que hacía dentro de la tienda, que lo mismo nos daba estar dentro que fuera de ella, y paseábamos por la carretera para que los pies entraran en calor.

A las dos de la tarde del día siguiente estábamos preparados para subir a los camiones, cuando sufrimos un ataque aéreo. Nos sorprendió a los 840 hombres del Batallón, en formación a lo largo de la carretera, con los equipos cargados sobre la espalda. Los conductores de la interminable fila de camiones situados en el borde de la carretera se ocupaban en aquellos momentos de acoplar los trípodes de los antiaéreos a sus coches, cuando aparecieron cinco "ratas" rusos. No iban hacia nosotros, pero, al divisarnos, volvieron sobre la carretera y entraron ametrallando en picado. Dieron tres pasadas, pero tan malamente -tan buenamente, para nosotros-, que cada vez enfilaban todos en la misma dirección.

Nosotros, sin esperar la orden de despliegue, nos cobijamos donde pudimos. Unos, en las alcantarillas, otros, internándose en el bosque, y los más, nos ocultamos tras los árboles y girábamos a su alrededor siguiendo la marcha de los aviones. Las bicicletas se quedaron en la carretera. El resultado final fue un herido solamente, dos coches -los que llevaban la gasolina- incendiados (no obstante haberlo abandonado los alemanes, uno de ellos pudo salvarse gracias al arrojo y serenidad de un sargento de milicias, que se lanzó sobre él, y logró arrojar al suelo los bidones de gasolina).

Mientras todo esto sucedía, el Teniente de mi Compañía había perdido sus gafas, y no hacía más que gritar: "¡Mis gafas!, ¿quién ha encontrado mis gafas?".

¡Pasamos un buen susto!. Desde los árboles tiroteamos a los aviones, pero sin ningún resultado práctico.

Alojados en los camiones por orden de Compañías, secciones y pelotones, como el mío era el último de la 11ª Compañía, me correspondió ir el primero de la 12ª, que era el de la cocina. ¡No lo pasé mal!.

Todos los camiones llevaban conductor y mecánico, ambos alemanes. Cada uno tenía asignado su cometido y no se salían de él, pasara lo que pasara. Lo que quiere decir que, si el conductor iba agotado, el mecánico no le relevaba, y si el camión se averiaba (como le sucedió al nuestro), entonces el conductor permanecía impasible durante horas dentro de su cabina, mientras el mecánico se arrastraba por el suelo.

Los camiones y coches llevaban sacos con rollos de madera para extenderlos por el suelo en aquellas ocasiones en que el camión quedaba enfangado. Era digno de ver entonces la paciencia con que el mecánico cumplía su cometido: sacaba los rollos, los iba extendiendo delante de las ruedas, y una vez el camión había salido del fango, volvía a recogerlos, limpiándolos cuidadosamente antes de guardarlos.

En una ocasión, cuando abandonamos el frente, a nuestro regreso a España, pude comprobar la paciencia y tranquilidad de los alemanes, comparados con nosotros. Caminábamos desde Chiribiki (así se pronunciaba) hacia Grigorowo. El suelo estaba completamente enfangado y, paralizado por el barro, había un camión de la intendencia alemana. El mecánico estaba por el suelo extendiendo los ya entonces clásicos rollizos, mientras en conductor intentaba ponerlo en marcha. Pretendimos ayudarles, y no nos dejaron. Más adelante encontramos un coche parado por las mismas circunstancias. La diferencia era que dentro de él iban dos españoles, el conductor y un teniente de Sanidad que, sin preocuparse de los rollizos, empujaba con los hombros a fin de liberarle del barro. Al vernos, solicitaron nuestra ayuda, y entre todos logramos sacar el coche del fango.

Cerrado este pequeño paréntesis, reanudo el relato.

Dentro del camión (que, como he dicho, llevaba la cocina de la Compañía de ametralladoras), íbamos el cabo furriel, el cocinero, y yo. A los pocos kilómetros de nuestro punto de partida, sufrió una avería. Se puso el mecánico, y la arregló malamente. Digo malamente, porque al poco rato surgió otra vez, lo que le obligó a estar más de dos horas debajo del camión. Cuando vio que no podía arreglarlo por sus propios medios, decidió pasar allí la noche para, a la mañana siguiente, acercarse al pueblo más inmedia-

to y avisar a la grúa.

Mientras ellos discutían sobre lo que debían hacer, nosotros acordamos proveernos de comida y caminar hacia el pueblo próximo para pasar en él la noche. Así lo hicimos, quedando con los alemanes en que, si podíamos avisar para que vinieran a atenderlos, lo haríamos, y si arreglaban ellos la avería, nos esperarían la mañana del día siguiente a la entrada del pueblo. De no hacerlo, nosotros volveríamos en su busca.

Nos metimos en la primera casa que encontramos a la entrada de un pueblo situado en la carretera. Estaba bastante guarra; daba asco entrar. En su interior había tres hombres jóvenes y una mujer, no sé si joven o vieja, aunque a juzgar por la costra de porquería que tenía en la cara se la podía calcular entre los 30 y los 35 años de edad. Estaba agraciada, además, con un largo pelo negro que la caía sobre los hombros; en las hebras de sus cabellos se columpiaban innumerables bichos acróbatas. Dos formidables macarrones la asomaban por las narices. Su dentadura hubiera sido perfecta de no faltarle alguna que otra pieza y no haber tenido color nieve mezclado con carbón. Claro está que el tipo disimulaba todas las imperfecciones señaladas; las disimulaba, porque era todavía peor. Tenía razón el comisario de Katiuska cuando cantaba "la mujer rusa no es juguete de placer". Desde luego que no; que estén todas tranquilas si son así (en honor a la verdad, fue el único ejemplar que vi de esa clase).

Su honestidad era lo que más sobresalía en ella (en esto, todas coincidían). Nos sentamos alrededor de la mesa para cenar. La buena mujer se empeñó en sentarse encima de mis rodillas y, aunque nosotros (yo también) estábamos llenos de piojos mezclados con algo de sarna, todavía había clases. La empujaba, llamándola tal y cual, y ella lo tomaba como piropo, y muy orgullosa, se lo repetía a uno de los hombres que, a juzgar por la cara que ponía, debía ser su marido. Como nos acosaba continuamente, optamos por marcharnos a otra casa, por miedo a que amaneciera con nosotros.

Nos alojamos en una casa en ruinas situada cerca de la anterior. Con velas que nos iluminaban arreglamos una habitación lo mejor posible y nos echamos los tres a dormir, enrollados en las nuevas mantas que llevábamos, y así pasamos le noche. Los ratones y los piojos celebraban campeonatos de bailes y carreras sobre nuestros cuerpos.

Pasamos bastante frío. Ya había amanecido cuando fuimos despertados

por un ataque de la aviación soviética que estaba ametrallando el pueblo, y como no teníamos dónde meternos, tuvimos bastante miedo. Conviene recordar que las casas eran de madera y, en la que nos encontrábamos, estaba a falta de ventanas, puertas y por muchos sitios, techo.

Desaparecido el peligro, nos sacudimos la porquería del cuerpo y de las mantas, ordenamos el equipo y, después del desayuno, que fue muy bueno, fuimos en busca de los alemanes. Estos habían logrado arreglar el camión y estaban esperándonos en la carretera, conforme al plan trazado el día anterior.

El despiste era dueño de nosotros por haber perdido contacto con el Batallón. El conductor siguió carretera adelante hasta que, después de muchas consultas y dudas, llegamos al Cuartel General de la División. Allí nos encontramos un camión del Batallón que nos llevó donde iba a ser instalada la Plana Mayor. Esperé varias horas hasta que llegó mi Compañía y, al anochecer, nos pusimos en marcha, caminando en fila india, para entrar en posición.

El Cuartel General había sido instalado en un pueblecito llamado Grifgorodwo. A unos seis kilómetros se encontraba la que había sido ciudad de Nóvgorod, y que por entonces estaba destruida. Quedaban en pie algunos edificios de cemento, y el hermoso palacio del Kremlim con su brillante cúpula dorada sirviendo de diana a los artilleros rusos (allí se encontró Novales un ejemplar de la edición rusa del Quijote).

Todavía se conservaba parte de las grandes murallas que en otros tiempos rodearon la ciudad. Cerca del Kremlim existía una grandiosa plaza que tenía en su centro una estatua de Lenin en bronce. Como es natural, rápidamente fue volada. Lenin no sufrió ningún desperfecto; al caer quedó de pie y, como tenía el brazo levantado, parecía un hombre saludando a nuestro estilo. Así lo tengo retratado.

La estatua estaba colocada sobre una gran bola de bronce representando al mundo; las naciones estaban en relieve. Ésta, a su vez, se apoyaba sobre un enorme bloque de piedra al que rodeaban unos jardines muy bonitos.

Por más que observé durante las horas que anduve por allí, y luego en posteriores ocasiones, no vi nada relacionado con lugares de diversión: cines, teatros o cafés. Tampoco existía ninguna Iglesia, pero sí un campo de deportes.

Por los arrabales del sur atravesaba la ciudad el río Wolchof (como se pronuncia), que tenía una anchura de unos 80 metros, y sobre el que hubo un hermoso puente de hierro. Este había sido volado por los rusos en su retirada, y unas barcazas hacían sus veces mientras los pontoneros trabajaban activamente para repararlo.

En la orilla opuesta existía una cabeza de puente que era la destinada a nuestra posición. La Plana Mayor del Batallón se instaló en unas casas, bastante buenas, en las ruinas de una fábrica de electricidad que allí había, junto con dos iglesias ortodoxas y el palacio que, según decían, fue residencia veraniega de los Zares.

Las iglesias estaban cerradas con candados. Por dentro se encontraban muy bien conservadas y limpias; tenían verdaderas maravillas en pintura. Debían estar como museos o algo por el estilo. Al abrirlas, pronto se llenaron de gente, sobre todo mujeres, que lloraban emocionadas, ¡y cualquiera sabe lo que decían!. Había muchos objetos de oro, cuadros y los célebres iconos que parecían estar pintados con polvo de oro.

Por una serie de cuadros maravillosamente pintados, que estaban en la pared, saqué la conclusión de que una de las Iglesias era el templo dedicado a un Santo, no sé quien, ni tampoco la fecha, que cruzando el río, se hundió la barca que le conducía y, cuando iba a perecer ahogado, surgió una gran piedra sobre la que se posó y le condujo hasta la orilla. Todas estas escenas estaban pintadas, y al final se encontraba la auténtica piedra de la leyenda o realidad -en esto no opino-; sólo digo lo que vi.

En el palacio, en ruinas, desde el tejado y atravesando el inmenso jardín, se extendía una gran malla a la cual servían de sostén numerosos árboles. Se decía que los Zares la llenaban de flores para cubrir el sol en las tardes de calor y, que con azúcar extendido por el suelo patinaban en el verano. Vuelvo a repetir que de esto no sé nada. He visto, sí, el palacio, los jardines y la malla.

Al comenzar la pequeña marcha, ya de noche, nos dieron instrucciones muy severas respecto al modo de comportarnos en ella: nada de hablar, no toser, no encender luces, evitar todo ruido posible, mucho cuidado con la marmita, el casco y cualquier otro objeto que pudiera sonar al rozar con otro, y dejar una distancia de diez pasos de un hombre a otro.

El 12 de octubre (hasta el día siguiente no me enteré que había pasado

el Pilar), con noche completamente cerrada, caminamos en este plan durante tres cuartos de hora. El frente estaba en silencio. Intuíamos un peligro, pero no sabíamos dónde se encontraba ni por dónde podía llegar la bala que llevara grabado nuestro nombre. A cierta distancia de nosotros, de vez en cuando, una bengala se encendía en el aire; cada vez su color era diferente. Aquello recordaba los fuegos artificiales con sus luces de colores y explosiones. Otras veces, una luz pequeña partía en veloz viaje entre dos obscuridades: nacía sin saber cómo, y moría de igual forma. Eran las balas trazadoras, que llevan carga de fósforo y sirven de guía al tirador que las lanza, al propio tiempo que, al igual, que las bengalas, son señales en código con arreglo a sus diversos colores.

Llegamos a un pequeño altozano, sin ver absolutamente nada a nuestro alrededor. Hicimos alto mientras el capitán iba y venía con grupos de soldados. Los que se llevaba eran españoles; los que traía, eran alemanes. Nos cambiaba como si fuera un prestidigitador. Cuando me tocó el turno, caminé tras él. De pronto, me dijo: "Vd, aquí". Dio un fuerte pisotón en el suelo; sonó a madera, porque había pisado una puerta extendida en la tierra (como suelen tener algunas tiendas para bajar a la cueva). Ésta se levantó y oí la voz del sargento Lobato que me ordenaba bajar. Descendí tres peldaños y la trampilla volvió a caer sobre mi cabeza y ¡qué alegría!: me encontraba en una cueva-habitación donde se hallaban, además del sargento Lobato, que era una excelente persona, Yáñez, Rufino, Eraso y Serrate; poco después llegó Rafa, y también se encontraba allí un alemán con cara de carnero.

La chabola, nuestro hotel, estaba bastante bien para lo que se podía esperar en aquellas circunstancias.

La habitación de entrada la podíamos llamar cocina-comedor-recibimiento-sala de estar. Nada más bajar el último peldaño de la estrecha escalera, había unos sacos cosidos en forma de cortina; se corría ésta, y aparecía la citada habitación que disponía de fogón hecho con ladrillos. En uno de los laterales había una minúscula, llamémosla ventana, pero en realidad era un orificio por donde entraba algo de luz. A los lados, unos clavos grandes hacían de las veces de perchas. En un rincón había un cajón que servía de aparador-despensa. Tenía, además, cuatro sillas, un buen sillón, y una mesa. Se podía estar de pie sin dar con la cabeza en el techo, aunque faltaba poco. Al lado izquierdo había un pequeño hueco con un peldaño; al

subirlo se encontraba otra habitación con bastante paja y una ventanilla del estilo de la anterior. Éste era el dormitorio; en él cabíamos cuatro personas. No se podía estar de pie, sentados dábamos con la cabeza en el techo. La paja estaba llena de piojos, que pronto formaron nueva raza al mezclarse con los nuestros, ¡y qué fructífera resultó!.

Todas las paredes y el suelo eran de tierra; de techo tenía unos troncos de árboles con tablas y, sobre éstas, sacos de tierra de forma que, desde fuera, estaba muy bien camuflada, porque solamente sobresalía como cosa de un metro sobre el nivel normal del suelo.

Estuvimos un rato cambiando impresiones sobre la última marcha. No pudimos hacer planes para lo sucesivo, porque no sabíamos todavía cuál era nuestra misión.

Estuvimos intentando charlar con el alemán, pero el pobre hombre parecía asustado y, además, debía ser muy burro (no volví a ver otro alemán tan cerrado como éste). A todo respondía "¡ya!, ¡ya!". Le decíamos todas las perrerías que nos venían a la lengua, y él nunca salía de sus dos sílabas.

Yáñez, que sabía un poco de alemán, no logró entenderse con él. Después nos dimos cuenta de que estaba labrando una cruz de madera para colocarla sobre la tumba de un caído que estaba cerca de nuestra chabola. Por eso no admitió el relevo.

Cenamos, y para ello, nos comimos las patatas que tenía el alemán. Él salió y al rato regresó con más patatas, dejándonos desorientados.

De aquella noche no sé más, porque me metí por el agujero y me eché a dormir.

Casi todo el día 13 lo pasé durmiendo. Por la tarde salí fuera de la chabola para ver el terreno donde estábamos situados. No existía un sólo árbol; todo el paisaje era una inmensa llanura sembrada de patatas. Entonces me expliqué por qué el alemán no se molestó cuando le quitamos las que tenía.

La tercera Sección estábamos situados en una segunda línea a una distancia de 100 metros de las avanzadas, donde se encontraban la primera y la segunda.

Las avanzadillas rusas estaban a unos 500 metros de nosotros. No se veía a nadie por sus líneas. Tampoco ellos podían vernos a nosotros, porque

en las avanzadas no se salía de día, y los centinelas caminaban por las trincheras. Nosotros, como he dicho, estábamos en un repecho muy castigado por los morteros rusos.

Por la noche se montaban las guardias y los escuchas. Entonces, la tercera Sección subíamos de servicio. Por tanto, la única diferencia que existía entre unas y otras secciones estribaba en que las dos primeras estaban unos metros más avanzados que nosotros y, por otro lado, tenían la ventaja de que les llevábamos la munición, la comida, la leña, etc.

En la chabola nos distribuimos los trabajos: el sargento partía la leña que Rafa se encargaba de recoger; Yáñez fregaba los cacharros; yo salía a recoger patatas con ayuda de la pala: Eraso y Serrate guisaban la comida.

Más tarde se incorporaron a nuestro “hotel” Orencio y Gil; éste, cuando regresó del hospital.

El día 13, al anochecer, mi Pelotón tuvo que ir a la Plana Mayor del Batallón para recoger la cena y munición de la Compañía. Empezamos a caminar, a lo lejos se divisaba le hermosa silueta del Kremlim sirviéndonos de guía; tardamos en llegar unos tres cuartos de hora. Una vez allí, cenamos y recogimos el suministro y la munición. Emprendimos el regreso cuando ya había anochecido. Yo llevaba una caja de munición en cada mano; el total de peso era de 50 kilos. Necesitábamos hacer muchos descansos y, al mismo tiempo, la hora apremiaba. Se había hecho de noche, no conocíamos el terreno y a las 10 se iba a dar un golpe de mano.

La noche estaba completamente cerrada. No se veía nada a nuestro alrededor. Podría decirse que estaba tan oscura como la conciencia de Stalin. Llevábamos caminando más de una hora cuando nos dimos cuenta que andábamos despistados. Optamos por hacer alto. El sargento que nos mandaba nos reunió a todos sentándonos en el suelo y, después de cambiar impresiones, decidió que cada uno marchara en dirección distinta hasta una distancia prudencial para atisbar el terreno. Así lo hicimos y, conforme regresábamos, las esperanzas de orientarnos eran desalentadoras: unos habían visto una carretera recta que se perdía en la oscuridad; otros vieron señales de los neumáticos de un camión. Esto nos hizo pensar que estábamos en territorio del enemigo, porque antes no habíamos visto carretera alguna. Por otro lado, el Kremlim ya no se divisaba (era natural; la oscuridad de la noche no lo permitía). En realidad, lo que más nos asustó fue el comprobar

que llevábamos andando bastante más tiempo del que era necesario para regresar a nuestras posiciones.

Cuando me tocó el turno, comencé a andar llevando el fusil debajo del brazo, y listo para disparar. Avanzaba, avanzaba, no veía nada. De pronto, una silueta; caminé un poco más, y vi claramente a una persona que estaba de pié; le di el alto, no me hizo caso, me lancé a tierra. Fui a disparar, pero no veía el punto de mira; coloqué sobre él un papel de fumar, y así ya pude hacerlo, pero con tan mala puntería, que el individuo aquél no se inmutó. Seguí disparando, mientras él seguía firme sin hacerme caso. Apoyándome en los codos, caminé hasta estar muy cerca de él; le lancé una bomba de mano, dos, tres... Cuando le vi caído, me acerqué ... !Era un espantapájaros!.

Cuando lo comuniqué al grupo, parece que el espíritu de humor volvió a renacer en nosotros y encomendándonos a Dios, decidimos seguir andando todos unidos. No habíamos andado cien metros, cuando nos encontramos en nuestra posición. Habíamos estado dando vueltas alrededor, y la carretera sí existía, pero no nos habíamos fijado en ella. Cosa natural, porque atravesaba nuestras chabolas y, como no era asfaltada y allí el terreno estaba sin sembrar, se confundía fácilmente.

Aquella noche, después de repartir la munición y el suministro, no tuve más servicio.

Los que nos encontrábamos en la chabola, después de cenar y charlar un rato, rezamos el Rosario y nos dedicamos a anotar las impresiones del día.

Aunque sólo podíamos dormir cuatro, la chabola estaba bastante bien porque, generalmente, siempre estábamos de servicio más de la mitad de sus habitantes.

La mañana del día 14 la dediqué a recorrer las posiciones a fin de orientarme. Las trincheras no eran nada buenas. Se veía que habían sido hechas apresuradamente y tenían, por tanto, carácter provisional. Las chabolas estaban en las mismas avanzadas, y eran bastante malas; en casi ninguna se podía estar de pie. Vi algún que otro ruso en sus trincheras; entre ambas filas cruzaba un río que desembocaba en un pequeño lago; a mi parecer, era un brazo del Ilmen.

Delante de nuestras trincheras había unos enormes montones de paja pertenecientes a la colectividad campesina; aquél terreno eran las eras.

Al anochecer, bajé con Yáñez a la posición para montar las guardias; estuvimos cuatro horas alternas de centinela, paseando por encima de las trincheras y alrededor de los montones de paja, que nos servían de parapeto. Lo pasamos bastante bien. Era la primera guardia en el frente y, sin embargo, parecíamos veteranos. Mientras vigilábamos la posición del enemigo, estuvimos rezando el Rosario completo y charlando. Al vernos el sargento encargado de le guardia, nos dio orden de separarnos.

El silencio de la noche era interrumpido de vez en cuando por el tableteo de las ametralladoras, y algún que otro morterazo. Se oían cruzar las balas, pero no nos inmutábamos. Me parece que era debido a la ignorancia, más que al valor. Cuando una trazadora cruzaba cerca de nosotros, a continuación se oía una larga serie de silbidos que nos hacían creer artistas fracasados.

Las horas libres las pasamos dentro de una chabola cercana, que no tenía puerta y en la que además de poseer un buen ejército de ratones, la tierra caía constantemente sobre nosotros.

En estas condiciones pasaron los primeros días, o sea, en una guerra de broma. Lo que era serio, muy serio, es que no nos podíamos lavar ni afeitar por falta de agua y, por tanto, los piojos y la sarna tomaron mucho incremento.

La comida consistía en unos 30 gramos de mantequilla, 600 gramos de pan, unos días 30 gramos de mermelada, otros de carne de cerdo y los más, ninguna de las dos cosas. A esto hay que añadir unos cuantos caramelos y 5 cigarrillos: De bebida teníamos una cuba de café para todo la Compañía.

Un pelotón fue destacado a la Plana Mayor del Batallón para encargarse de traer la leña, el suministro y la munición a diario.

La leña se arrancaba de las casas, que desaparecían enteras de la noche a la mañana; la comida que nos llevaban consistía en una marmita de verdura, especie de repollo fermentado que nos repartían todos los días al anochecer. Primeramente, la traían en carros rusos -troikas- y luego, cuando el suelo mudó su ropaje y quedó blanco, se emplearon los trineos tirados por caballos. Estos pobres animales fueron sucumbiendo ante el frío, y muy

contados sobrevivieron al invierno.

Cada día era más difícil obtener patatas. Por un lado, ya se habían sacado todas las situadas en las tierras no batidas por el enemigo, y por otra parte, por causa de las heladas, el terreno se había endurecido de tal forma, que las palas se partían y los picos rebotaban como si se golpease sobre piedra.

Todo el suministro que recibíamos en las chabolas lo hicimos propiedad común. Cuando teníamos patatas, confeccionábamos unos guisos estupendos: dentro de un gran perol de barro, en el que nos lavábamos los pies y alguna vez hizo las veces de orinal, las poníamos a cocer; una vez realizada la operación, procedíamos a pelarlas y machacarlas. Después, las rociábamos con mantequilla y carne de cerdo picada. Cuando había sal, se la echábamos; a falte de ella, empleábamos azúcar o sacarina. Y las más de las veces, las comíamos sin nada. Una vez formada esa plasta, la metíamos en un horno que hicimos dentro del fogón hasta que quedaban bien asadas.

El humo que se formaba dentro de las chavales nos ponía excesivamente guarros, y al mismo tiempo, nos produjo bastantes padecimientos de conjuntivitis. Esta enfermedad se agravó bastante cuando nos metimos en el invierno, porque el reflejo del sol o de la luna sobre la nieve helada era terrible. También solíamos tragarnos muchos “gallos” y, por consiguiente, la gastroenteritis se apoderó de nosotros, siendo durante todo el invierno una inseparable compañera. Otra de las “delicias” que disfrutamos fue la colitis, que dio lugar a varias muertes.

La sarna se recrudeció. Los primeros tiempos la soportamos gracias al Mitigal, aunque éste tenía muy mal olor, y, además, el cuerpo se quedaba pegajoso y guarro. Dicho inconveniente tenía la ventaja de que no les gustaba a los piojos su olor y huían de tanta porquería.

Cuando se terminó el Mitigal ya teníamos costra en el cuerpo, costra que sirvió a los piojos para formar sus viviendas, y entonces se enseñorearon por completo del cuerpo. Como nos rascábamos, nos levantábamos la piel, y esta ocasión era aprovechada por los animalitos que compartían nuestro cuerpo para internarse por ella y producirnos otra de las clásicas enfermedades: la piodermitis.

Los piojos constituían una verdadera desesperación; con suma facilidad, metiendo le mano por cualquier parte del cuerpo, podíamos llegar a

matar 200 o 300, mientras los restantes continuaban picando. El sargento de mi chabola, en una ocasión que tuvo el humor de contarlos; en media hora mató 287.

Yo inventé un buen procedimiento para luchar contre ellos: estos animalitos, aunque acuden a la porquería, no la admitían hasta el extremo en que nosotros nos hallábamos. Por eso, en una ocasión que me lavé y mudé la ropa, al llegar la noche tenía más bichos que nunca. Con lo cual comprobé que preferían la limpieza relativa y, por tanto, volví a ponerme la ropa sucia; y desde entonces, los piojos que mataba, los dejaba reventados y adheridos a mi cuerpo. Además, me coloqué una faja de lana muy limpia, a la cual acudían en concentración, y así, siempre que disponía de un rato libre, me la quitaba y la aplicaba muy cerca del fuego, donde los racimos de animales explotaban como si fueran globitos.

Casi siempre teníamos los dedos manchados de sangre, pero no teníamos inconveniente alguno en chupárnoslos cuando quedaban en las manos algunos restos de mantequilla.

Tanto en "tierra de nadie" como detrás de nuestras posiciones existían numerosos cadáveres de soldados rusos, junto con tanques abandonados y diverso material de guerra. Los cuervos se lanzaban sobre los muertos como es clásico en estas ocasiones. A algunos cadáveres les faltaba el vientre, a otros las piernas, etc. Como el espectáculo era inhumano, aunque estuviéramos en guerra, pedimos permiso al Capitán para enterrarlos. Nos fue denegado, porque los rusos, en sus retiradas, acostumbraban a dejar minas alrededor de los muertos y del material, pensando que explotarían al ir a recogerlos. Por otro lado, no había peligro de putrefacción, dado que teníamos el invierno encima, y los cuerpos se conservarían helados. Así sucedió; al llegar el deshielo, un divisionario designó a Nóvgorod como la "ciudad de los muertos incorruptos".

Uno de los primeros días que el Pelotón encargado de abastecernos se dirigía a la posición, entraron en una de las casas abandonadas para ver si había algo aprovechable. Después de inspeccionarla, decidieron llevarse un gran armario que se encontraba en buenas condiciones, y al abrirlo, se les cayó encima el cadáver de un soldado ruso que allí estaba de pié firme, rígido y con una botella de vodka vacía en cada bolsillo. No se pudo averiguar nada sobre su muerte, además, no tenía ninguna señal de muerte violenta.

Los primeros días en el frente transcurrieron sin novedad digna de mención. Como españoles que éramos, no pasó mucho tiempo sin que denunciáramos nuestra presencia en las posiciones: unas veces era el fanfarronear caminado tranquilamente por fuera de las trincheras, fanfarronada que, generalmente, terminaba con una gran "plancha" contra el suelo cuando arreciaba el silbido de las balas enemigas. Otras veces, eran las canciones o las broncas. La realidad fue que los rusos supieron a la perfección nuestro paradero y los lugares de emplazamiento de las máquinas, así como los de las chabolas. Con todo ello, conseguimos ser acribillados a morterazos continuamente.

Arreció el frío y éste comenzó a causar bajas. Por otro lado, hubo que aumentar los puestos de guardia, y establecer "escuchas" cerca de las líneas comunistas. El servicio aumentó considerablemente; hubo momentos que llegamos a tener un 75% de bajas, lo cual motivó un gran exceso de servicio. Los puestos de escucha eran muy peligrosos, pero tenían la ventaja de que con cuatro horas de servicio quedábamos libres y podíamos descansar. De simple centinela era imposible el descanso. Entre guardias y relevos, a lo sumo quedaban cuatro horas libres.

Elegí ser "escucha", y la ignorancia, que es tan atrevida, me dejaba dormir tranquilamente en el puesto. Primeramente, los "escuchas" actuábamos sobre los montones de paja, que ya he mencionado. En su copa, formábamos un nido para, desde allí, enrollados en las mantas, ejercer la vigilancia. Después, cuando las patrullas rusas los quemaron, resultaba más desagradable, porque la duración y el frío, unidos a la excitación del sistema nervioso, nos dejaban agotados.

En las noches oscuras, los puestos se hacían por parejas. El escucha tenía por misión acechar los movimientos del enemigo y, en caso de ataque, debería arrojar una bomba de mano que sirviese para dar la señal de alarma en nuestras posiciones. En el caso citado, el enemigo abría fuego al verse sorprendido, y era contestado desde nuestras posiciones, que disparaban sin tener en cuenta para nada al compañero que se hallaba entre dos fuegos. La papeleta era sumamente arriesgada y peligrosa. No obstante, yo no veía el peligro, sino el descanso después de realizado el servicio y el estar libre de la vigilancia de oficiales y sargentos, que andaban al acecho de cualquier descuido de los centinelas en la posición.

El día 18, el Capitán pidió voluntarios para dar un golpe de mano y

tantear las fuerzas del enemigo, y al propio tiempo observar los lugares de emplazamiento de sus máquinas. Después de meditarlo un poco y sacada la conclusión de que estaba allí para luchar, me ofrecí. Como todos los demás camaradas hicieron lo mismo, el Capitán decidió elegir por sorteo; de mi chabola, fueron Yáñez y Rufino.

Yáñez tenía gran espíritu de sacrificio. En una ocasión, que nos juntábamos todos a dormir en las mismas horas, él dijo que tenía servicio, y al levantarnos, comprobamos que no era cierto. Se había pasado el tiempo durmiendo en una silla para que los demás descansáramos mejor.

Salió la patrulla encargada de dar el golpe, y después de recorrer bastante terreno, no encontró al enemigo. Éste estaba atrincherado en la orilla opuesta del pequeño río o brazo del Ilmen, según mi opinión.

A consecuencia de todo esto, el Coronel Pimentel ordenó que atacáramos. Muchos preparativos, mucha precaución, y … mucho miedo. Como era verdad, no lo voy a negar ahora. El miedo era general. Desde el Capitán al último soldado. Desconocíamos el terreno, la profundidad del río y el número y potencia del enemigo. Es más, no teníamos certeza del lugar donde estuvieran enclavadas sus principales líneas defensivas.

Los días 19, 20 y 21, nuestros morteros y artillería, enclavada ésta en la orilla izquierda del Wolchof, estuvieron machacando continuamente las posiciones rusas. Mientras tanto, los rojos contestaban con fuegos de fusilería y ametralladoras. Orientándonos por los disparos de estas últimas, pudimos comprobar que tenían un gran número de fortines desde los cuales disparaban.

El día 21 escribía:

" Estamos preparados para el ataque; estoy muy contento; tengo miedo y toda la confianza la he depositado en Dios; sólo se cumplirá su voluntad. Estoy mucho más sereno de lo que pensaba para cuando llegase esta ocasión. No creo que podamos sorprender al enemigo. Se le observa que está preparado, quizá mejor que nosotros; hemos sido demasiado alborotadores.

Para atacar tenemos que cruzar una extensa expla-

nada batida por las armas rusas. Después hemos de atravesar un río que desconocemos, y por fin, sobre un repecho del terreno, parecido al que nos encontramos nosotros, están las líneas comunistas esperándonos con muchos refuerzos que han sido divisados por los observadores del telémetro.

Escribo estas líneas sentado en la trinchera, preparado para el asalto. Las balas enemigas silban canciones de muerte. En estas condiciones, morir es triunfar. Así que, ¡ánimo y adelante!".

Estábamos todos preparados. Habían venido tropas de reserva del Cuartel General, no para atacar con nosotros, sino para quedarse en nuestras chabolas y en nuestras posiciones. Estas circunstancias fueron aprovechadas por todos los que nos habíamos comido el "rancho de hierro" para echarles la culpa a ellos, y así nos libramos del castigo correspondiente.

Rápidamente dieron contraorden. Se habían pasado unos rusos a nuestras filas, y comunicaron que pensaban atacarnos por la noche. La alegría nos embargó. ¡Aquello era otra cosa!.

Llovía con gran intensidad; el terreno estaba completamente enfangado, muchas chabolas se inutilizaron, y por fin no llegaron los rusos. Pasamos la noche en vela. El rato que tuve de descanso lo pasé en la chabola de Montoya, que era la más inmunda de todas: ¡no tenía ni lumbre!. No se había molestado en arreglarla, y era una simple cueva. Era un hueco rodeado de tierra por todas partes menos por una, que recibía el nombre de puerta, sin que tuviera nada de tal. Supongo que para su construcción emplearían alguno de estos dos procedimientos:

-Coger un hueco de metro y medio de alto por tres de largo y dos de ancho, rellenarlo de tierra por todas partes procurando dejar libre un espacio del tamaño de una rueda de bicicleta y en el citado hueco meter un poco de paja, lo más sucia posible, la mayor cantidad de piojos y ratones que se puede imaginar, y por si todo esto fuera poco, aquella chabola albergaba a Otto.

-El otro procedimiento, que creo que fue el que emplearon, pudo ser el siguiente: cavar un hoyo de las dimensiones citadas, poner unas tablas

de techo, un poco de paja en el suelo, y dejar el resto a Montoya, Otto y compañía para acabar de llenarlo de piojos y demás porquería tales como grasa, barro, etc.

La realidad es que el rato que estuve allí creí asfixiarme; parecía que estaba enterrado vivo, claro es que hay que tener en cuenta que había que estar echado en el suelo sobre el barro y, además, estábamos completamente equipados de botas, correaje, casco, bombas, etc.

Esa noche se suprimieron los puestos de escucha y se multiplicaron los centinelas. Entonces los que bombardeaban eran los rusos, y tuvimos que hacer las guardias fuera de las trincheras. Yo lo pasó bastante bien rezando el Rosario y meditando; el miedo desapareció.

Al fin todo quedó en que ninguno de los dos bandos contendientes salimos de nuestras posiciones.

Al día siguiente mi pelotón fue mandado a desinfectarse a la Plana Mayor. Marchábamos contentos pensando en la limpieza que íbamos a realizar. Al llegar a la sala de desinfección nos encontramos con una cuadra abandonada, sin techo, donde había una cuba vacía; aquello era todo. El sargento encargado del servicio nos mandó buscar agua y leña para calentarla; ésta la obtuvimos de las casas abandonadas; la segunda, que tuvo que salir del río, nos costó mucho trabajo conseguirla, porque estaba helado, y solamente después de mucho picar, logramos obtener unos cubos. Todo quedó reducido a calentar el agua y lavarnos once hombres con tres cubos; logramos quitarnos la porquería de la cara.

Desearía poder describir con toda la intensidad las emociones sufridas en el puesto de escucha. Primeramente, hay que tener presente que el "escucha" sale de su chabola, en la cual ha estado descansando tranquilamente, o sea que, no ha olido la pólvora. Sus nervios están templados. En una palabra, es un ser normal, a diferencia del soldado que, en pleno combate: los ruidos, las lamentaciones de los heridos, la sangre, las explosiones, etc, le han excitado, y no piensa en nada ni en nadie; es una fiera. El primer peligro que tiene el "escucha" nada más salir de la trinchera y cruzar sus alambradas, son las minas; generalmente, suele saber el lugar donde están emplazadas las suyas, pero siempre ignora dónde pueden estar las del enemigo, lo que le supone caminar con precaución por temor a ser lanzado en pedazos por los aires. Sus pasos tienen que ser silenciosos; conforme se va

alejando de sus líneas, las posibilidades de vida disminuyen. Por fin, llega al sitio apropiado para "escuchar"; oye al enemigo, es el momento en que el corazón estorba, parece que el ruido de sus latidos le va a delatar. Sabe que hay patrullas que le buscan con no buenas intenciones. En ocasiones, hasta el ruido de la respiración parece demasiado fuerte. La vista y el oído se agudizan; el ruido más insignificante se percibe y los matorrales asemejan fantasmas que pretenden rodearle y aprisionarle.

En una ocasión oí detrás de mí un ruido muy tenue. Al volver la cabeza, no encontré nada, y empecé a sospechar. Al poco rato, el ruido se repitió de nuevo; era como si algo se deslizara suavemente. Era la manta que se había helado y uno de sus acartonados bordes rozaba con el hielo del suelo. No obstante, y pese a todo esto, en más de cuatro ocasiones me dormí en el puesto.

El día 24 aparecieron rotos los hilos del teléfono, y le echaron la culpa a Montoya. !Qué disparate!. Se lo llevaron detenido a la Plana Mayor del Batallón, y al día siguiente detuvieron a Rufino por las mismas causas. Me parece una barbaridad lo que hicieron con estos dos excelentes camaradas.

Mientras tanto, yo continuaba con mis puestos de escucha, y por las noches salían patrullas recorriendo el terreno con vistas a posibles golpes de mano. Entre estos siempre iban Yáñez y Rufino; éste, hasta que lo detuvieron.

El día 28 se preparó un golpe de mano en toda regla. El Diario dice:

" Han pedido voluntarios y ha pasado lo de siempre; por eso han vuelto a realizar el sorteo. Yáñez no ha entrado en él, va por derecho propio, para eso es enlace del Alférez. Lo que más interesa es traerse vivo a un ruso.

Han traído las barcas de goma en las que cruzaremos el río, y hemos estado ejercitándonos en pequeñas prácticas de desembarco. Estas barcas se inflan como los balones, quedando los bordes como si fueran grandes morcillas, por medio de una pequeña palanca adherida a uno de los costados. La cámara de aire se divide en muchos compartimentos, y aunque uno de ellos sea alcanzado por la metra-

lla, la barca no se hunde. Para remediar los efectos de las balas, cada soldado lleva una bolsita con tapones de goma de diversos tamaños, que aplicará a cada agujero. Para caminar por el río se irá montado "a caballo" sobre los bordes, llevando una pierna en el agua y la otra en el fondo de la barca. Y así, con esta postura, hay que ir remando".

Sigue el Diario:

"No me ha correspondido ir; de nuestra chabola solamente va Yáñez. Este chico quiere ingresar en la Academia militar y está empeñado en obtener una Cruz de Hierro y buena hoja de servicios.

La misión es muy peligrosa, antes de partir todos rezan el Rosario. El golpe lo dirige el Capitán, al que acompañan los dos alféreces, llevando cada uno su enlace, y además van otros cuatro soldados.

Cuando Yáñez se he despedido de nosotros, Rafa y yo nos hemos quedado en la chabola rezando por él a petición suya. Me da miedo de este chico, tiene verdadero espíritu militar; cuando Dios quiera que lo sea, creo que habrá pocos que le igualen".

El despertar del día 29 fue el más triste de los pasados hasta entonces:

"¡Despierta!, ¡despierta!. ¡Yáñez ha muerto!". No sé cómo me vestí ni cómo salí de la chabola; la realidad fue que cuando quise darme cuenta estaba atontado llorando junto a él. Su cuerpo estaba rígido, helado, y unos cuantos agujeros se percibían en la guerrera a la altura del pecho; tres junto al corazón. Le rodeaban el Alférez y unos cuantos camaradas más, todos muy emocionados, dejaban correr las lágrimas por sus mejillas.

El Alférez me abrazó llorando, y me pidió le sacara las cosas que llevaba en los bolsillos; me acerqué, lo intenté, y las manos no me obedecieron, ¡no pude hacerlo!.

El cuerpo exánime yacía sobre una camilla; todos firmes, entonamos el "Cara al sol". Esto parece que nos reanimó y así emprendimos la marcha

hacia la Plana Mayor del Batallón, llevando el cadáver del querido camarada.

Por el camino el Alférez, llorando, me fue contando las incidencias de la víspera. Iban por la mitad del río, cuando un centinela ruso les dio el alto; el capitán, al verse descubierto, mandó virar a la embarcación y, al msmo tiempo, ordenaba tumbarse en la barca para ofrecer menos blanco a la lluvia de balas que enviaban las ametralladoras enemigas. Yáñez no se amilanó, y puesto en pié , con la metralleta entre sus brazos disparaba sin cesar hasta que una ráfaga rusa le dejó sin vida.

Casi todos resultaron heridos, aunque no de gravedad. Al llegar a nuestra orilla, ya amanecía y no pudieron recoger la barca; ellos lograron retirarse con mucha dificultad. A Yáñez, al que llevaban sobre los hombros, intentó aplicarle Rejas algunos auxilios de la medicina, pero todo resultó inútil.

En la Plana Mayor fue el "Pater" quien se hizo cargo de todas sus cosas para mandarlas a la familia.

Lo depositamos en el Palacio de los Zares, y allí le rendimos honores (era el primer caído del Batallón). Se dijo una misa en la que actué de monaguillo y comulgué.

Por la tarde se efectuó el entierro, recibió sepultura en unos jardinillos; sobre su tumba se colocó el casco, según costumbre del Ejército alemán, y una cruz de madera que llevaba inscritos sus datos personales y la edad ¡18 años!.

Más tarde, este jardín fue poblándose de españoles, hasta quedar convertido en un pequeño cementerio.

Al entierro asistieron todos los Oficiales del Batallón y el Comandante; el "Pater" pronunció una arenga y rezó un responso; al final, entonamos el "Cara al Sol".

Al regreso, el Alférez y yo fuimos juntos hablando todo el tiempo de cosas de Emilio, sobre lo que había sido su vida y de las peripecias que pasó hasta verse en le frontera francesa. Llorando, me dijo que en la guerra de España le habían matado dos enlaces, y ahora estaba decidido a morir él. (Así fue, sólo que unos meses más tarde).

Me enteré que habían llevado a la Plana Mayor del Regimiento a Rufino

y Montoya.

El 31 hice puesto de escucha con Búrdalo; veíamos perfectamente al centinela enemigo, pero no podíamos mandarle ningún saludo por temor a delatarnos. Nos pusimos de acuerdo y mientras uno vigilaba, el otro dormía sobre el suelo.

Noviembre 1941

El 1 de Noviembre escribí:

" A pesar del fracaso del golpe de mano del otro día, hay que cruzar el río y emprender le ofensiva. Tengo algo de miedo; todavía estoy impresionado por lo de Yáñez pero, como siempre tengo fe absoluta y gran confianza en Dios, el mejor consuelo es el Kempis y el Rosario".

El ataque se iba aplazando por diversas circunstancias, mientras, continuaba con mis escuchas y alguna que otra guardia, porque el servicio había aumentado.

El día 2 tuve carta de Novales, me decía que estaba en Nóvgorod, hice propósito de hacer una escapada para ir a verle.

Cuando comuniqué al Capitán mis intenciones, y después de saber el lazo que unía a Novales con Yáñez, me concedió un día de permiso para que fuera a verle.

El encuentro fue emocionante, se impresionó mucho cuando le conté lo sucedido. Después de serenarnos, me proporcionó agua caliente para lavarme y afeitarme. He de decir que Antonio estaba alojado en el Kremlin, aquí fue donde se encontró el Quijote de que ya he hablado en estas páginas.

Casi me remordía la conciencia cuando a la hora de comer me senté en una silla y vi los platos sobre la mesa. ¡Parecíamos burgueses!. ¡Qué diferencia de la guerra de las trincheras a esta, a cuatro kilómetros de aquellas!. Pero no envidiaba esa vida; yo había ido al frente a luchar. Tampoco criticaba a esos camaradas que vivían bajo techo y dormían en colchoneta. Cada uno teníamos una misión encomendada, y lo principal era cumplir con nuestra obligación.

Después de comer, cruzamos sobre el helado Wolchof camino de la sepultura de Yáñez, recordando, recordando ...

Ante su tumba rezamos un Padrenuestro. Solamente uno, pero ¡de qué forma!, ¡y con qué fe!. Aquel Padrenuestro compensó todas las calamidades de la guerra.

Al regresar me encontré con Rufino, que iba a la posición a despedirse de nosotros porque le repatriaban a España por indeseable. Lo mismo le sucedió a Montoya. Me parece una verdadera injusticia.

Otto pidió permiso al Capitán para acompañar a Rufino hasta la Plana mayor del Batallón; se lo concedió, y no volvió a aparecer por el frente; por tanto, fue declarado desertor.

La temperatura iba bajando y el día 10 de Noviembre llegamos, por primera vez, a soportar los 26º bajo cero.

La vida de posición se hacia insoportable: las chabolas, malas que eran, y mal que las cuidamos, estaban inservibles. La mía, que era de las mejores, había perdido la puerta y el fogón se caía a pedazos. Teníamos mucho frío y no poseíamos ropa para librarnos de él; los trajes los llevábamos raídos (en esto, Yáñez nos sacó ventaja, pues cuando murió, tenía el uniforme destrozado por los pinchos de las alambradas). Yo tenía rotos los calcetines de manera que era imposible zurcirlos más, y la suela de las botas agujereadas. Además, casi todos habíamos quemado el calzado al poner los pies cerca de la lumbre. Como disponíamos de muy poco tiempo para descansar, no nos preocupábamos de nada que no fuera la limpieza del armamento.

La comida, mala desde el principio, llegó a alarmarnos. Algunos días comíamos trigo cocido como único plato para 24 horas, aunque generalmente siempre teníamos la ración de pan y un poco de mantequilla. Las colitis abundaban en demasía, y cuando el menú era repollo fermentado, lo que abundaba era el bicarbonato. Creo que hubo días que tomamos tanta cantidad de bismuto bicarbonato y aspirina como de comida.

Los alemanes eran muy curiosos en la preparación de estas "cosas"; todo lo tenían en pastillas; el algodón, también, sólo que en pastillas más grandes y muy prensadas. Lo mismo sucedía con la comida de las caballerías. Las vendas, también eran de papel.

El día 11 fui al pueblo a reconocimiento médico porque tuve unos ligeros dolores de reuma; me acompañaba Venero, que estaba completamente destrozado y tenía los pies con heladuras de primer grado según el médico. Unos días antes, un incendio había destruido su chabola, y andaba errante por la posición sin tener dónde guarecerse. Para descansar, aprovechaba los huecos existentes en las chabolas en las que había alguno de guardia. Se habían hundido varias, y las que se conservaban bien, estaban "tipo metro", y resultaba imposible construir nuevas; los picos rebotaban contra la dureza del suelo. Para dar una idea de lo que endurece el frío, diré que los rusos tendían un ferrocarril sobre el lago Ladoga, y he visto rebotar sobre el Wolchof las granadas de los morteros que intentaban abrir brecha para obtener agua.

Al cerrar los ojos, se quedaban las pestañas heladas, y como ambas formaban cuerpo, no se podían abrir. El vaho de la respiración se helaba al salir de las narices, formando dos témpanos de hielo que bajaban hasta el también helado bigote. En una ocasión, estando de centinela, tuve sed, y saqué la cuchara, con la que recogí algo de nieve; y al meterla en la boca quedó adherida a la lengua.

Como iba diciendo, el domingo día 11 caminábamos Venero y yo hacia la Plana Mayor para ir a reconocimiento médico. Fuimos comentando y recordando cosas de España; hablamos del partido que por la tarde se celebraría en Vallecas, del posible resultado, etc. Yo quería meterme en la conversación y evadirme de las circunstancias del momento, pero él no quería, y no hacía más que insistir en que no saldríamos vivos de allí. Yo jamás pensé en esto seriamente; hablando con verdadera franqueza, sólo veía dos caminos: el regreso a España, o el Cielo; por eso nunca anduve preocupado, aunque sí, en ocasiones, atontado, desmoralizado y agotado.

En el reconocimiento nos dijeron que no teníamos nada; Venero sólo tenía una "heladura de primer grado que carecía de valor, lo importante será cuando llegue al tercer grado". Cuando este llegó, le trasladaron al Hospital, y le cortaron la parte helada.

Como se ve, ni los médicos podían entretenerse en curar; sólo se atendían los casos graves; hacía falta gente en las posiciones porque las bajas iban aumentando.

Nosotros estábamos desmoralizándonos, creíamos que aquello no era

la guerra; no pensábamos que la guerra se hace de diversas formas.

La vida de posición es terrible: cuando más tranquilo se encuentra uno, es alcanzado por una bala enemiga y cae herido o muerto sin pena ni gloria. Las más de las veces no se come ni descansa; la miseria se apodera del cuerpo y, al llegar el agotamiento físico, llega la desmoralización con todo el peligro que ello supone para el soldado.

Frente a todas estas calamidades nosotros teníamos fe; fe en Dios y fe en España, aunque nos empezaba a faltar en nuestros jefes y en el mando alemán. Por eso, aunque hubo buenos momentos de mala moral, siempre triunfaba nuestro lado bueno, nuestro espíritu de voluntarios.

¿Qué pensará en estas circunstancias el soldado que va forzado a la guerra?.

Las noches eran cada vez más largas y los días más cortos. Los puestos de noche se montaban a las tres de la tarde y se levantaban a las diez de la mañana; durante todo ese tiempo estábamos dos soldados para cada puesto; después, como ya he dicho, no descansábamos bien en las chabolas. Además, empezaba a escasear la leña, y siempre teníamos alguna otra tarea para realizar en esas cinco horas de que disponíamos para “dormir”.

El día 14 llegó Gil procedente del Hospital. Este muchacho fue el que se hernió en la primera marcha; fue alojado en mi chabola. Era un envidiable refuerzo que venía descansado y fuerte. Se encargó de partir la leña; le nombraron enlace del Alférez, y como disponía de más tiempo que nosotros arregló un poco el “hotel”, volvieron a hacer aparición las escalerillas de entrada que habían desaparecido para dejar paso a una pendiente helada, por la que salíamos y entrábamos con mucha dificultad.

El 18, los rusos bombardearon con intensidad Nóvgorod.

El 19 asistí a un fusilamiento. He dudado sobre si escribir o no de este hecho, y por fin ha triunfado el criterio de anotar todo lo que vi, y tengo puesto en el Diario. Procuraré no dejarme influir por mi pensamiento, y contaré solamente los hechos:

Se había marchado a Esquiadores el alférez de mi Sección, y estaba haciendo sus veces un sargento, el cual vino a mi chabola a pedir un voluntario para que fuese a ver el fusilamiento de un soldado de la 9ª Compañía

que se había auto-mutilado. Se iba a efectuar sobre la explanada formada por las aguas heladas del Wolchof. Yo sabía que Novales seguía en el Kremlin, situado en la orilla opuesta; pensé que si iba, podría escaparme y pasar el día con él; por tanto, me ofrecí voluntario, y marché a la Plana Mayor.

Cuando llegué, mi sorpresa fue grande al comprobar que no podría cumplir mis deseos, y que tenía que asistir "voluntariamente" al trágico acontecimiento.

Nos formaron por compañías y en posición de firme nos tuvieron sobre el río más de una hora. Nos estábamos quedando helados, y deseábamos que el acto se realizase cuanto antes; yo era incapaz de pensar sobre lo que iba a presenciar, estaba atontado, quería que terminase pronto para meterme en la cocina a calentarme, y por otro lado, me acordaba de Novales y de lo bien que podía estar alrededor de su estufa.

Por fin salieron de una casa, y se dirigían hacia el río el "Pater", el Comandante y el reo, éste ere un chiquillo de 17 años. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y vendado; era el brazo herido. El muchacho parecía tranquilo, quizá fuere inconsciente. Caminaba agarrado al "Pater" despacio, muy despacio, parecía querer eternizar sus últimos minutos de vida. Llegaron al lugar señalado, se situaron frente al pelotón de ejecución. Habló unos instantes con el Comandante, y éste se retiró. Después, el "Pater" le dio la bendición final. Mientras tanto, el oficial que dirigía el pelotón de fusilamiento, dio las últimas instrucciones: "Tirad a matar para no hacerle sufrir". Por fin quedó el muchacho solo, en pie, firme, sin vendar los ojos. El Oficial dio la orden de ¡carguen! ¡apunten!... En ese momento, el chico volvió a llamar al "Pater", que se acercó nuevamente a hablar con él; los dos estaban aterrados y lívidos. Nuevamente, volvió el Oficial a repetir las órdenes anteriores y a la voz de ¡fuego!, el reo salió corriendo. Nueva preparación y nuevas órdenes. Por fin, con la última de ¡fuego!, vi y oí, a la vez, una cara de espanto que gritaba ¡no, no!, y un cuerpo que quiso salir huyendo, pero que cayó acribillado a balazos. El Teniente médico salió corriendo hacia él, y tirándose de los pelos, con gesto de desesperación, reclamaba al Oficial de ejecución para que rematara al moribundo con un tiro de gracia. La pistola se encasquilló ante le indignación del médico, y por fin sonaron tres tiros. ¡Todo había acabado!.

Los que presenciamos aquello, desfilamos ante el cadáver. !Qué mañana!.

Yo no me atrevo a opinar sobre este acto. Expondré dos opiniones que tenía y tengo sobre el particular. La primera es que no creo sea justo fusilar a un hombre así como así porque se haya dado un tiro, máxime teniendo en cuenta que es un voluntario en tierra extranjera, que es un niño, y que estaba agotado y extenuado. Otros castigos pudieron darle, tales como el tenerle en primera línea todo el tiempo; no haberle evacuado al hospital y, en último extremo, mandarle a él sólo a lanzar bombas de mano a las posiciones enemigas hasta que hubiera caído ante al fuego adversario. Todo menos tacharle de cobarde y obligar a sus camaradas de pelotón a que le fusilasen.

La otra versión es que no había más remedio que hacerlo para que cundiera el ejemplo por toda la División, ya que las circunstancias eran muy propicias para escoger la auto-mutilación como medio de evadirse de aquel infierno en que vivíamos. A mí, entonces, me indignaba ver la vida regalada, en lo que cabe, que llevaban los Oficiales y, sobre todo, el Capitán, que no salía de la chabola en la que no faltaba ni luz eléctrica, un electricista se la había instalado aprovechando la batería de los tanques abandonados por los rusos. Ahora me doy cuenta perfectamente de que en esas circunstancias y EN TODAS LAS PARECIDAS, el que manda debe estar al amparo de tantas calamidades, a fin de conservar fresca la razón y elevada la moral, y desgraciado de aquél que no lo haga así.

Claro está que todo lo expuesto es relativo, y hay que tener en cuenta el espíritu, le moralidad, etc. del jefe.

Como pasábamos tanta hambre se deshizo "la comuna", que respecto al suministro de comida y tabaco, teníamos en la chabola, y desde entonces cada uno hacía con su ración lo que le venía en gana que, generalmente, era comérselo en el acto. Se partían los panes en dos o tres pedazos, según la ración del día; unas veces cada pan era para dos, y otras para tres. El sargento, que era el encargado de distribuirlo, tenía los pedazos en las manos apoyados en le espalda, y decía: "el de la mano derecha ¿para quién?". Lo mismo hacía con el resto del suministro.

Hubo una corta temporada que el repollo llevaba algo de tocino. Cada día solían dejar la marmita, correspondiente a cada Sección, en la puerta de diferentes chabolas, y los que vivían en la elegida, eran los encargados de repartirla. Pues bien, solamente comían tocino los que la distribuían.

Una vez que me tocó a mí hacerlo, hice lo que todos: tenía el cuerpo lleno de porquería y sangre de los piojos; por consiguiente, el brazo derecho estaba en las mismas condiciones. La marmita venía cociendo y antes de avisar para el reparto, me remangué y metí la mano hasta el hombro, y saqué todos los pedazos de tocino, a cambio de dejar la sustancia de mi brazo, que quedó completamente limpio. Este suministro "extraordinario" se repartió entre los de la chabola.

Empezaron a darnos caramelos que decían que servían para tal y cual cosa. Yo sólo sé que me parecían caramelos como los demás.

Cuando entramos en la posición, casi todas las chabolas tenían un gato, y al mes no quedaba ninguno vivo; un sargento pagó por el último ¡cincuenta marcos! (212,50 Pta).

El 19 de noviembre, aún no se habían montado los puestos de noche cuando una patrulla rusa se infiltró en nuestras líneas y quemó siete de los grandes montones de paja. Se dio la señal de alarma y, rápidamente, en orden de combate, subimos a reforzar a la segunda sección, dado que por allí era donde existía mayor peligro. La luz de los incendios iluminaba el campo. Mi Pelotón se encargó de montar los "escuchas" lo más avanzados posible, y me correspondió ejercer la vigilancia en compañía de Lledó. A lo lejos se divisaban las siluetas de nuestros compañeros de Compañía, lo cual me hizo pensar que se habían retirado los rusos, porque en caso contrario estarían disparando.

Tuvimos que quitarnos las orejeras y un par de guantes de los dos que llevábamos puestos. Fue el peor puesto que efectué en todo el tiempo; me daba la impresión de que los rusos estaban a mi alrededor, tomándome el pelo. Delante de nosotros oíamos un leve gemido. Al cabo de un rato decidimos ir a ver quién era el que se lamentaba; estábamos en la creencia de que sería un ruso herido y abandonado en su retirada. A rastras avanzamos hacia él y nuestra sorpresa fue enorme al encontrarnos a Barriga medio muerto de frío. Le recogimos, le llevamos a la chabola de Rejas para que le curara. Finalmente, nos ganamos una bronca por haber hecho aquello.

Resultó que estaba castigado por orden del Capitán. Este Barriga era un teniente que, al no poder marchar a Rusia como oficial, se incorporó de soldado –como este caso, hubo muchos-. Lo malo fue que luego resultó un sinvergüenza. Había hecho muchas cosas malas y, entre ellas, había deser-

tado para irse a vivir con una "pañenka" durante unos días. Además, tenía todas las enfermedades clásicas de eso... Cuando fue arrestado, el Capitán le dijo que lo mejor que podía hacer era dejarle donde le encontramos, para que le matasen los rusos. Estaba tan lleno de enfermedades que ni siquiera podía andar solo. Nos dijo que aunque vio a los rusos cuando iban a quemar la paja, no pudo avisar porque no tenía fuerzas.

Al día siguiente volvieron los rusos y quemaron los tres montones de paja que quedaban. Yo estuve de guardia sobre uno de ellos hasta unos minutos antes; al marchar yo, retiraron los puestos.

El 21 volvió a haber alarma, pero todo quedó en que unos rusos se pasaron a nuestras filas y comunicaron que al día siguiente se pasarían algunos más; así sucedió.

Se organizó una patrulla para salir de reconocimiento a comprobar si los rusos preparaban alguna emboscada; fui designado, pero no pude ir porque había que "camuflarse" de blanco y, como no teníamos ropa, el procedimiento que se empleó fue ponerse los calzoncillos largos encima de los pantalones, y la camiseta sobre la guerrera. He dicho que yo no pude ir, y fue debido a que mi ropa interior estaba tan negra como la exterior.

Esa noche, estando rezando el Rosario en la chabola, me vino a la imaginación la idea de que Yáñez nos estaba protegiendo desde el Cielo, porque desde que entramos en posición, no habíamos podido rezar en común dentro del "hotel", y siempre se lamentaba de ello, luego, desde su muerte, sin saber por qué, lo hacíamos diariamente.

Los días se sucedían sin novedad según los partes oficiales, aunque esto no reza para el soldado que se encuentra en el frente; la guerra nunca es tranquila. El 25 se pasaron a nuestras filas unos soldados rusos.

El 26 fui a la Plana Mayor y me encontré con Doroteo; ¡cómo estaría yo que no me reconocía! (esto me lo ha dicho él después de regresar a España). Este muchacho no es que viviera bien, pero se podía lavar de vez en cuando y además no tenía que soportar el humo de las chabolas que tanto ensucia. Comí con él, y después realicé tres buenas visitas a las cocinas de ametralladoras, artillería y antitanques.

Por la noche estuve de escucha con Uriel. Nos habían dado supercapotes y superbotas, que nos colocábamos sobre la ropa que llevábamos pues-

ta. Esto nos asemejaba a monstruos por el tamaño y pesadez de movimientos. Estando vigilando, atentos el menor ruido o movimiento del enemigo, oímos crujir la nieve. El ruido se acercaba; parecía provocado por pasos de personas; enseguida oímos voces hablando muy levemente. Rápidamente, me despejé del gran capote y las grandes botas para tener más libertad de acción; preparé las armas y las bombas. Mientras Uriel -algo sordo y muy tranquilo- me aconsejaba serenidad, no quiso moverse ni quitarse nada, y cuando la patrulla ya estaba a escasos metros de nosotros, les pidió la consigna y le contestaron; ¡eran nuestros!. Si no llega a ser por él, me hubiera cargado a todos; claro está que no tenía la culpa, sino el cabo por no haber dicho nada.

Al día siguiente se montaron los puestos sencillos. Estaba yo de pie sobre la mancha negra de las cenizas de uno de los incendiados montones de paja. Todo a mi alrededor era blanco; no se distinguía el cielo de la tierra. Oí unos pasos sigilosos como de cuatro o cinco personas que se acercaban a mí formando un círculo. Comprendí que intentaban rodearme; me tumbé en el suelo y preparé cinco bombas de mano. Los oídos y la vista trabajaban al máximo de rendimiento; estaba seguro de que muy cerca de mí había varios rusos dispuestos a "cazarme" en cuanto les diera la menor oportunidad. Por otro lado, yo no podía hacerles nada, no les veía aunque les adivinaba, pero no debía hacer ruido.

Pasó un rato y llegó el cabo con Uriel para relevarme. Les advertí del peligro tan cercano y este último no quiso hacerme caso y se cubrió con las orejeras. Nosotros nos fuimos y cuando me correspondió nuevamente la vigilancia, volví a advertir al cabo del peligro existente y, ya al acecho, cuando nos acercábamos al puesto para efectuar el relevo, pudimos observar que el individuo que allí permanecía era algo más alto que Uriel. Le pedimos la consigna en voz baja, y la contestación fue una ráfaga de ametralladora que hirió al cabo en un hombro a la vez que cinco hombres echaron a correr en dirección a las filas rusas, perdiéndose en la claridad de la noche. Al llegar al puesto comprobamos que se habían llevado al centinela con las botas grandes y el supercapote; por los alrededores no había sangre.

Esa noche se notaba que el frío entraba hasta por los ojales de la ropa. Como el suelo estaba completamente blanco y la nieve todavía no se helaba al caer, resultaba que con poco aire que hiciera se levantaban grandes ventiscas que nos envolvían en remolinos de nieve. En esas ocasiones, la

vista no alcanzaba ni a divisar los dedos teniendo la mano extendida. Nos desorientábamos de tal forma, que un muchacho que salió de la chabola para orinar a dos pasos de ella se perdió y tardó más de una hora en encontrarla.

Las noches de luna eran aún peor, sobre todo si era llena. Entonces se veía perfectamente caer la helada; parecía que al hablar iban a quedar las palabras grabadas en el vacío. El reflejo de la luna sobre la nieve helada era terrible para la vista; quemaba los ojos.

El día 28 a las 11 de la mañana estuvimos a 37º bajo cero.

El 30 estuvieron Muñoz Grandes y Moscardó en la Plana Mayor del Batallón para entregarnos el obsequio del Caudillo. Con tal motivo me desplacé allí y aproveché para confesar y comulgar.

Por la noche estuve con Rafa rehaciendo un nido de ametralladoras. Hizo mucho viento y hubo una horrible ventisca.

Siempre que hice guardia o escucha con Rafa rezábamos el Rosario y, de vez en cuando, al tener que arrojarnos al suelo por el silbido de las balas, entre las oraciones mezclábamos un ¡me c... en tu madre!, y luego proseguíamos con las oraciones.

En el Diario hay anotada una palabra que dice: "Ideas". Esto lo escribí por el Capitán al cual por "Ideas" conocíamos. Se le ocurrió una verdadera tontería, al menos eso parecía, aunque ahora veo que lo hacía para no dejarnos descansar y evitar que cundiera el desánimo con las murmuraciones. El buen hombre mandó que, en los ratos libres -que eran muy pocos-, construyéramos un gran foso para después ponerle techo y que sirviera de sala de duchas para la Compañía. El trabajo lo realizábamos a regañadientes, porque sabíamos que no iba a servir para nada. Aquello era una utopía. El suelo estaba durísimo y los picos se partían al chocar contra el suelo y, además, como no tenía desagüe, no serviría para nada, aún dado el caso, muy improbable, de que lográramos construirla.

Diciembre 1941

El 4 de diciembre anotaba:

"He querido resistir dos horas de guardia y ni siquiera he podido aguantar una; no podía vigilar; el

viento me asfixiaba. No podía abrir los ojos porque se me helaban; me daba la sensación de que se me iban a helar los pies; me dolían mucho, y los brazos los tenía como muertos. En general creo que el frío me asustó, la temperatura era bajísima, tenía el estómago vacío y un hambre atroz. Fui a calentarme a una chabola, y resultó peor, porque pasé más frío por no tener lumbre ni puerta; salí de ella para ir al practicante a ver si me daba algo para entrar en reacción, y en el camino me encontré al Cabo, que venía a buscarme para entrar nuevamente de guardia. Después, el viento aflojó un poco, disminuyó el frío, y todo se me fue pasando poco a poco".

"Creo que estoy algo desmoralizado, aunque, por otro lado, me parece que es debido al agotamiento; si lograse descansar, me repondría. El frío y el hambre nos van a poder, aunque está visto que nadie sabe de lo que es capaz hasta que no llega la ocasión. Si al salir de España me hubiesen dicho todo lo que estoy aguantando, no me lo hubiera creído".

Los días 7 y 8 de diciembre estuve rebajado de servicio porque la gastroenteritis llegó a su grado máximo. Apenas me tenía en pie. Los dolores de estómago eran muy fuertes.

El frío y le nieve iban en aumento continuo. El 7 de diciembre escribí en el Diario:

"Hemos amanecido con la puerta de la chabola (al hablar de puerta hablo del hueco; puerta ya no había) completamente tapado por la nieve, que ya se había helado; estamos sepultados en vida. La nieve ha alcanzado una altura considerable y por causa del viento se han formado muchos ventisqueros."

Los días de cruel pesadilla se sucedían monótonos y con una lentitud desesperante. El 8 escribí:

"Hoy ha sido el tan esperado día de la Inmacula-

da, Patrona de Infantería, esperábamos un rancho extraordinario que viniese a aliviarnos un poco el hambre atrasada, pero la realidad ha sido que se han limitado a darnos 15 cajetillas de tabaco español, 13 librillos de papel de fumar y 18 cajetillas de cerillas. Hemos quedado desilusionados y con más hambre".

Como el tabaco me quitaba las ganas de comer, me vino muy bien. Desde luego, no me tragaba el humo. El papel de fumar también lo agradecimos, porque se estaban liando los cigarrillos con el papel de seda de los forros de los sobres, y hasta con papel de periódico.

Algunos días, por entonces sucedió por primera vez, nos daban pan negro que estaba cocido desde muchos años antes; los había del año 1934. El sabor era agrio; estaba envuelto en papel celofán, precintado, que le aislaba del ambiente exterior, conservándolo muy bien mientras no era desenvuelto. Al comerlo durante varios días, la lengua escocía y picaba mucho.

El Diario del día 8, también dice:

"Tenemos los piojos por miles, la paja de la chabola está infestada de ellos. Los míos no aumentan mucho gracias a los restos de Mitigal y a que no me he mudado desde hace mucho tiempo; la ropa que llevo puesta huele muy mal; por eso creo que los simpáticos bichitos no se encuentran a gusto en mi cuerpo.

Ya solamente tenemos una perola de barro, donde cocemos las patatas -cuando las hay-, hacemos el café, fregamos los cacharros y nos lavamos los pies de vez en cuando".

El día 9 nos comunicó el Capitán que el Regimiento Esparza, después de haber avanzado 30 kilómetros él sólo, habiendo atravesado el río, y después de llegar a unos grandes cuarteles de invierno del Ejército ruso, para lo cual tuvo que pasar por extensos terrenos sembrados de minas, se había visto en la necesidad de replegarse a sus primitivas posiciones.

Este hecho fue uno de los más sobresalientes de la División, aunque prácticamente no sirvió para nada. Se le echaba la culpa al Coronel Es-

parza, pero yo no me atrevo a opinar. La realidad fue que con el gesto realizado, se asombrarían tanto los rusos como los alemanes. Esparza iba montado a caballo y avanzando siempre en cabeza del regimiento. Tuvo mucha suerte de que a él no le sucedió nada, mientras veía a sus hombres saltar por los aires hechos pedazos.

Los rusos atacaron furiosamente durante un mes, sus fuerzas eran de más de una División y acometían embriagados de vodka y con toda clase de armamento, a lo que los españoles únicamente oponían sus fusiles, su corazón y su fe. Creo que fue un gesto que asombró al mundo e hizo que nuestros enemigos se asustaran y midieran más nuestras fuerzas. Hitler llegó a decir que “el león hispano ha rugido en las estepas rusas”.

La retirada se efectuó desde el pueblo de Possad cuando no quedaba ninguna casa en pié y nuestras fuerzas habían quedado aniquiladas. Los rusos no cogieron ningún prisionero. Hubo posiciones donde, por no replegarse -por propia voluntad- sucumbieron todos los defensores. En una de ellas se realizó un contraataque para retirar a los caídos y se encontraron con que los rusos, en su salvaje rabia, con picos habían clavado los cadáveres en el suelo.

Los heridos se negaban a ser evacuados mientras podían seguir combatiendo. El resumen fue más de 200 muertos y los heridos pasaban de 500. Hay que tener en cuenta que se combatió a una temperatura de 30º bajo cero durante día y noche por espacio de un mes. En numerosas ocasiones se empleó la bayoneta, y como llegó a faltar la munición, hubo momentos en que se luchó a brazo.

El día 13 nevó copiosamente; las trincheras quedaron completamente tapadas, el Diario dice:

“De seguir así, no sé cómo terminaremos”.

Al anochecer se infiltraron unos rusos en nuestras trincheras, e hirieron a un centinela y al Teniente. Sobre este asunto tengo una opinión particular: me parece que todo fueron visiones de la miedosa imaginación del oficial.

El hecho fue el siguiente: estaba yo de centinela -se habían suprimido los “escuchas”- en uno de los extremos de la posición, y cerca de mí, el Teniente tenía su chabola. Ese día ordenó a su enlace que montara vigilancia sobre “el techo de la misma”. Estaban los carreros descargando leña

al otro lado de la posición, cuando se organizó el consabido alboroto con sus correspondientes gritos y carreras para ir a buscarla. Sin saber por qué, se dijo que había unos rusos en nuestras líneas, y al oír los gritos, salió el Teniente -sin las gafas- y comenzó a disparar hacia arriba con su pistola. Teniendo en cuenta que el enlace que vigilaba encima de la chabola fue herido de un tiro de pistola, podemos figurarnos lo que ocurrió después de oírle a éste decir que "un ruso, desde la puerta de la chabola del Teniente, le disparaba y que para verse libre de él, le arrojó una bomba de mano, pero con el apresuramiento, no le quitó el tapón de seguridad, o sea que la tiró como si fuera una piedra". El teniente a su vez, confesaba haber recibido un golpe en la espalda con un objeto duro. Esto, unido a la mala visibilidad de la noche y algún que otro tiro aislado, me da la explicación del hecho. El resultado fue una propuesta de Cruz de Hierro para el Teniente, que le concedieron, por haber rechazado con gran espíritu militar un golpe de mano de los rusos.

El día 14, una patrulla rusa abrió fuego contra el ala de la posición donde yo me encontraba. Respondimos desde las trincheras. Pasé miedo; prefiero luchar al aire libre; eso de asomar solo la cabeza no me gustaba, parecíamos muñecos del tiro al blanco de la verbena.

El 15 de Diciembre dice el Diario:

" La ventisca adquirió caracteres de epopeya; fue algo grandioso y terrible a la vez. Verdaderamente, aguantar aquello parecía imposible, y también lo es contarlo ahora tal y como sucedió. Parecía propio de una película o de una imaginación calenturienta. Aquellas horas, sólo son para vivirlas; no se pueden describir. El temporal azotaba la cara; las trincheras se llenaron de nieve; las chabolas desaparecieron cubiertas por el vendaval, los que estaban dentro de ellas no podían salir, y los que estábamos fuera no las encontrábamos. Las guardias se hicieron con palas y bayonetas; el resto del armamento no servía para nada. Hubo momentos en que el termómetro marcó 45° bajo cero. Yo lo tomé a broma, e hice la guardia bailando, por dos motivos: por estar contento, y por no helarme.

Está visto que los españoles resistimos lo mismo el frío que el calor. La División se está portando maravillosamente. Nadie puede sospechar que pudiéramos aguantar tanto. Debido al esfuerzo realizado, todos estamos agotados y los que nos encontramos algo bien nos toca "pringar". Por eso he estado varios días sin tener cinco minutos libres para escribir el Diario. Por fin, hoy, día 22, al ir a recoger el café y debido a una caída que me origina muchos dolores en un brazo, dispongo de tiempo para escribir."

"Venero ha sido evacuado al hospital. No ve, padece del corazón y tiene los pies helados". "Rejas tiene 40° de fiebre". "Rafa tiene grandes dolores de vientre".

Todos andábamos por el estilo.

La ventisca del día 15 fue verdaderamente espantosa. Se montaron los servicios de noche a las tres de la tarde, y empezamos la guardia con cuatro hombres para cada puesto. Conforme pasaba el tiempo se fueron suprimiendo éstos y también, conforme caían los centinelas extenuados, helados, fuimos viendo mermadas nuestras fuerzas hasta el extremo de que a las diez de la mañana del día siguiente se había suprimido el 60% de los servicios, para cada uno de los que quedaban estábamos dos soldados.

La ventisca se inició con un fuerte viento que levantaba la nieve del suelo formando remolinos, mientras que la que caía azotaba duramente el cuerpo quedándose adherida a él y, principalmente, a la cara. El aire soplaba en dirección contraria a nosotros y por eso, los que hicieron el tonto vigilando de cara al enemigo, no tardaron mucho tiempo en caer. Orencio fue uno de los primeros, con sólo cinco minutos que estuvo de guardia hubo que recogerlo, parecía una estatua de hielo, y entrarlo en la chabola -que era grande y tenía muy buena lumbre-. No se le veía la cara, toda ella era un pegote de nieve helada; él parecía idiotizado, no tenía conocimiento de nada. Tardó muchos días en estar en condiciones de servicio.

Desde el primer momento, todas las armas automáticas quedaron heladas -esto había pasado otras veces, y siguió sucediendo después-. Las balas formaban cuerpo con el cañón. El Capitán ordenó que vigiláramos

con la pala, que tenía filos cortantes, y el machete. Yo comprendí que tan mal tiempo era para nosotros como para los rusos, y que su armamento se helaría igual que el nuestro y, por otro lado, como el viento venía de sus posiciones aunque estuviera de espaldas, les oiría venir en el caso, muy improbable, de que se decidieran a ello.

Conforme el tiempo avanzaba y la nieve iba formando montículos y suprimiendo hoyos, mi espíritu se iba elevando; recé todo el Rosario y no sé cuántas oraciones más. Estaba muy contento porque veía hasta dónde llegaba mi resistencia física; casi todo el tiempo lo pasé bailando -dando saltos- y sacudiendo la manta que llevaba sobre mi, para evitar el desánimo y ser presa de la nieve.

Al levantar los puestos a las 10 de la mañana los que quedábamos en pié estábamos agotados. Esto se comprende fácilmente si tenemos en cuenta que estuvimos vigilando -alternando cinco minutos de puesto y cinco de descanso en la chabola- durante veinte horas, y además, sin bebida, con el estómago vacío y una temperatura tan baja.

Al regresar a mi Sección, no encontraba ninguna chabola. El temporal había hecho desaparecer toda señal de la posición. Sabía el lugar donde estaba emplazada y, sin embargo, tardé mucho tiempo en dar con la puerta. Me salvó la situación una mano y después un brazo que vi que salía de la nieve, resultó ser la de Lledó que, teniendo que salir de la chabola y no pudiendo hacerlo, optó por dar un envite y abrir brecha con su cuerpo.

El día 23, de madrugada, entraron Serrate y Eraso en la chabola, después de hacer la guardia. Venían dando gritos por haber recibido cada uno un paquete enviado por la familia. Como buenos camaradas, lo repartimos; mejor dicho, lo devoramos inmediatamente, entre todos. Contenían: anís, coñac, turrón, chocolate, dulces, etc. Después, casi inmediatamente, recibió otro gigantesco Orencio, y nos lo comimos por la tarde. En general pasamos un gran día, perdimos el mal humor y llegamos a soportarnos unos a otros. De no haber sido así, no sé lo que habría sucedido cuando Serrate trajo nieve para hacer el café.

El paquete de Orencio contenía café. Para hacerlo necesitábamos agua y sorteamos a ver a quien le correspondía salir a buscar hielo. Le tocó a Serrate, que tardó muy poco tiempo en volver. Nos extrañó mucho su rapidez, porque el suelo estaba helado y resultaba muy penoso el trabajo; él dijo

que había picado con mucho entusiasmo, al fin confeccionamos el café. Al tomarlo, notábamos un sabor algo raro. Le preguntamos de dónde había sacado el hielo, porque había un sitio en el que tenía que estar blando, debido a que servía de basurero y orinábamos en él. Serrate aseguraba que no era de allí y, entre discusiones, nos lo tomamos echando la culpa del sabor al cambio de temperatura y al viaje.

Después de tomarlo volvimos a discutir sobre el lugar de donde obtuvo el hielo y cuando salimos a comprobarlo nos encontramos con que, efectivamente, el hielo era de orines. La bronca que se organizó fue espantosa.

El café lo hicimos con leche condensada. Enviamos un vaso a Rejas, ¡y le sentó muy bien!. También tuvimos al Alférez de invitado.

El 24 de diciembre dice el Diario:

" No sabemos lo que Dios nos deparará para hoy, día de Nochebuena. Por lo pronto, son las cinco de la tarde, y aún no hemos comido nada.

Esta mañana, un soldado de mi Compañía, cuando cruzaba el río, se rompió el hielo y estuvo a punto de morir helado en él. Pidió socorro y fue salvado por un prisionero ruso, al que ha concedido el Comandante un día completo de descanso.

El otro día ocurrió otro caso parecido: cuando era conducido un grupo de prisioneros, un soldado se hundió en el río, y dos rusos murieron con él al intentar salvarle".

¿Qué tal noche nos ofrecerá el Señor?. Dentro de poco tiempo veremos.

Acabo de tomar la cena de Nochebuena (escribo tanto porque estoy rebajado por causa de tener vendado el brazo izquierdo); ésta ha consistido en: un poco de sopa de macarrones, otro poco (muy poco) de tocino y un trocito de carne. ¡Parece mentira!. ¡Ni siquiera han repartido los paquetes enviados por las familias!. La mayoría de éstos nunca llegan a

nosotros.

Esperamos que venga Rafa y traiga el suministro de mañana. No creo que haga falta anotar el estado de abatimiento en que todos nos encontramos."

A última hora del día 24 escribía:

" Por fin no lo hemos pasado tan mal como parecía en un principio. Estuvimos muy tristes, pero comimos bien en lo que cabe. Nos entregaron un extraordinario de 27 galletas de chocolate, 6 de otra clase, tres cuartas partes de la mantequera se llenó de miel, 27 caramelos, media pastilla de chocolate, un buen filete de caballo (me lo comí crudo), 6 puros y una manzana."

El "Pater" ¡por fin! ha subido un día a la posición y dijo la Misa del Gallo en la chabola del Capitán. No asistí porque me faltaron ánimos para trasladarme hasta allí y, además, no cabíamos todos.

El 26 me dieron de alta y realicé una guardia muy mala; creí que se me había helado un pié. "Logré reaccionar frotándome con pomada apropiada para estas ocasiones, de la que procuro que nunca me falte, y me ha servido de mucho".

El 27 nos dieron bebida a razón de una botella de champán para ocho personas y otra de coñac para doce; no quería el Capitán entregar una a cada uno por miedo a las borracheras y pensaba que repartiéndola duraría más, pero lo que sucedió fue que se la bebieron los encargados de repartirla y conservarla.

"Radio Macuto" anunciaba el relevo de un día a otro. Todos lo deseábamos y necesitábamos, aunque teníamos miedo de que llegara y nos hicieran andar algunos kilómetros para montar en camiones; nos parecía que no podríamos hacerlo porque estábamos extenuados. Hasta llegó a visitar la posición el Capitán de la Compañía alemana que nos iba a relevar.

Los días 29 y 31 de diciembre los pasé rebajado en la chabola por causa de las heladuras de los dos dedos pulgares de los pies. Los que estábamos en ella nos despedimos del año rezando un Padrenuestro por los caídos.

En ese día nos entregaron el regalo del Caudillo: 40 puros, 10 cajetillas y 5 librillos de papel de fumar Bambú.

El resumen de nuestra estancia en el frente hasta la fecha de 31 de diciembre es el siguiente:

- Fuego de todas las armas entre las dos posiciones, unas veces mucho y otras poco
- Varios heridos (alguno de gravedad)
- Un muerto: Yáñez
- Mucha hambre, miseria y guarrería
- Muchísimo frío y muchas bajas por su culpa (mi Compañía tuvo en diciembre el 75% de bajas motivadas por el frío).

Los últimos días del año nos dieron un suministro fatal, a base de dos cucharadas de mermelada y pan, con el correspondiente plato de repollo en vinagre. El día 31 nos entregaron una rajita de salchichón, un poco de miel, y seis caramelos ¡y nos pusimos muy contentos!.

El Diario dice:

"Se ha vuelto a aplazar el relevo; el Capitán está que echa bombas".

Enero 1942

El día 1 de Enero de 1942 escribía:

"Triste Año Nuevo; nos han dado un suministro extraordinario: veinte higos, media figurita de mazapán y un puñado de pasas, ¡nos alimentan como a gorriones!".

El 4, día de mi cumpleaños, fue de horrorosa ventisca y, aunque no llegó a tomar los caracteres que la del 15 de Diciembre; las chabolas desaparecieron entre la nieve.

Esta ventisca duró dos días. En general se prodigaban mucho, aunque no eran tan terribles, pero en el mejor de los casos siempre quedaban cubiertas chabolas y trincheras, originando ello muchas horas de trabajo a pico y pala para dejarlas en condiciones.

En lo correspondiente al día 7, escribía:

"Hace un frío terrible. ¡Se ha quedado completamente helada la manta, manteniéndose rígida en el suelo como si fuera una pared.

Tenemos mucho servicio, se puede decir que no descansamos nada; los ratos libres los dedicamos a vaciar de nieve las trincheras; hoy día 8 he hecho el Diario de varias fechas y estoy seguro que se me olvida algo interesante, aunque no puedo precisar lo que es. Mi cabeza no coordina. Estoy atontado, insensible. Todos parecemos muñecos; mejor dicho, monstruos, con tanta ropa, sin cortar el pelo y sin afeitar desde hace varios meses. Con avitaminosis: unos hinchados y los otros enflaquecidos, pero todos débiles.

Constantemente nos dicen que va a llegar el relevo, aunque ya no lo cree nadie. Confío en Dios; sin Él, no sé qué sería de nosotros".

No obstante tener el cuerpo destrozado por el cansancio y el hambre, el espíritu, el ideal, era el mismo que al partir de España, aunque con bastante más experiencia.

El día 8 escribí:

"Como se me quemaron en las hogueras las botas alemanas, llevo unas españolas viejas. La suela está rota; el material, parece de papel de fumar. Llevo los calcetines, el abrigo y los pantalones rotos por muchos sitios; sólo tengo un guante. Hasta hoy, Serrate y el sargento Lobato me han prestado el otro; desde hoy, tenemos todos los de la chabola las guardias a las mismas horas, y me da miedo ir de servicio en estas condiciones."

El mes de Enero fue el que acabó por destrozar nuestras reservas físicas. Yo estaba roto, hundido; todo me daba igual; sentía la sensación del idiota y esperaba la muerte tranquilamente. Sólo me confiaba en Dios, y a Él me

dirigía constantemente. Me acordaba de la frase de: "Vamos a Rusia a pasar el purgatorio en la tierra".

Desde el 9 hasta el 19 no pude escribir nada; era incapaz de coordinar el más ligero pensamiento. Al final de estos días escribí:

"Debido a las muchas bajas, el servicio es excesivo. El día 9 fue para mí un día fatal, creí morirme; hacía una noche que no se veía nada, absolutamente nada. Me despistaba constantemente y el frío era enorme. Salí de la primera hora de guardia en la segunda Sección y me tocó ir a la Plana Mayor, a recoger leña para calentarnos. Salí ya helado, sobre todo los pies -no me tenía- y cuando regresaba cargado, me hundí en la nieve varias veces hasta la cintura, teniendo que hacer extraordinarios esfuerzos para salir de allí. Según andaba, me caía constantemente. En una distancia de 15 metros me despisté de tal forma, que llegué a la Tercera Sección (dirección completamente opuesta). Tuve la suerte de que en una de las caídas, me recogiera el Capitán, que me condujo a la chabola de mi destino".

" ¡Me he encontrado un guante, aunque diferente del que tengo. Desde el día 11, hasta la fecha, 19, el tiempo ha mejorado bastante, y nos han repartido botas nuevas. Además, el Capitán ha ordenado que nos vendemos los pies de la mejor manera posible y para ello, han traído trapos recogidos en Nóvgorod."

El vendaje se hacía sobre las botas, de manera que se pisaba sobre los trapos, y los pies quedaban enfundados en enormes bolas que, además de servir para evitar heladuras, tanto de los pies como de las botas, evitaban resbalar sobre el hielo del terreno.

Con una manta vieja confeccioné vendas. Primeramente me colocaba los trapos alrededor de las botas. Después, sobre los trapos liaba las vendas y, finalmente, sirviendo de funda a todo, enrollaba a cada pie un trozo de impermeable. Con este procedimiento se evitaron numerosas bajas; cuando entrábamos a calentarnos, nos lo quitábamos y los poníamos cerca de la

lumbre para que se calentaran.

Además de esto, en una chabola hundida encontré abandonado un supercapote. Lo recogí, limpié como pude y lo tuve secando alrededor de la lumbre durante varios días. Estos abrigos eran guateados y llegaban hasta los tobillos. Con él y el vendaje de los pies, las guardias eran menos terribles, aunque más pesadas. El andar costaba mucho trabajo.

El 20 nos comunicaron que el día anterior, tropas inglesas habían desembarcado en Fernando Póo. Con tal motivo nuestro espíritu se puso en tensión y desapareció el agotamiento físico. Después, todo resultó una falsa alarma.

El 21 estuve rebajado; vino Rejas a verme y charlamos un rato. Me dijo que aunque estuviera desmoralizado debía sobreponerme a todas las adversidades. Yo le dije que estaba extenuado; y al final de la charla me comprometí a que, desde el día siguiente, como no me lo impidiera la muerte, siempre estaría de servicio.

Rejas parecía hallarse muy bien. No tenía más servicio que el de practicante, y además disponía de dos camilleros que le partían la leña, encendían el fuego, etc. No obstante, la cabeza no debía regirle muy bien. Empezó por decir que era estudiante de Medicina, y fue aprobando cursos hasta llegar a médico (esto ya lo he tratado en páginas anteriores). Lo he repetido para que se vea que tampoco él estaba en muy buenas condiciones.

El día 21 escribía:

"No sé si estoy agotado o acobardado por el tiempo; la realidad es que me parece no poder aguantar más. Cuando estoy echado, el sistema nervioso no me deja descansar; cuando duermo, me despierto sobresaltado, porque oigo voces que me llaman con urgencia. Cuando regrese a España creo que no podré oírme llamar por el apellido; seguramente, me recordará estos tiempos".

Uno de los últimos días de enero, acababa de echarme a dormir en la chabola cuando di un enorme salto -me di con la cabeza contra el techo- y empecé a gritar: ¡Nos ahogamos! ¡Se ha hundido la chabola!, ¡socorro!. El alboroto que organicé entre los apiñados cuerpos de los que allí dormíamos

fue enorme. Me despertaron y al fin me hicieron ver que no sucedía nada. Todo había sido una pesadilla.

Por entonces también le sucedió, no me acuerdo a quién, algo por el estilo, y empezó a gritar: "¡La chabola está ardiendo! ¡la chabola está ardiendo!".

En un amanecer de esos mismos días, no haría ni diez minutos que yo había terminado el servicio y estaba tumbado sobre el pequeño hueco que me correspondía para dormir, cuando oímos la voz del sargento que mandaba la Sección (al Alférez le habían destinado a la Compañía de esquiadores, donde encontró la muerte), que decía: "¡Levantaros rápidamente! ¡que vienen los rusos!, ¡venga, rápido!, ¡ya se ha retirado la Compañía!, ¡venga, que ya están aquí". A continuación oímos explotar una bomba de mano cerca de nuestra puerta.

Desde que sonaron las primeras voces hasta que salimos a la calle vestidos y con todo el armamento creo que no pasó ni siquiera un minuto. Después, todo resultó una broma del sargento.

Para dar una idea de la tensión de nervios en esos momentos, diré que el sargento Lobato estaba rebajado de servicio por tener helados los dos pies, y le era imposible calzarse, la hinchazón se lo impedía. Pues bien, no solamente se calzó, sino que las botas se las colocó invertidas.

Yo estuve sereno, porque no me cabía en la cabeza que en tan poco tiempo hubieran logrado los rusos romper nuestras líneas.

Después de aquellos días de enero en los que no pude hacer Diario, anoté:

"El mes de enero ha sido terrible para mí -para todos-, principalmente los días 9, 23 y 25. Este último me despisté por causa de la ventisca, y desde la Plana Mayor de la Compañía hasta la primera Sección, donde me correspondía la guardia -un trayecto de 50 metros escasos -, estuve perdido durante dos o tres horas."

Me acuerdo que eché a andar sin saber por donde iba. Cuando me di cuenta, comprobé que llevaba un buen rato caminando y no encontraba

señales de la posición -las alambradas habían sido sepultadas bajo la nieve-. Pasé dos veces sobre ellas y no me enteré ni me vieron los centinelas. Llegué muy cerca de los rusos, tan cerca, que sus centinelas, que tampoco podían verme debido a la mala visibilidad, me oyeron caminar y dispararon contra mí sus ametralladoras; me eché a tierra, mejor dicho a hielo, para librarme de las balas, y también para descansar. Por el ruido de los disparos, se notaba con claridad si las armas eran nuestras o del adversario.

Aunque parezca mentira, en aquellos momentos estaba helado, pero sudando. Al rato de estar en estas condiciones volví sobre mis pasos, y cuando por fin encontré una posición española, ésta era la del Primer Batallón -el mío era el tercero- por cuyas alambradas también crucé sin enterarme. Llegué completamente agotado y me pusieron una inyección para reanimarme.

Cuando pude regresar a mi posición, Rejas me dio de baja en el servicio durante esa noche.

En otra ocasión, saliendo a recoger el suministro en la chabola donde se albergaba mi Pelotón, me vi precisado a quitarme los guantes y, al rozar los dedos con las paredes de la trinchera, se helaron y me salieron ampollas en las diez yemas.

A últimos de enero se necesitó cubrir bajas en la 1ª Compañía y teniendo que ir 20 soldados, se efectuó un sorteo. Me correspondió a mi y con bastante pena, me despedí de mis buenos amigos y camaradas. Al llegar al nuevo destino y vernos el Capitán con los trapos sobre los pies, se escandalizó y dijo que él necesitaba soldados, no vagabundos. Se enfadó mucho y marchó a telefonear al Comandante.

Nos alojaron en una casa que, aunque de pueblo, era un lujo en aquellas circunstancias. Disponía de cocina, suelo sin barro, se podía andar de pie y se veía la luz durante el día.

Estaba situada a unos doscientos metros de la primera línea y camuflada por un repecho del terreno; en ella se albergaba la Sección a la que fui destinado. Por las noches había que subir a prestar servicio en las avanzadas y por el día se descansaba.

El primer servicio que me correspondió fue sacar agua de un pozo helado que había en un cementerio -tanto la casa como la posición estaban

dentro del él-. Con el pico al hombro descendí por las escaleras del pozo dispuesto a partir el pico o sacar agua, pero no ocurrió ninguna de las dos cosas. Cuando me cansé de picar en balde, regresé a la casa para ponerlo en conocimiento del sargento, el cual me respondió: "Está visto que aún es pronto; habrá que esperar algún tiempo para poder lavarnos". No por eso me dejó soltar el pico, y me ordenó cavar unos nichos. Como el terreno estaba endurecido por el hielo, conseguí muy poco en varias horas de trabajo. El sargento decía que quería construir chabolas para cuando, por causa del deshielo, hubiera que abandonar la primera línea. Yo creo que lo hacía para que no descansáramos. Este sargento no era bruto, era de milicias y su profesión en España era la de catedrático.

Al mediodía, después de comer, nos comunicó el Capitán que regresáramos a nuestra primitiva Compañía. También fue él, para que en su presencia se verificara un nuevo sorteo, quedó defraudado cuando vio que todos o casi todos los soldados llevaban los harapos, como él decía, en los pies.

En este sorteo les tocó la suerte a Bravo, Navas y otros buenos amigos.

De regreso pasé por la Plana mayor del Batallón y en la enfermería me encontré a Serrate, que tenía los pies helados de gravedad. A este camarada de chabola también le había correspondido el traslado, y cuando se lo comunicaron, dijo que no podía ponerse en pie; en varias ocasiones que lo intentó cayó al suelo dando gritos de dolor. El sargento no se lo creyó y llamó al practicante Rejas para que dictaminase el caso. Al intentar quitarle las botas, lanzaba gemidos lastimeros, y tuvieron que rajarlas con tijeras para poder verle el pie; y al fin encontraron que los tenía hinchados y completamente llenos de pus. Este muchacho fue trasladado al hospital, y más tarde a España. No sé qué habrá sido de él, pero es probable que le tuvieran que cortar los pies.

Febrero 1942

La terrible cuesta de Enero la terminé muy mal, pero la terminé al fin y el 9 de febrero (estuve muchos días sin poder hacer el Diario) escribía:

" Con gran alegría puedo decir que el invierno ha pasado; la temperatura ha subido muchos grados y, aunque todavía nos esperan grandes nevadas, ya no hay por qué tener miedo al frío."

Y seguía:

"Creo que ahora que alargan los días y el servicio disminuye, escribiré diariamente".

Se me olvidaba decir que el día 31 de enero, nos entregaron el obsequio de la Sección Femenina. Éste, aunque era muy bueno, no llegaba a ser la mitad de lo anunciado en los periódicos, se veía que alguien había metido la mano en él. El Capitán de mi Compañía nos quitó la bebida que contenía.

También recibí cuatro paquetes de mi casa, que me vinieron estupendamente. Contenían cuatro botellas de coñac, un traje ortopédico o sea un traje interior de lana -calzoncillos largos y camiseta-, un pasamontañas, guantes de piel de borrego, café, dulces, etc. En la chabola volvió a reinar la alegría y el optimismo. Entre los siete que éramos nos bebimos en un abrir y cerrar de ojos las cuatro botellas.

Por cierto que ahora que he vuelto a nombrar la chabola voy a escribir sobre sus moradores. El hambre y el agotamiento nos hicieron insoportables, no nos aguantábamos en lo más mínimo, las broncas eran continuas y creo que aunque todos teníamos la culpa, el principal culpable era Orencio. Empezamos por separar el suministro y cada uno arreglárselas como mejor le viniera en gana, lo único que seguía siendo común eran los paquetes recibidos de España.

Gil, que a toda costa quería regresar con dinero, vendía todo cuanto podía, incluso hubo ocasiones que comía media ración de pan para vender al día siguiente las otras medias por 20 duros. También vendía las pastillas de chocolate que nos daban en alguna ocasión. Asimismo jugaba a las cartas y cuando llegó a estar forrado de billetes le mataron de un tiro en el pecho.

Por la cuestión más insignificante armábamos terribles broncas, menos mal que nunca pasamos de ahí. Creo que los únicos que no regañábamos éramos Rafa y yo, además, cuando nos daban coñac -con cuentagotas-, él me daba su ración.

Como no cabíamos, cuando nos juntábamos todos a dormir teníamos que echarnos de lado y a presión -no exagero- y en esa postura habíamos de permanecer todo el tiempo. Para echarnos teníamos que entrar a gatas y, como estaba completamente oscuro, lo mismo pisábamos una cabeza que un estómago, con la consiguiente bronca. Después, ya acoplados y quietos,

cuando los ratones iniciaban sus correrías sobre nuestros cuerpos no teníamos más remedio que permanecer inmóviles. Rafa era el único que, sin moverse, resultó un estupendo cazador. Otra gran pesadilla eran los piojos.

Al despertarnos nadie quería moverse, como resultado no se encendía la lumbre y, por lo tanto, el frío era mayor.

El 16 de febrero escribía:

"Se me olvidaba decir que aunque tenía el firme propósito de no quedarme ni un sólo día sin rezar el Rosario, hasta la fecha han sido tres los días que no lo he hecho.

Según me acabo de enterar, hemos estado cercados por los rusos en dos ocasiones, ahora suena el "tomate" muy cerca, cada día más, se deben estar celebrando combates espantosos por el lado izquierdo de mi posición; por las noches las balas trazadoras forman verdaderos collares luminosos en el cielo -resulta muy bonito-.

Estamos amenazados por el deshielo y esta posición se ha de convertir en una laguna".

Cuando empezó éste, las guardias eran un continuo sobresalto, constantemente se oían ruidos producidos por el hielo al romperse.

"He de reconocer que debido al exceso de servicio, al frío y al hambre, he estado una corta temporada asustado, ahora que estos fantasmas han desaparecido en alguna medida, me siento completamente. Tengo muchas impresiones que contar, aunque en estos momentos no me acuerdo, espero ir recordando poco a poco.

Llevamos unos días que nos dan dos comidas.

Por más vueltas que doy a la cabeza no discurro nada y me veo en la necesidad de suspender la escritura".

24 de Febrero:

"Tenemos gran ventisca. El servicio continúa formidablemente bien: dos días de servicio y uno de descanso. Lo malo es que el día de descanso es el de mayor trabajo, porque tenemos que andar sacando nieve de las trincheras durante varias horas."

Como los días eran más largos y fueron reintegrándose a la Compañía los heridos, enfermos, helados, etc. y, por otro lado, se suprimieron ciertos puestos de guardia, ya la vida era más descansada. Ya empezamos a intentar lavarnos y afeitarnos. Una mañana dijo el sargento que a la hora de comer teníamos que presentarnos con la cara limpia y afeitados; como ya el hielo se había reblandecido bastante, no resultaba difícil tomar un trozo y convertirlo en agua.

Cuando empecé a afeitarme me daba miedo meter la maquinilla entre la espesa barba, pero al fin me afeité -nos afeitamos-. Parecíamos máscaras; daba la impresión que llevábamos careta: la parte afeitada, como se había enjabonado muy bien, estaba completamente blanca, y el resto de la cara, muy negra de tanta guarrería. A continuación me corté el pelo al cero, lavándome la cabeza y la cara.

El día 20 hirieron levemente a Eustaquio en un muslo. Fue poca cosa; un balazo que le perforó solamente la carne. No llegó a ser dado de baja, y continuó en la posición.

El diario del día 26 dice:

"Hay que abandonar la posición porque el deshielo está encima -se empiezan a ver alambradas sepultadas-. En este terreno solamente quedará una Sección que vivirá en dos "blocaos" o "fortines". Nuestra chabola está emplazada en el terreno que ocupará uno de ellos, y tenemos que evacuarla".

27 de Febrero:

"Nos hemos trasladado a una chabola abandonada que está situada en los emplazamientos de mortero; hemos trabajado mucho en ella, y la hemos dejado

muy bien".

Por la noche todos tuvimos fiebre debido al cansancio. Entonces nos parecía que en la vida volveríamos a estar ágiles y fuertes; yo creí imposible poder volver a jugar al fútbol.

También se me ha olvidado decir que, a mediados de febrero, como nos helábamos en la chabola debido a que la lumbre no tiraba y cada día faltaban más ladrillos del fogón, el sargento bajó al pueblo para buscar por las casas algo que hiciera sus veces, y regresó con una gran lata que parecía hecha a propósito. Rápidamente derribamos lo que quedaba en pié del antiguo fogón y colocamos el nuevo con gran alegría de todos. Poco nos duró ésta; nada más encender la lumbre, y estando en pleno regocijo, comenzó a derretirse; ¡era de plomo!. Nos dejó destrozados; pensábamos que nos helaríamos.

Al día siguiente -me tocaba descanso-, cuando llegué a la chabola me dijo el sargento que fuera con él hasta un campo de aviación abandonado por los rusos, para buscar por allí un bidón de gasolina y traerlo para fogón. El campo estaría situado a unos cinco kilómetros de nuestra posición, y pensábamos traerlo en hombros, dado que lo blando del terreno impedía hacerlo rodar. Al caminar, nos hundíamos en la nieve; hubo ocasiones en que nos llegaba más arriba de las rodillas y el agua nos calaba los pies. Yo los tenía ardiendo de frío. Llegamos cansados -yo lo estaba antes de partir- ¡creí morirme de frío!; me dolía todo el cuerpo; saltaba, pataleaba, daba berridos y no lograba entrar en reacción. El sargento se reía, aunque no con mala idea (era una bellísima persona); se creía que lo hacía en broma. Necesitaba sentarme un rato para descansar, y no podía hacerlo en ningún sitio; por fin encontramos un gran bidón y no pudimos arrancarlo del suelo hasta después de muchos trabajos. Como mi agotamiento iba en aumento, le dije que yo no llegaba a la posición con él acuestas; comprendió el sargento que a él le sucedería lo mismo, así que regresamos con las manos vacías. Yo fui derecho a la chabola, mientras el sargento se dirigía al pueblo a buscar nuevamente algo que sirviera para calentar nuestra helada chabola.

El día fue fatal para mí. El sol, que hacía meses no veía, me hizo mucho daño a la vista y más aún, sus reflejos en la nieve.

Por la mañana, cuando salí de guardia, me encontré en la chabola un estupendo fogón (una gran lata de chapa) que el sargento había encontrado

en el pueblo y había traído en un trineo.

A propósito de trineos, diré que estos vehículos son comodísimos, se deslizan con suma suavidad y no se notan los baches del terreno. Los nuestros iban tirados por caballos. Estos pobres animales sucumbieron casi todos con los fríos, aunque su carne no se desperdició.

Este fogón nuevo lo trasladamos también a la nueva chabola. Esta ya no era un hoyo en el suelo como la anterior, sino una cueva hecha en un pequeño altozano; para evitar la caída de tierra sobre nosotros, clavamos en el techo las sábanas de papel antiguas que teníamos del equipo.

Marzo 1942

1º de Marzo:

" Nos han dado Ron Negrita, una botella para seis personas (yo, por doscientas noventa y siete pta, me he comprado y bebido una entera -70 marcos-). El sargento Lobato fue el encargado de repartirlo y cuando llegó a la chabola, venía completamente borracho y empeñado en agrandarla a base de tirar bombas de mano estando todos dentro".

Aquello nos hizo reír, aunque tuvimos que andar con mucho cuidado para evitar que lanzara alguna; le sujetábamos entre nosotros, pero cuando nos descuidábamos agarraba la primera bomba que encontraba; por fin logramos verle dormido.

" Llevamos dos días de gran ventisca, pero como el frío no es el de antes, hasta se disfruta viendo desatadas las fuerzas de la naturaleza. En pleno temporal, he aguantado tres horas de guardia seguidas."

Días 3, 4 y 5 de Marzo:

" Han vuelto las grandes heladas del mes de diciembre. Los días pasan sin novedad y con ventisca. Mi primitivo Pelotón ha sido disuelto al destinar al sargento a la primera Compañía, y nosotros hemos cubierto bajas en otros pelotones de la misma Sección. Yo, de momento, no pertenezco a ninguno, sino

que, por tener cara de bruto -según el Teniente médico- voy a recibir lecciones de practicante para quedarme como tal en uno de los fortines".

Una vez terminado el fortín emplazado donde mi antigua chabola, comenzó la construcción de los otros dos; en uno de ellos quedé yo de practicante. La guarnición era el Pelotón del sargento Obeso, reforzado con Lledó y yo. El sargento no vivía allí, porque seguía esperando la Cruz de Hierro en la cocina. El fortín quedó a cargo de un cabo.

Fuera de los tres Pelotones destacados en los fortines, el resto de la Compañía se retiró a Nóvgorod, aunque no llegaron a cruzar el río.

" Estoy muy contento por quedarme en el fortín, así me evito bajar al pueblo y aunque el peligro que corro es bastante mayor, tendré la ventaja de llevar una vida más tranquila. Los que bajen al pueblo no descansarán mucho; ya sabemos lo que son los descansos en la mili.

Cada día estoy más animado; el 8 estuve en el pueblo, donde oí misa, confesé y comulgué y después charlé un rato con Bravo y Navas, que se encuentran en la enfermería".

Por aquél entonces me hice amigo del sargento más bruto que se puede uno imaginar: Manjón (el de la "joven guardia" que ya he citado en anteriores líneas). A este hombre le gustaba mucho fumar y comer caramelos, y después de darme coba, me "convenció" para que le cambiase los míos por su mantequilla. Entonces la ración de ésta era muy buena -50 gramos diarios-; cerramos el trato quedando en darle la mitad de mis seis cigarrillos y seis caramelos diarios, y él entregaba toda la mantequilla.

El 13 de marzo escribía:

" Rejas ha salido para Alemania al frente de una expedición de heridos y enfermos. Tengo bastante dolor en un hombro; no sé si será una mala postura durmiendo, o reuma."

Rejas encargó a un camillero que se despidieses de mí en su nombre,

porque dada la rapidez del viaje, no le daba tiempo a realizarlo personalmente. Yo me lo creí y no di importancia a la cosa. Más tarde comenzaron los rumores sobre la modestia de Rejas por no haber querido decir antes que era médico. El mismo Manjón fue el que me dijo que le conocía por haber operado a su mujer en España. O sea, que ya se había hecho médico; ¡poco le costó!. A todos engañó, hasta al General. Fue destinado a Luga como director del hospital, y le dieron la graduación de brigada.

Los días 13 y 14 de marzo llegamos a los 35º bajo cero durante la noche. Ese frío ya no nos amilanaba. Comíamos relativamente bien, descansábamos, veíamos la luz del sol, nos aseábamos y hasta paseábamos por las trincheras. ¡Volvió a renacer el optimismo y con él, la alegría!. ¡Habíamos derrotado al mejor general ruso: el general Invierno!.

17 de Marzo:

"Ha vuelto a cambiar el tiempo, y hasta se disfruta con la temperatura tan agradable que hace; nos relevan, ya seguro, a fin de mes; ya no hay la ansiedad que en Diciembre; no hay agotamiento."

El 21 escribía:

"El 17 por la noche recibí orden de trasladarme con el primer Pelotón al fortín número tres; es una estupenda chabola rodeada, como las otras dos, de una doble fila de alambradas. Tiene cinco nidos de ametralladoras; en su interior hay literas para 17 personas y sólo la habitamos siete, por lo cual estamos muy anchos. Tanto las paredes como el techo y el suelo están entarimados. Ha sido una buena obra de los ingenieros. El techo está forrado con papel embreado apropiado para evitar las goteras; los tubos de la estufa, que hace de fogón, sirven de calefacción. Tenemos mucho aseo, ¡hasta nos limpiamos los dientes!. Gracias al deshielo, el agua no falta y derritiendo la nieve, que está blanda, podemos lavarnos la ropa.

El día de San José confesé, oí misa y comulgué, y por la noche, todos los Josés de la Compañía fui-

mos invitados a cenar por el Capitán y el Comandante. La cena fue de excelente camaradería, y compensó todas las calamidades sufridas durante el invierno.

Cenamos estupendamente: arroz y judías con mucho cerdo y patatas estofadas. Y mucha, muchísima bebida, vodka, coñac, ron ...

Los rusos tiraron octavillas, muy ridículas, escritas en castellano".

Nos reunimos en la chabola del Capitán, que ya he dicho que era muy grande y tenía luz eléctrica. Me tocó sentarme al lado del Comandante. Nada más hacerlo, ordenó éste colocar un centinela con ametralladora y bombas de mano a la puerta. Desde el exterior se oyó la voz del centinela, que decía: "Ya está, mi Comandante, ya está". Entonces le dijo que no apuntara hacia los rusos, sino al interior de la chabola para "cargarse" al que no saliera lo suficientemente borracho de allí. Y para comprobarlo y no equivocarse, debía disparar contra todo aquél que saliese por su pie.

Después se quitó el gorro y la guerrera "para dejar de ser Comandante", y subiéndose sobre una mesa, empezó a bailar una rumba. En la cena, muy abundante, estaba prohibido beber agua y, en principio, para las judías nos dieron una botella de ron a cada uno; después, las botellas se cambiaban sin cesar: coñac español, francés, alemán; vodka, etc. La animación iba en aumento, y lo mismo las bajas; la enfermería se iba llenando de "caídos en acto de servicio".

Empezó el Comandante a repartir puros; primero me dio a mí, siguió la caja dando vueltas a la mesa hasta llegar nuevamente a mí. Entonces le dije que ya había cogido uno, y pisándome un pie, me contestó: "Gili… ¡aprovéchate!". Sin esperar más, me guardé todos los que quedaban.

Al otro camarada que el Comandante tenía a su lado, le dijo: "Padial, me parece que la mesa está borracha de la bebida que ha caído encima, ¿no ves cómo se mueve?". A lo que Padial contestó: "Todavía no mucho, mi Comandante; aún puede aguantar más". No había terminado de decirlo, cuando cayó sobre la mesa completamente borracho. A cada uno que caía el Comandante gritaba: "¡Otro a la enfermería!". En aquella ocasión los

camilleros contestaron: “No cabe nadie más, mi Comandante”.

Yo creí que me mantenía sereno, pero sí, sí …. Solamente era una creencia; cuando intenté ponerme en pie no pude hacerlo, tuve que caminar a gatas hasta el trineo que había de conducirme al fortín; a todos les pasó lo mismo. En el mío también tenía que ir el Comandante para conducirlo hasta el puesto de mando. Entre varios nos tumbaron sobre el trineo y nos ataron a él para que no nos cayéramos durante el trayecto. Al llegar, los compañeros me recogieron y echaron sobre la litera, donde quedé dormido hasta la mañana siguiente.

Cuando se me pasó todo, me dijeron que el Comandante no había querido parar cuando le dio el alto el centinela, y le dijo al conductor que le tirara una bomba de mano. A mí me dio por llamarlos “chaqueteros” porque daban vueltas y además, tuvieron que sujetarme porque cargado con una caja de bombas marchaba hacia los rusos.

Como había recogido propaganda (que guardo) de la lanzada por los comunistas, y ésta traía un boleto diciendo que se utilizara como pase a sus filas, le dije al Comandante que no diera tantas voces, porque me iría con los rusos; él me pidió la mitad de la propaganda que llevaba, por si se le ocurría irse también.

El Comandante era muy buena persona: cuando recorría la posición siempre nos tomaba el pelo; generalmente iba cantando eso de:

“Voluntarios que de España habéis venido
encuadrados en la División Azul
hay que ver lo gili… que habéis sido
si pensabais que ibais a entrar en Moscú”.

En una ocasión que yo hacía la guardia dentro de la trinchera, me dijo:

-¿Tienes frío?

-Mucho, mi Comandante

-Pues fastídiate y no haber venido. Oye, llevo coñac y vodka ¿que quieres beber?

-Coñac, mi Comandante

-¡Anda, co…!. ¡Hasta en las trincheras hay sibaritas! (El vodka era peor que el veneno).

Me lanzó la botella, porque con las manos no alcanzaba a cogerla, y una vez en mi poder bebí a gusto todo lo que quise. El Comandante decía:

-¡Basta ya!, ¡que me la vacías!

-Fastídiese, y no habérmela dado

El día 20, la 1ª Compañía dio un golpe de mano parecido al golpe en el que encontró la muerte Yáñez. En esta ocasión, le tocó el turno al sargento Carbajo.

24 de marzo:

"Todas las mañanas, bajo al Botiquín del Batallón a practicar. Ya he curado a varios. Hoy me he encontrado con Novales y solamente hemos podido hablar unos minutos".

La vida en el fortín era estupenda, no teníamos más que dos horas de servicio. Nos lavábamos mucho y perdíamos el tiempo tirando al blanco con pistola, fusil y ametralladora, y lanzando bombas a los grupos de cuervos y demás clases de pájaros.

Comía muy bien. Primero lo hacía en el botiquín, donde me proporcioné gran cantidad de complejo vitamínico, que me sentó maravillosamente -eran píldoras parecidas a las lentejas- y más tarde comía en el fortín.

Los días que bajé a practicar pude oír misa y comulgar.

Otra cosa que se me olvidaba anotar es que, aún en los peores momentos, siempre el Kempis me sirvió de gran consuelo.

29 de marzo:

"Nos han dado orden de preparar el equipo rápidamente; nos relevan al fin. No vamos a descansar. Vamos a un frente de "tomate", donde parece que los alemanes han chaqueteado".

Los últimos en abandonar la posición fuimos nosotros. Teníamos unas bombas de mano a las que se les había perdido el tapón de seguridad. Como era muy peligroso llevarlas encima, decidimos lanzarlas contra unos grupos de cuervos que había posados en el suelo. Con las prisas y la falta de

sentido común, la metralla de una de ellas alcanzó a uno de los nuestros, hiriéndole de gravedad en la rodilla. El susto que nos llevamos fue enorme. Le trasladamos rápidamente al botiquín y dijimos que había resultado herido a consecuencia de un morterazo lanzado por los rusos.

Formamos todos en la explanada donde estaba situada la Plana Mayor del Batallón. Nos pasó revista el Comandante. A continuación, la inspección correspondió al Médico y al "Pater". Finalmente, éste nos dio su bendición. El acto me impresionó mucho; no fue nada agradable.

Montados en camiones, mejor dicho, apiñados en camiones, en las posturas más difíciles, hicimos la marcha atravesando el puente sobre el Wolchof. Cruzamos Nóvgorod y tomamos la carretera de Leningrado. Pasamos por varios pueblos que -como todos los que vi- estaban emplazados en dos filas de casas situadas a ambos lados de la carretera.

Nos apeamos en un pueblo llamado Pjosbereje, donde el olor a pólvora era tan grande, que parecía que la masticábamos. Las bengalas iluminaban el cielo y el ruido de las explosiones atronaba el ambiente. La noche era muy oscura y, como es natural, todo el paisaje estaba blanco.

Mi Compañía comenzó a caminar en fila india dejando a la izquierda la carretera. Como la nieve se había reblandecido en algunas ocasiones nos hundíamos hasta las rodillas. Al comenzar la marcha subimos una pendiente; pronto nos internamos en un bosque y, pronto también, estábamos extenuados. Más de una vez pensé que no podría dar un paso más; me figuraba ir a caer de un momento a otro.

Llevábamos todo el equipo a cuestas y además la munición. Yo iba cargado con dos cajas de bombas de mano.

Marchábamos como autómatas, cuando un ruido de aviación planeando nos hizo lanzarnos al suelo y apretarnos contra la nieve que nos sirvió de descanso y refresco a la vez: un avión, al que llamábamos la "parrala" lanzó unas bombas incendiarias que iluminaron el campo, dejándonos ver las ruinas de un pueblecito (Sopolje), junto al cual estaba la posición donde íbamos destinados. ¡Por fin terminó la marcha!. Durante el trayecto cayeron unos cuantos camaradas.

Marchó el Capitán, Nos dejó descansando en el suelo. Volvió al rato con un alemán e introduciéndonos por una vaguada, nos fue distribuyendo

por secciones en diferentes cuevas que por allí había. Mi sección, que era la última, fue alojada en el sótano de una casa derruida. Como no había luz y no se veían absolutamente nada, entramos con mucho cuidado, pero no con el suficiente para que a cada paso que dábamos originara un grito de dolor por haber pisado el cuerpo de alguien que dormía.

El amanecer nos sorprendió cuando estábamos helados y acurrucados cada cual en el primer rincón que encontró y pudo sentarse. La cueva estaba completamente llena de hombres, hasta el extremo de no haber sitio para tumbarnos. Había alemanes y camaradas de la primera Compañía.

Como allí no podíamos estar, el sargento Jefe de le Sección buscó una cueva, sin puerta ni nada, emplazada en la vaguada, y nos metimos en ella los 40 hombres que formábamos la Sección.

Dice el Diario:

"Hemos relevado a un batallón alemán, que en cinco semanas ha tenido 284 bajas; de ellas, 60 muertos.

Los parapetos y las trincheras están hechas de bloques de nieve helada -cortada en forma de adoquines-. El frente es un verdadero lío; no se sabe de dónde vienen ni adónde van los tiros, aunque los morteros y cañones enemigos clavan constantemente sus disparos dentro de la vaguada. Nada más entrar, hemos sufrido cinco bajas".

Subí por la vaguada y asomé la cabeza para orientarme, donde empezaba el pueblo, terminaba el bosque. Al pie estaba la vaguada, sirviendo de excelente blanco a los rusos. Cruzándola y subiendo su pendiente se hallaban las trincheras y parapetos. Frente a éstos, había un claro, liso, muy llano, de unos mil metros y al final, en otro bosque, se encontraban los rusos.

Dentro de ese bosque teníamos una avanzadilla a la que solamente se podía ir de noche. Esta posición fue destinada para mi Sección, al mando de un Alférez.

Teníamos que trasladarnos por la noche. El día lo aproveché para dormir y pasar el rato en la cueva cantando y charlando.

Los obuses seguían explotando continuamente. De los que salieron por

la vaguada, algunos volvieron con el fusil roto. Lo llevaban en bandolera y al escurrirse en el hielo y caer de espalda se les partió.

Al otro lado de la vaguada, que era muy estrecha, estaban unos alemanes encargados de las máquinas antiaéreas (FLAK), que también servían para tierra. Estas máquinas eran ametralladoras de grueso calibre y tenían balas de dos clases, explosivas y perforadoras, todas ellas luminosas.

La posición estaba en continuo movimiento, No se dejaba de disparar; a la derecha estaban los morteros y cada cinco metros había una ametralladora.

Estábamos rodados por los rusos, excepto en la cuña por la cual entramos, y ese era el motivo por el que las balas venían de distintas direcciones.

Cuando anocheció, 20 soldados y cabos con los tres sargentos y el Alférez, nos pusimos en marcha hacia la avanzadilla del bosque enemigo, llamada "avanzadilla de la muerte", porque según los alemanes era lo único que se encontraba allí.

Abril 1942

Del Diario, 1 de abril:

"Hemos entrado en la avanzadilla. Es una posición sumamente peligrosa; está situada en pleno bosque enemigo y los nuestros tiran hacia nosotros.

Esta mañana los rusos atacaron al Batallón y se han llevado un duro castigo. Después de varias horas de combate han tenido que retirarse dejando abandonados numerosos cadáveres. Los nuestros también han sufrido muchas bajas, aunque ninguna de gravedad, según me ha contado Rafa cuando ha subido a verme por la noche. Creo que había cola en la enfermería para curarse."

En la Compañía temían que nos hubieran matado a todos los de la avanzadilla, y salieron voluntarios para llevarnos el suministro y la munición.

Por medio de un teléfono de campaña estábamos en comunicación con el Capitán, pero la línea quedó destrozada con la preparación artillera y de

mortero con que los rusos precedieron el ataque.

El combate se inició al amanecer del Jueves Santo con gran lujo de granadas rompedoras que clavaban con precisión matemática dentro de la Vaguada. Enseguida se lanzaron al asalto como borregos, en masas compactas. Los nuestros los veían avanzar y con gran serenidad, por orden del Comandante, no contestaban al fuego enemigo. Mientras tanto, nosotros, los de la avanzadilla, contemplábamos todos los movimientos de los rojos sin poder tomar parte en la defensa, porque de haberlo hecho, hubiéramos disparado contra nuestras propias trincheras.

Cuando los rusos, ya en campo abierto se acercaban a nuestras líneas, fueron recibidos por un fuego infernal que los segaba. Su artillería y morteros continuaban disparando sin cesar. Ellos, no obstante la gran cantidad de bajas que sufrían, seguía avanzando y cuando estaban a escasa distancia, nuestra artillería y los morteros lo hacían a discreción. La matanza fue espantosa, y dio lugar a que se retiraran en completo desorden.

En los bolsillos de los rusos muertos se encontraron botellas de wodka; debían ir borrachos.

Nosotros no llegamos a disparar porque el Alférez no quería que denunciáramos nuestra presencia. Según me dijeron, el Comandante, durante el ataque, andaba por las trincheras con un fusil animando a la gente y diciendo que "tocamos a diez; el que se los cargue, que se vaya a dormir". Él se ejercitaba tirando sobre los rusos que parecían tener mayor graduación.

Si los rojos hubieran hecho retroceder a la Compañía, nosotros hubiéramos quedado en su poder.

En la avanzadilla teníamos un puesto para cada dos soldados, y el servicio lo realizábamos con arreglo a las condiciones del día y de nuestras fuerzas. Para descansar teníamos una pequeña chabola en la que no cabíamos todos, pero resultaba un lujoso hotel cuando entrábamos en ella.

Mi puesto estaba en el lateral izquierdo de la posición. Nada más entrar en él, un camarada fue gravemente herido de un balazo en la mandíbula.

Teníamos orden de disparar continuamente, al tun-tun. El caso era tener al enemigo alejado de los alrededores. Con esto evitábamos que nos vieran, y así creían que los disparos venían de le Compañía.

La visibilidad de los puestos no creo que alcanzara más allá de los 50 metros, y eso en el mejor de los casos, en pleno día. No solamente era el arbolado quien impedía una buena visión, sino también los espesos arbustos y matorrales, a los cuales hubo que segar con fuego de ametralladora.

Como era un continuo disparar, la pólvora tenía tan enrarecido el ambiente, que había ocasiones que parecía tenerla en lo boca.

Cada puesto estaba provisto de una ametralladora y gran cantidad de bombas de mano. Desde uno de ellos se veía pasar muy cerca a los rusos que iban y venían tranquilamente y sin armas. Comprobamos que a determinadas horas iba uno solo -al parecer a revisar los puestos- y determinamos salir a cazarle. El Alférez se entusiasmó por la idea, pero decidió consultor antes al Capitán.

El día 4 por la noche llegó éste acompañado del Comandante, y después de reconocer minuciosamente el terreno, nos prohibieron llevar a efecto nuestro plan. Ordenaron que siguiéramos camuflados en nuestro puesto para evitar dar conocimiento de nuestra presencia al enemigo.

No pudimos convencerle, a pesar de que le hicimos ver que podíamos cogerle esperándole detrás de los arbustos. El Comandante dijo que cogerle era muy fácil, pero que luego, cuando sus compañeros salieran a buscarle, nos encontrarían a nosotros y no íbamos a quedar uno vivo.

Los que nos relevaron lo hicieron, y al poco rato fueron descubiertos y bombardeados con más de 400 cañonazos, no quedando vivo ninguno de los 20 hombres que allí se encontraban.

También comunicó el Comandante que estuviéramos prevenidos porque una Compañía rusa se había corrido hacia nuestro lado y era de esperar el ataque de un momento a otro. Nos dijo que no pensáramos salir ninguno con vida de allí pero que si conservábamos la serenidad -cosa cierta, según él- ¡ya podían venir rusos!.

Para reforzarnos subieron 10 hombres de la posición y nos dedicamos a extender alambres entre los árboles cercanos, a la altura de una cuarta del suelo; estos alambres llevaban colgando botes de conserva vacíos en los que echamos cápsulas de fusil, de esta forma formamos cadenetas a nuestro alrededor y caso de tropezar alguien con ellas el ruido de los bote nos alertaría.

Entre las fuerzas llegó Rafa con dos paquetes que me enviaban Pili y mi tía Matilde, nos los comimos tumbados en la nieve.

Allí escribí:

"Tengo, como siempre, plena confianza en Dios, todo por Él. El entusiasmo y la alegría reinan en todos; el miedo no se conoce y aunque nuestra situación es muy difícil no existe la menor duda de que si los rusos vienen lo van a pasar muy mal".

El Diario del día 5 dice:

"Desde que estamos en esta posición y aunque sólo nos dan una comida caliente en realidad comemos mejor, el suministro en frío también ha mejorado; la ración de pan es ahora de 700 grs.

Las defensas antiaéreas son formidables, los sirvientes las manejan con tal pericia que los rojos tienen que venir de noche y andar rondando mucho tiempo para, con el motor parado, arrojar tontamente alguna bomba y aún así, la mayoría de las veces, el avión es localizado por los reflectores que con sus haces de luz y sus balas trazadoras nos ofrecen bonitos espectáculos.

Por el contrario, la aviación alemana, con sus Stukas, machaca en masa y continuamente el cerco de 100.000 soldados rusos que tenemos a nuestra izquierda. Entre ellos se encuentra el General Wlasokf, héroe defensor de Moscú durante el invierno, según dicen".

Toda esa bolsa, con su general, cayeron prisioneros en los últimos días de junio.

"El otro día recibí carta de mi padre diciéndome que vaya a ver a D. Luis Zanón -nuestro Jefe de Estado Mayor- para quedarme con él. He decidido no hacerlo porque creo que ahora habrá que pelear mucho y

no existen los fantasmas del frío y del hambre".

Las baterías antiaéreas se manejan con tal pericia que los rojos tienen que venir de noche y andar rondando mucho tiempo para, con el motor parado, arrojar tontamente alguna bomba, y aun así, la mayoría de las veces el avión es localizado por los reflectores que, con sus haces de luz y sus balas trazadoras nos ofrecen bonitos y maravillosos espectáculos.

Por el contrario, los stukas de la aviación alemana machacan en masa y continuamente el cerco de 100.000 soldados rusos que tenemos a nuestra izquierda. Entre ellos se encuentra el general Wlasof, héroe defensor de Moscú durante el invierno, según dicen.

Toda esa bolsa, con su general cayeron prisioneros en los últimos días de Junio.

" El otro día recibí carta de mi padre diciéndome que vaya a ver a D. Luis Zanón -nuestro Jefe de Estado Mayor- para quedarme con él. He decidido no hacerlo, porque creo que ahora habrá que pelear mucho y no existen los fantasmas del frío y del hambre".

Estuve varios días sin hacer diario. Los rusos no atacaron, y no por eso dejamos reducido el servicio ni tranquilas las máquinas, fueron días de disparar casi continuamente.

Una vez, al ir a relevar a mi compañero Gil, le encontré boca abajo, ensangrentado y con el pecho taladrado por un balazo. No estaba muerto, pero no se podía hacer nada por él; además, como era de día no podía llegar el médico para curarle. Le trasladamos a la chabola, donde murió al cabo de varias horas sin haber recobrado el conocimiento. (No sé si he dicho que este chico tenía mucho afán en poseer una cuenta corriente al regresar a España, para ello vendía todo lo que podía).

Al entrar en la avanzadilla, junto a un alemán muerto, había un vaso de cantimplora. Como Gil no tenía le comuniqué el hallazgo y en vez de alegrarse me contestó: "no me interesa ya nada, ¡de aquí no salgo!.

¡Qué bien se meditaba en aquellas ocasiones!, ¡qué buenas guardias se hacían "arma al brazo y en lo alto las estrellas"!.

Creo que los rusos nos descubrieron en una ocasión por el puesto don-

de yo estaba: vi a cinco que venían arrastrándose. Iban vestidos de blanco y la cara pintada del mismo color; sólo se apreciaban los dos puntos negros de los ojos. Yo me escondí para pasar desapercibido, pero preparé bombas por si se acercaban más. No puedo precisar la distancia, pero creo que no estarían más lejos de 30 metros. Había uno (debía ser el jefe), que de vez en cuando levantaba la cabeza y accionaba con el brazo. Yo, en cuanto los vi, hice callar a la ametralladora, y estuve a la espera hasta que se fueron.

El día 9 a la una de la madrugada, nos llegó el relevo. Nos retiramos a descansar con toda la Compañía, internándonos unos tres kilómetros en el bosque situado detrás de la posición. Fue una marcha corta, pero muy dura. Antes de partir, nos dieron una botella de coñac para cinco. Mi grupo no tuvo tiempo de beberla, y la dejamos para hacerlo cuando estuviéramos descansando.

Conde fue el encargado de llevarla y, en la marcha, que fue muy dura, porque, entre otras causas que a continuación diré, íbamos muy cargados. Se quedó rezagado y de vez en cuando le oíamos decir: "¡Hala, Juanito, que te queda poco!".

Nos reíamos por la manera que tenía de animarse a caminar, pero resultó que la frase la decía cada vez que se paraba a echar un trago, hasta que se bebió todo el contenido.

La marcha nos cogió muy cansados, porque los días que estuvimos en la avanzadilla descansamos poco y mal. Llevábamos todo el equipaje a cuestas, el fusil en bandolera y en cada mano una caja de bombas o de munición.

El deshielo ya se había iniciado en serio; los bloques de hielo que formaban los parapetos iban reduciéndose de día en día, y algunos ya habían desaparecido. En los terrenos que formaban pendiente se originaban riachuelos y sobre uno de éstos, con el agua hasta las rodillas, tuvimos que caminar unos 300 metros. Como íbamos sudando, nos hizo mucha impresión entrar en el agua tan fría. Primeramente creí que se me helaban los pies, pero después reaccioné -reaccionamos- y a nadie le ocurrió nada. Conde "ni se enteró", gracias al coñac.

Toda la noche estuvo nevando. Amaneció, ¡qué bello amanecer!, cuando llegábamos al lugar designado.

Creo imposible describir el espectáculo tan maravilloso que nos ofreció la naturaleza con aquella nueva serena nevada, mientras las primeras luces de la mañana iluminaban el inmenso bosque.

En el lugar donde descansamos estaba enclavada la Plana mayor del Batallón. Las chabolas eran buenas; la comida, abundante.

Todos los días nos lavábamos antes de desayunar. Para ello nos metíamos ¡a las 6 de la mañana! en un río formado por el deshielo.

Este río cada día era más grande y los ingenieros tuvieron que construir un puente para cruzarlo.

Esto dio lugar a que no descansáramos un momento; nos pasábamos el día acarreando pesados troncos de árboles que otros, con sierra eléctrica, se encargaban de cortar.

En una ocasión que llevábamos un tronco entre varios y no podíamos caminar -por el deshielo, estaba el terreno enfangado- nos encontramos a un paisano ruso que iba en una troika. Al vernos, nos dijo que parecía mentira que fuéramos españoles y no supiéramos caminar llevando el paso de procesión, que era el indicado en el caso. Uno de nosotros le contestó insultándole y le dijo que más que consejos le agradeceríamos que hincara el hombro.

Soltó una carcajada y nos invitó a coñac. ¡Resultó ser el Teniente Coronel Canillas!. Le gustaba ir vestido de esa manera, y desde entonces, siempre rondaba el Campamento y se metía en las chabolas pidiendo bebida.

Para librarnos del barro, nos dieron estupendas botas de las clásicas del Ejército alemán -de media caña-.

Por entonces fue relevado el "Pater". Le sustituyó un sacerdote joven recién salido del Seminario. Era ejemplar en piedad. Nunca dejaba de decir Misa, rezaba el Rosario en el campo, y confesaba en cualquier lugar y de cualquier forma, casi siempre paseando. Pronto se ganó la simpatía de todos los soldados de los que nunca se separaba.

El día 15 pedí permiso, y me lo concedieron, para ir al Cuartel General a ver a D. Luis Zanón, con ánimo de desinfectarme y cambiar de ropa.

Atravesando el bosque para salir a la carretera, fui a ver a Rafa, que es-

taba de enlace con el Teniente Coronel Canillas. Rafa, para quitar y ponerse las botas con más rapidez, había cogido ¡un 48!. Era de risa verle andar. Me dijo que por allí cerca estaba Novales con una estación de radio, le busqué y charlamos un buen rato.

Aquella tarde no estaba en el despacho D. Luis Zanón, y la dediqué a pasear y buscar alojamiento para dormir.

El Estado Mayor estaba emplazado en Grigorodwo, pueblo que aumentó considerablemente su número de casas, aunque las nuevas construcciones eran de madera.

Pasando delante de uno de aquellos barracones oí una voz que me llamaba insistentemente. ¡Era Otto!. Días atrás le habían detenido en Riga y se encontraba en la Compañía disciplinaria, hasta que se celebrara el juicio por desertor.

Francamente, yo estaba asustado oyéndole hablar tranquilamente y sin preocupación. Seguía tan guasón como siempre. Yo hablaba forzado, y mientras lo hacía, mi pensamiento vagaba por el helado Wolchof y oía gritar: "¡No!", a aquél muchacho cuyo fusilamiento presencié.

Me contó toda su aventura por tierras de Europa desde que "abandonó el puesto". Había recorrido infinidad de lugares. Montaba donde quería. Se bajaba cuando le apetecía. Comía donde podía, y dormía donde tenía sueño. Por todas partes fue engañando a los alemanes. Cada diez días cobraba y retiraba el tabaco en la Comandancia Militar del pueblo o ciudad donde se encontraba.

¡Para qué hablar de lo terrible que era la Gestapo!.

Le detuvo nuestra policía militar porque en Riga, estando en un bar, armó gran escándalo al preguntarle unas chicas si era alemán.

Según él, cada día que pasaba sin detenerle, le parecía que los alemanes eran más tontos.

No quisiera pecar de atrevido, pero creo que Otto era de los que menos delito tenían entre todos los de mi Compañía. Había uno que robó una moto y le detuvieron en Atenas.

A ninguno fusilaron. Fueron enviados a España como indeseables para

la División.

Aquella noche dormí en la Compañía de destinos. Era un barracón de madera, tenía literas de dos pisos, la mayoría desocupadas, servían para alojar a los que iban y venían con permiso, los dados de alta en hospitales, en fin, a todos los transeúntes.

¡Con qué tranquilidad dormí!, sin preocupación por la guardia, por la alarma, etc. Aquello era otro mundo; no me llené de barro, ni de tierra, y para colmo, me pude desnudar y nadie me molestó en toda la noche, a pesar de estar entre más de 100 soldados.

A la mañana siguiente efectué mi visita. A lo primero estaba acobardado, me daba vergüenza. Llevaba barbas de varios días; el pelo largo y guarro, y todo el uniforme manchado y roto, sobre todo el pantalón, que estaba hecho jirones. Hay que ver lo que esto influye en un soldado que va a presentarse, particularmente, al Jefe del Estado Mayor en su propio despacho. Temía no saber qué decirle, porque ¿a qué iba?. Ni yo mismo lo sabía.

Entré al antedespacho donde trabajaban unos mecanógrafos. Les dije que deseaba ver al Teniente Coronel, y éste enseguida me recibió. Estaba sentado desayunando mantequilla, queso, mermelada y café con leche con galletas. Antes de preguntarme quién era, y sin dejarme hablar, me ordenó sentarme a desayunar con él. Esto me pareció demasiado y le dije que no tenía ganas (estaba hambriento). Mientras terminó hice mi presentación.

Por su parte -buen psicólogo- no me dejó hablar más de mí, ni me preguntó qué quería. Me dijo que le daba pena y vergüenza verme, pena por mí, por todos los que luchábamos en primera línea, y vergüenza por estar él tan pulcro y aseado, pero la vida exigía eso.

Charlando como dos amigos, me hizo numerosas preguntas sobre nuestros Jefes y situación, y terminó diciendo que habían pasado "un invierno de bigotes".

Enseguida llamó a un sargento y le ordenó que me cambiara de "arriba a abajo". Primeramente fuimos al almacén de vestuario, donde elegí un nuevo equipo completo, incluyendo ropa interior, tienda de campaña, cuchara, vaso, en fin, todo nuevo como si fuera un recluta.

Después, el barbero me cortó el pelo y afeitó y, por último, acabaron de

dejarme nuevo la ducha de desinfección y el desayuno.

La ducha la tomé con verdadero placer. ¡Adiós piojos!. Al salir a la calle ya era otro, estaba atontado, no me lo podía creer.

Nuevamente volví a ver a dicho señor, con quien estuve muy poco tiempo, para no entretenerle. Al despedirme me dijo que volviera a comer allí, y que mi Batallón acababa de recibir órdenes de trasladarse a descansar a los pueblos de Chuchulino y Podverezje (escrito como suena).

Durante el resto de la mañana recorrí el monte y las calles, y vi numerosas rusas vestidas con sus trajes típicos.

A los dos días ya estaba aburrido. Aquello de comer y pasear no me iba. Pensaba marchar al día siguiente, y dos hechos me convencieron definitivamente de ello: me dijo que mi batallón iba a entrar en fuego de un momento a otro, y además, mientras dormía, la "parrala" arrojó una bomba en mi barracón incendiándolo y causando varios muertos y numerosos heridos.

Yo oí la explosión, pero acostumbrado a ellas, seguí durmiendo sin preocuparme los gritos y las carreras. Noté que alguien tiraba de mis pies precipitadamente para despertarme. Los encogí y seguí durmiendo. Al despertar me encontré durmiendo al aire libre, el techo había desaparecido.

El tiempo que estuve allí me duchaba por la mañana y la tarde, ¡me daban ganas de llevarme la ducha!.

Me despedí de D. Luis Zanón, quedando sumamente agradecido por su amabilidad y cortesía. Me dijo que volviera cuando quisiera y que le comunicaría mi visita al señor Aguilera.

Los pueblos donde se encontraba mi Batallón estaban situados a lo largo de la carretera de Leningrado. En un control monté en uno de los numerosos camiones que por allí transitaban, y me llevó hasta Chuchulino.

Mi Sección estaba alojada en una casa grande que, como todas las rusas, era de madera. Las paredes las componían troncos de árboles y por dentro, todas estaban empapeladas y guateadas con paja, trapos, algodón, lana, etc.

Junto con nosotros se hospedaban doce soldados de las S.S. alemanas. Entre estos hombres, había alemanes, belgas y holandeses.

Las rusas propietarias de la casa se encargaban de lavar la ropa, el suelo y los cacharros, y nosotros les dábamos de comer. Las cuatro paredes de cada habitación tenían tres filas de literas dobles.

Por las noches se bebía y cantaba. ¡Aquello parecía la Torre de Babel!. Nadie se entendía. Era digno de ver a los alemanes cantando flamenco o toreando.

Bueno, he de advertir que mi presencia en la Compañía fue acogida con frases de admiración, parecía un soldado de opereta.

Los escasos días que duró aquella vida fueron de absoluto descanso: nos lavábamos bien (gracias a un ruso que nos preparaba agua caliente).

Probando una ametralladora, un muchacho mató a un soldado alemán, y aunque estuvo a punto de organizarse el follón, al fin se impuso la disciplina.

El día 22, no habíamos acabado de comer -comíamos muy bien-, cuando empezaron a repartir la cena porque teníamos que partir hacia el frente.

Como yo lo sabía, no me cogió de sorpresa, pero sí el tener que cenar sin haber acabado de comer.

A las dos de la tarde partimos a pie -carretera de Leningrado adelante- hacia Podverezje. Allí dejamos la carretera a la izquierda y, después de cruzar una gran extensión de terreno sin arbolado, nos internamos en un bosque que quizá fuera el más espeso de cuantos había visto hasta entonces.

Como ya no había nieve, el agua y el fango hicieron muy penosa la marcha. Se veían numerosos cadáveres de soldados rusos, la mayoría mutilados: unos por la metralla, otros por los cuervos. Había también muchas chabolas destrozadas e inundadas, cuyo techo se había hundido por el deshielo (más tarde, estas chabolas nos sirvieron de piscinas).

Ya de noche llegamos a la posición donde relevemos a tropas alemanas. No había trincheras, ni parapetos ni nada. Las chabolas eran finlandesas: como cajones grandes levantadas medio metro del suelo y sujetas por cuatro patas. La primera noche la pasamos muy mal, porque no había sitio para todos. Después, con troncos de árboles, construimos chozas.

El barro abundaba, normalmente llegaba hasta la espinilla y en algunos

lugares hasta el final de la bota. Para librarnos de él, nos dieron a cada Pelotón dos pares de botas de goma que cubrían más arriba de le rodilla.

Este barro se secó rápidamente, quedando el suelo convertido en una verdadera pradera; parecía que estábamos descansando en la selva. No obstante, el suelo tenía todavía mucha agua, y las botas de goma nos sirvieron de muy poco porque se pincharon por numerosos sitios.

Como no existía frente señalado, las guardias se hacían junto a los árboles, y por la noche nos internábamos algo más.

Con "tupines" (palabra asturiana que sirve para designar a una especie de gran adoquín de barro, cuadrado, que se arranca de la tierra sirviéndose de la pala, que se clava en el suelo cuatro veces formando el cuadro que es arrancado), se construyeron puestos de guardia y nidos de ametralladoras en el principio de un claro de bosque.

Este claro, a manera de una recta de carretera de unos 30 metros de ancho, servía de línea divisoria del frente. Como nos situamos en una de sus orillas, impedíamos a los rusos instalarse en la otra, con lo cual tenían que andar errantes, y así, unas veces disparaban desde muy cerca, mientras otras era desde lejos; en la inmensa mayoría de los casos lo hacían con balas explosivas.

Por las noches, continuamente disparábamos las pistolas lanzadoras de bengalas para iluminar el campo. Los rusos hacían igual. Estas bengalas llevaban un pequeño paracaídas que retardaba su descenso; su tamaño era algo mayor que un pañuelo, y para tal menester lo usábamos y buscábamos afanosamente.

En una ocasión que al anochecer crucé la línea divisoria en unión de otro camarada, para recoger unos cuantos que había pendientes de un árbol, mi compañero pisó una mina y aunque tuvo la suerte de no morir, le recogí con el cuerpo completamente ensangrentado.

Aquél terreno estaba completamente minado, y si no sabíamos dónde estaban las minas rusas, también ignorábamos dónde estaban las nuestras. En una ocasión, cuando fuimos a recoger la cena, marchando cinco en fila india y a una distancia de cuatro metros unos de otros (yo, el último), el primero pisó una mina que le destruyó a él y al compañero que le seguía; el tercero quedó herido; el cuarto, que era el practicante, quedó sordo hasta

















el extremo que después de prestar los primeros auxilios y mientras venían a recoger los restos de los muertos y al herido, me pidió un cigarrillo para serenarse, y el humo le salía por los oídos.

Desde entonces, la obsesión del "Pater" era buscar minas. Siempre se le veía con el machete hurgando el suelo. Un día le oí decir al Comandante que iba a pedir otro Capellán, porque pensaba que el que teníamos iba a subir al cielo ayudado por una explosión.

El frente estaba en continuo fuego, porque no nos veíamos y temíamos una sorpresa. A los rusos les pasaba lo mismo, y por tal motivo se organizaban verdaderos combates en los que perdían la vida muchos miles. ... de árboles y arbustos. A veces, bastaba con un solo tiro para poner en movimiento a todo el frente.

Nos daban bebida todos los días, y en uno de ellos que se había bebido bastante, al anochecer, estando en el puesto y no viniendo a relevarme, se me ocurrió lanzar una bomba de mano. ¡Buena la hice!. Los rusos empezaron a disparar. Los nuestros contestaron disparando todas las ametralladoras, a las que replicó el enemigo con fuego de mortero. Nosotros disparamos los antitanques. En fin, a la media hora teníamos la bayoneta calada y, tumbados en el suelo, oíamos silbar los proyectiles de nuestra artillería, que iban a estrellarse contra las líneas rusas a unos 50 m. En mi cabaña entró un disparo de nuestros antitanques.

Amaneció y seguía aún el combate. Todo coincidió con los informes que se tenían de que el enemigo se estaba preparando para un fuerte ataque. Es probable que aquello les hiciera volverse atrás.

Unos evadidos, que al día siguiente se pasaron por mi puesto, dijeron que sí era cierto que pensaban atacar, aunque no sabían cuándo.

Se pasaron de la siguiente forma: estaba yo solo con la ametralladora y las bombas -compañeras queridas e inseparables- cuando vi venir hacia mí a cuatro rusos con las brazos en alto. Me levanté para que me vieran y les hice señas para que se acercasen. Llegaron y se sentaron junto a mí. Uno de ellos me dio un cigarro. Yo llamé al cabo, éste al sargento, que vino, me arrestó y se los llevó.

El arresto fue debido a que el sargento quería que los hubiera tenido alejados de mí hasta que él llegase, porque podían haberme matado.

Los rusos tenían el célebre mortero llamado “El organillo”, que disparaba catorce obuses a la vez. Su artillería también era maravillosa, y de un calibre fenomenal. Abría bocas en el suelo capaces de enterrar dos tranvías.

El día que Venero llegó del Hospital, estando con él charlando mientras recogía la cena, acertaron a meternos los disparos en la pequeña explanada donde estábamos situados, tuvimos muchos heridos. Desde entonces, no nos dejaban tranquilos, y nos hacían ir a gatas y por pequeños senderos (después de haber comprobado que no había minas).

Otro día iba paseando con Rafa, cuando oímos silbar un obús, y tuvimos que lanzarnos de cabeza a un hoyo lleno de agua y barro. ¡Allí acabaron los días de mi “lujoso” uniforme!. Pasó a ser uno de tantos, aunque sin sietes.

En la mañana del 25 de abril me despertaron para ocupar el puesto de mi compañero, que había sido herido: tenía un tiro en el brazo derecho, de los llamados ‘de suerte’ porque suponía tres meses viviendo bien en el hospital de Berlín o Riga.

Por la tarde, estando con el cabo haciendo “tupines” para defender le choza, un centinela me pidió lumbre, y al ir a dársela, me dijo que iría él, porque el sargento no dejaba acercarse allí a nadie que no fuera el cabo de servicio. No hizo el muchacho más que dar un paso delante de mí, cuando una bala explosiva le entró por el lado derecho del pecho y le salió por el izquierdo del vientre. No le dio tiempo de nada; a los pocos segundos, moría en mis brazos.

Los “tupines” los colocábamos alrededor de le choza o formábamos corrales con ellos, para poder estar charlando o tomando el sol sin temor a los tiradores rusos desde los árboles, o a las explosiones de morteros y demás armas.

Junto a mi chabola explotó uno de tal potencia, que de no haber tenido aquella muralla protectora, lo hubiéramos pasado muy mal.

Con los tiros se daban casos muy curiosos, y voy a contar tres de ellos:

- Un muchacho recién llegado del hospital, se despierta diciendo que ya ha perdido la costumbre de dormir en el suelo, y se le ha dormido un brazo. Resultó un balazo.
- Otro, mientras duerme boca arriba con los bolsillos del pecho de la

guerrera llenos de papeles, una bala le atraviesa los dos.

- Rafa, Parrilla y yo en la puerta de su choza. El segundo, recostado sobre la pared. De pronto, da un salto, se echa las menos a la cabeza, y una bala le ha hecho una carretera en el pelo.

Casi todos los días, al amanecer, se organizaba el “tomate” y al que le pillaban durmiendo, había de vestirse deprisa y corriendo. Por eso, el sargento Manjón, a cuyo Pelotón pertenecía desde que entramos en aquella posición, dio orden de no descalzarse nadie para dormir. Yo, no obstante, lo hacía, pero me encogía y dejaba que el pie de las botas saliera por debajo de las mantas, dando la impresión que las tenía puestas. Así estaba cuando descubrió a uno descalzo, le arrestó, y me puso de ejemplo.

Mayo 1942

El 8 de Mayo, de madrugada, dieron orden de preparar el equipo para marchar a España a los casados, a los mayores de 35 años y menores de 18.

A nosotros nos dijeron que teníamos que estar preparados porque íbamos a atacar en toda regla: iríamos vadeando el bosque para cruzar después un río y tomar al asalto un pueblo ruso que estaba lleno de municiones. Teníamos que robarlas, y regresar a nuestro punto de partida.

La 2ª Sección salió de descubierta y se metió detrás de las líneas rusas sin tener ninguna baja.

Mientras, continuaban llegando evadidos, no en masa, pero en grupos como el que se pasó por mi sitio. Según éstos, en el ataque que efectuaron estando yo en la avanzadilla, retiraron 200 muertos, y otro día, en vez de atacar, metieron en la vaguada 400 cañonazos.

Se aplazó el ataque, porque volvió a nevar y a hacer frío.

En aquella posición nos vacunamos contra el tifus, el cólera y no sé cuántas cosas más. La del cólera me dio mucha reacción, y la fiebre me duró dos días.

El día 13 escribía:

“Han puesto los rusos dos ametralladoras enfrente de mi puesto, y me traen frito; no me dejen ni levantar la cabeza.

Ahora, al revés que en invierno, ya no se hace completamente de noche. Cuando hay menos claridad es desde las 9 ½ hasta las 12 ½, hora en que empieza a amanecer (hora alemana). A la 1 ½ de la madrugada es completamente de día.

El agua que bebemos es de los charcos, siendo preferida la de los hoyos que hacen los obuses.

Aunque estamos en una peligrosa posición parece que tenemos descanso. Estamos todos muy repuestos. El servicio es de dos horas durante el día, y 1 y 3/4 por la noche (cuando hay menos luz). Durante el resto del tiempo no tenemos nada que hacer."

La operación anunciada para volar el pueblo ruso a que he hecho mención anteriormente, fue suspendida sin saber por qué, y como dice el diario:

" Sin que sea una fanfarronada, lo hemos sentido mucho, porque el enemigo principal, el frío, ha desaparecido y tenemos ganas de entrar en combate."

Casi todos los días oía misa y comulgaba.

Como se puede ver, volvimos a ser hombres, hombres en guerra, pero hombres normales.

El suelo se secó, la tierra se cubrió con tupida alfombra de hierba y los árboles envolvían sus ramas con verdes hojas. Con la alegría de la Naturaleza nuestro optimismo iba en aumento. Bien a las claras lo demostraban las canciones y risas que sonaban por doquier. Para obtener agua bastaba cavar un poco en el suelo y ésta brotaba fresca y cristalina. Los pequeños hoyos que se formaban eran arreglados como si fueran fuentes que se ornaban con todos los medios a nuestro alcance. Se hacían pequeños estanques con jardines alrededor. En éstos se confeccionaban paseos, escudos, banderas, etc. Para ello nos servíamos de los colores de las cáscaras de naranja, casquillos de bala, bengalas, pólvora, etc. Había escudos de España y de Alemania, del S.E.U. y la División.

Se llegaron a realizar verdaderas obras de jardinería, en las que alemanes y españoles rivalizábamos en franca camaradería.

Cortábamos ramas y árboles enteros para colocarlos en los lugares precisos donde destacasen por su vistosidad. Como había tantos, no importaba que se secaran en pocos días pues inmediatamente eran sustituidos por otros.

Como ya he dicho, los hoyos de las que fueron chabolas los aprovechábamos como piscinas.

Para librarnos de las balas y metralla enemiga, construimos barreras a base de "tupines" por los lugares más batidos.

Se volvió a hablar de romper el frente ruso y marchar nosotros en vanguardia.

En aquellos días se incorporaron el Alférez de mi Sección, y Barriga, después de disfrutar un mes de permiso en Berlín. Fueron agraciados en el sorteo que a tal fin se hizo. ¡Buena envidia nos dieron!.

El 18 de mayo nos explicaron la operación que íbamos a efectuar al entrar en combate. Atacaríamos sin aviación ni tanques, aunque con muchísima artillería. Dice el Diario:

"Voy muy contento y tranquilo, no tengo miedo a la muerte, para eso he venido, será lo que Dios quiera y nada más".

Se aplazó la operación debido a la lluvia.

El 19 subieron a vernos Vilches, Arévalo y Navas. Se encuentran a la entrada del mismo bosque que nosotros, junto con la Plana Mayor del Batallón. Su compañía está descansando.

El 20 regresó a España otra expedición. Las bajas de los repatriados eran cubiertas con nuevos camaradas recién llegados.

Dice el Diario:

"Nunca creí que pudiéramos reponernos tan pronto; parece mentira, estamos completamente bien".

El 27 se captó un parte enemigo comunicando a sus tropas que a las 9 de la noche habían de estar todas en sus puestos. Hubo la consiguiente alarma y pasamos la noche en continua vigilancia, aunque no sucedió nada

de particular.

Al día siguiente llamó el Capitán a los amigos de Rejas -a los del "Paci"- para comunicarnos que se había hecho pasar por médico, etc. y que lo iba a pagar caro.

Ya por entonces no existía la noche y se unían los dos crepúsculos.

No sé en qué época del año se podrá vivir bien en aquella parte de Rusia. Quitados unos cuantos días, muy pocos, se pasa del frío inmenso a la también inmensa plaga de mosquitos de primavera y verano. Si malo es el primero, el segundo no le va a la zaga. Es tal la cantidad de mosquitos que a veces hacen sombra, y desgraciado del que cogen por su cuenta. Teníamos que llevar el casco puesto y sobre él, un mosquitero que nos protegía la cabeza como si fuéramos un queso. Además, nos vestíamos con guantes y todo, para no dejar al descubierto ninguna parte de nuestro cuerpo.

En la noche del 29, repartieron bebida y marchó a España otra expedición de repatriados.

De madrugada, estando de vigilancia, se acercaron el Alférez y dos sargentos. Se empeñaron en que boxeara con ellos. No me atrevía, por miedo a tirarlos al suelo y, además, sabía bien que estas bromas terminan con el consiguiente arresto para el inferior. Me mandó el Alférez empalmar las cintas de la ametralladora hasta formar una tira de 3.000 balas, y una vez lo hube terminado, me ordenó disparar alternativamente con música de "una copita de ojen" y"otro toro". Como no tenía a nadie para ir levantando la cinta del suelo, resultó que cuando quedaba poco por disparar, se encasquilló la ametralladora a consecuencia de la tierra que llevaban las balas. Me echó una bronca, y dijo que quedaba arrestado. Por tal motivo no pude despedirme de Venero, que regresaba a España.

A la terminación del día 31 llegó la orden de prepararnos para abandonar la posición. Descansaríamos unos días donde estaba la Plana Mayor del Batallón para después ir a operar a la ya famosa "Bolsa del Wolchof".

Internados por el bosque, con el equipo a cuestas, recorrimos el trayecto, unos 3 kilómetros, que nos separaba de la Plana Mayor; la dejamos atrás, y un poco más abajo, ya en la ladera, plantamos el campamento a las trtes de la madrugada.

Nos reunimos todo el Batallón y, por tanto, volvimos a estar juntos todos los amigos del barrio.

Las tiendas las colocamos en un claro al final del bosque, cortamos árboles para camuflarlas. Con ello resultó que el claro se convirtió en frondosa arboleda cuyos árboles eran repuestos casi diariamente.

Donde terminaba el cerro terminaba el bosque y al pie de la ladera discurría un arroyuelo que, aunque a veces por sus aguas bajaba algún cadáver ruso, en una revuelta formaba una pequeña balsa que aprovechábamos como piscina.

Al otro lado del arroyo existía una extensión de terreno, unos cuatro kilómetros, completamente llano que conducía hasta la carretera general de Leningrado. En un pueblecito allí situado y llamado Tyotichy teníamos las cocinas y la oficina de la Compañía.

En la explanada estaban enclavadas numerosas baterías. Todo este sector era duramente castigado por la artillería rusa.

Hacía cierto tiempo que, mensualmente, teníamos suministro especial de cooperativa, en el que comprábamos cigarrillos, tabaco suelto, chocolate, bebidas, cuchillas de afeitar, etc. etc.

Tuve conocimiento de que Venero estaba concentrado en un pueblo de los alrededores del lago Ilmen, donde estaban preparando el regreso a España. Pedí permiso para ir a verle y despedirme. Me lo concedieron y en un camión me trasladé a Grigorodwo. Estuve dos días con Carreño, que me trató admirablemente bien. Allí me friccioné el cuerpo con Mitigal -en el frente hacía tiempo que se habían agotado las existencias-, me lavé bien y cambié de ropa interior. Una vez descansado y limpio, marché a Nóvgorod y, andando, marché al Ilmen. Como "preguntando se va a Roma" di con Venero en el pueblo llamado Chiribichy I (como suena).

Estuve una tarde con él y regresé, en el camión de intendencia, a dormir con Carreño.

Al día siguiente partí para el frente llevando calcetines que me dió Carreño para Rafa y Parrilla.

Ya en el campamento me enteré de que estábamos a disposición del Mando alemán, para entrar en combate de un momento a otro.

Mientras llegaba la hora la vida era sumamente agradable, parecía que pasábamos unas vacaciones en el campo, los disparos de la artillería enemiga no nos preocupaba lo más mínimo.

Nos bañábamos; los mosquitos, aunque habían aflojado un poco, nos picaban a placer; tomábamos el sol, y por las noches, nos reuníamos a charlar y cantar alrededor de las hogueras.

Con pelotas de papel jugábamos al fútbol, mejor dicho, sólo jugamos los primeros días, porque rápidamente la artillería enemiga destrozó el campo. ¡Buenos artilleros!.

Por nuestra parte, oleadas sucesivas de stukas bombardeaban continuamente la bolsa en la que había -al decir de "radio-macuto"- cien mil soldados rusos encerrados.

Tocaban diana a las siete de la mañana y, después del desayuno, nos reuníamos todos los amigos del barrio, pasábamos juntos el día. Oíamos misa, muchos días comulgábamos y por la tarde rezábamos el Rosario, el primer día, solos; después acudían numerosos camaradas.

Para estos menesteres habíamos construido una gran cruz de madera (dos árboles cruzados), y la colocamos sobre un altar hecho con los célebres "tupines". También con ellos protegimos los costados, haciendo de este lugar uno de los más seguros de la posición.

En una ocasión, mientras rezábamos el Rosario, los cañones enemigos vomitaron su lluvia de metralla sobre nosotros que, sin inmutarnos, continuamos nuestros rezos. Un gigantesco terrón arrancado del suelo, después de un alto vuelo, fue a estrellarse con un coche de turismo que allí había, dejándole completamente aplastado.

Otro día, que había estado de centinela por la noche, me pasé la mañana durmiendo y soñando con un gran bombardeo, cuando me desperté, tenía le tienda de campaña agujereada por numerosos sitios: ¡el bombardeo había sido auténtico!; y yo estuve durmiendo mientras los demás, sin acordarse de mi, se pasaron la mañana metidos en las zanjas hechas para estas ocasiones.

Junio 1942

El primitivo capitán fue relevado y el sustituto, al que le gustaba mucho

beber, organizó el 2 de Junio por la noche una juerga a base de bebida. Yo no quise ir. Se pasaron la noche bebiendo, cantando y bailando.

El día del Corpus tuvimos comunión general.

El día 5 de Junio nos visitó el General. Estuvo como si fuera otro de tantos. Nos dijo que los alemanes habían cerrado la bolsa, y se temía que los rusos intentaran romperla por donde nosotros estábamos. Esperaba que, de ser así, daríamos lugar a que Hitler repitiera la frase que hizo cuando la epopeya de los esquiadores de la División en el Ilmen: "El león español ha rugido en el lago Ilmen".

Como nos encontró cantando, dijo que continuáramos alegres porque, "gracias a vuestro heroísmo, España puede cantar, y hacía siglos que lloraba".

Un día, mientras esperábamos la comida, cuando venía el carro por el camino, un obús mató al caballo. Lo vimos desde lejos, e inmediatamente corrimos, navaja en mano, hacia el lugar de la catástrofe, y al poco rato se nos podía ver, a los que primero llegamos, asando buenos trozos de carne de caballo.

Toda la carne que comíamos era de caballo. Al sargento de mi Pelotón le deba asco, y le hice pasar muy malos ratos.

Voy a copiar íntegro lo escrito el domingo 7 de Junio:

"Hoy por la mañana oímos misa. El altar estaba muy bonito; como está enclavado en un altozano y la cruz es muy grande, destacaba majestuosamente. No parecía que estábamos en Rusia, y mucho menos cuando, después de la comunión, se entonó el Himno Eucarístico, y al final, el de la Juventud de Acción Católica.

A la hora de comer nos reunimos Bravo, Conde y yo (Rafa no pudo hacerlo) y tuvimos la mejor y más agradable comida realizada desde que partimos de España. Por curiosidad, voy a anotar el "menú": una marmita de macarrones; otra de judías con mucha carne (de caballo); carne en salsa; un filete frito

para cada uno; un trozo de chorizo; queso y mantequilla. Todo con el correspondiente pan, y medio litro de vino por persona."

De viejas botas confeccionamos sandalias para andar más cómodos.

Los mosquitos, aunque abundaban muchísimo, desaparecieron bastante. Ya no eran aquellas primeras plagas de miles y miles.

Así, felizmente, fueron pasando los días hasta que, el 9 de Junio por la tarde, partió hacia la línea de fuego la primera Compañía. Con ello quedó nuevamente deshecho el grupo de amigos, y a los que quedábamos, parecía que nos faltaba algo.

En aquella despedida fue la última vez que vi a Bravo.

Durante aquella noche se oyeron continuamente ruidos de las explosiones y disparos en la primera línea.







Vuelta a Casa
17 Junio - 12 Julio 1942

Estoy licenciado! 17 de Junio de 1942. Para mí ha terminado la campaña en Rusia. He sido incluido en la próxima expedición. Estoy esperando con Antonio Carreño el momento de regresar a España.

El entusiasmo y la alegría eran indescriptibles. Merece la pena todo lo pasado para llegar a este momento.

Estamos concentrados en los pueblos que bordean el lago Ilmen. Nosotros nos encontramos en el mismo en que estuvo Venero, en Chiribichy I.

En los días que mediaron entre la marcha de la primera Compañía y el que escribí lo anterior, no hice diario; no tenía ganas y, además, no había novedad. La artillería rusa, que seguía disparando sin cesar, nos obligaba a ir a gatas continuamente. En una ocasión en que fui al pueblo a recoger algunos camaradas recién incorporados, no se creían que los hoyos que se veían por todas partes fueran hechos por la artillería. Eran legionarios, y creían saber todo lo referente a la guerra. Uno de ellos dijo que, por si era verdad lo de la artillería, le dijese qué tenía que hacer si nos bombardeaban. Le contesté que lo mejor ere dejarse llevar por el instinto, y que ya lo comprobaría.

Nada más empezar a caminar, comenzaron a explotar los cañonazos a nuestro alrededor. El legionario citado, al oír el primer silbido, se lanzó a tierra pegándose a ella de tal forma, que no se le veía.

Desde los días 12 a 15 de Junio, puede decirse que la artillería rusa no dejó ni un momento de disparar.

El día 15, a la hora de comer, vinieron Rafa y el sargento Lobato a darme la enhorabuena por haber visto mi nombre incluido en la lista de los próximos repatriados. A lo primero no me lo creía, y poco a poco fui admitiéndolo, aunque con reservas por temor al desengaño.

Por la tarde dieron orden de prepararse para la partida. Por miedo a un chasco, no me atreví a hacer nada hasta ver al camarada que traía los certificados de servicio, y entre ellos, el mío.

Entonces se desbordó la alegría. La emoción me embargaba; no sabía qué hacer ni qué decir a los que allí quedaban. La verdad es que se disfruta mucho más esperando, suspirando por una cosa, que poseyéndola.

Nos dijo el Capitán que era conveniente que cambiáramos con los recién llegados nuestras botas de media caña por las bajas que ellos traían.

Así lo hicimos y, preparando rápidamente el equipo, abandonamos el campamento.

En medio de la alegría tan inmensa por regresar a España, sentía pena por dejar todo aquello, y principalmente, a los buenos amigos.

Me despedí de ellos, entonando la compañía el "Cara al Sol", y comencé a caminar a las cuatro de la tarde.

Íbamos un grupo; no cantábamos, todos en silencio y pensativos.

En Tiotichy nos dieron abundante suministro en frío y continuamos andando en silencio. Salimos del radio batido por la artillería roja, el silencio continuaba. Poco a poco fuimos reaccionando hasta enfrascarnos en animada charla, y comunicamos mutuamente nuestras impresiones. Conmigo venía Carreño; hablamos de los nuestros.

Así, caminando a veces y descansando otras, llegamos a Grigorodwo a las ocho y media de la mañana.

Las 16 horas de marcha transcurrieron sin enterarnos, ¡y no se hizo de noche!.

¡Todo lo pasado había sido un sueño!.

Dice el Diario:

" Siento de corazón abandonar a mis buenos amigos. Ahora temo por ellos. Es probable que no vuelva a ver alguno. No olvidaré la despedida de Rafa; creo que, si no lloramos los dos, fue por conservar las formas."

Carreño y yo fuimos a la casa donde se albergaba su hermano. Nos lavamos, desayunamos y descansamos. Después, cambiamos la ropa interior, botas y mantas por otros nuevas .Y partimos hacia el Ilmen, donde habíamos de concentrarnos.

Por la tarde llegamos a nuestro destino. Durante algunos días fueron llegando más camaradas, para formar el Batallón de marcha.

Teníamos que estar unos días concentrados hasta organizarnos bien. Se formaron Compañías, Secciones, Pelotones y Escuadras.

Quedamos alojados por Pelotones en las casas del pueblo (isbas), ¡qué casas!. Las paredes eran de troncos de árboles; los huecos estaban rellenos de paja, lana, etc. Después estaban forradas de papel, o sea, empapeladas por dentro. Aunque eran grandes, la parte dedicada a vivienda era sumamente pequeña, y se confundía con la cuadra (así se aprovecha el calor de los animales).

Dentro de la casa se encontraba una especie de molino accionado por un caballo o vaca que servía de trillo (como un molinillo de café en gran escala). En lo habitable para personas había una habitación con horno, sobre el cual dormía toda la familia aprovechando el calor de los ladrillos. Había dos habitaciones más con ventanas a la calle, debían de ser las que habitaban en verano y entonces ocupábamos nosotros. El suelo, como toda ella, era de madera.

Los dueños de la mía era un matrimonio, relativamente joven, con dos hijos, chico y chica. El chico tendría unos diez años, y la hija, dieciocho. También había una anciana, que era el ser más repugnante que he visto en mi vida. Se pasaba el día arrastras -no se tenía de pie- pidiendo café. Los mocos le colgaban por la barbilla; les legañas le cubrían los ojos, y los piojos se paseaban tranquilamente por la cara. ¡Ni los mosquitos se acercaban a ella!.

Un día, después de comer, entró en mi habitación cuando, sentado en

la ventana, me disponía a tomar una taza de café. Fue tal la impresión que me causó, que salté a la calle abandonando el vaso, que ella tomó inmediatamente.

La chica, por el día, trabajaba construyendo y arreglando carreteras (los alemanes obligaban a trabajar a todos los rusos, menos a las madres), y por las noches arreglaba la casa. Planchaba la ropa valiéndose de un rodillo de hierro, y golpeándola. Me planchó una vez la camisa, y la dejó destrozada. Después hizo un zurcido juntando la tela, y cosiendo como un zapatero.

Por aquél lugar los mosquitos abundaban muchísimo. Parecían estar bien cuidados, porque eran cuatro o cinco veces mayores que los del frente.

En todos estos pueblos existía mucha miseria: la natural de ellos y la originada por lo guerra. Estaba deseando salir de allí.

A las horas de comer la población civil nos acosaba y resultaba que nunca comíamos a gusto. Y otras veces, ni comíamos nosotros ni ellos, porque no teníamos para todos.

Toda la población es muy servil. Hacen miles de reverencias. Antes de entrar en una habitación se cruzan de brazos e inclinan la cabeza hasta la cintura.

Eran tristes, sufridos y muy buenas personas; parecían esclavos dispuestos a obedecer en todo. ¡Pobrecillos, qué vida le suya!.

En ninguna casa faltaban los cuadros religiosos, iconos o crucifijos. Eso no he llegado a explicármelo aún. Me parece que por aquella parte no había hecho mella el comunismo.

El espectáculo que nos ofrecían aquellos pueblecitos era muy triste, y nos recordaba a nuestros seres queridos.

Carreño fue a darse un paseo por el Cuartel general, y al regresar nos trajo muchas noticias: nuestro antiguo batallón estaba operando desde las siete de la mañana del día anterior. Había tenido muchas bajas, entre ellos Navas, con quien estuve hablando en el Hospital. Rafa actuaba de enlace con el Coronel alemán que dirigía las operaciones. Aquello me dejó triste y abatido...

Tres de los nuestros marcharon a pedir permiso al General para que nos

dejase incorporar mientras duraban las operaciones o llegaba el momento de nuestra partida. Vieron al ayudante y les dijo que si el General les veía en las condiciones que iban, les arrestaría y no aceptaría el ofrecimiento.

Todos los días hacíamos instrucción para entrenarnos con vistas al desfile al llegar a España. Después nos bañábamos en el lago Ilmen, y paseábamos con bombas de mano.

La primera vez que entré en el agua me dio mucha impresión, porque tenía un color rojizo parecido a sangre. No me había dado cuenta hasta dar la primera brazada, entonces me pareció que todo mi brazo sangraba.

En la casa donde se hospedaba el Teniente Coronel que mandaba el Batallón, vivía la única "pañenka" guapa y con buen tipo que vi en mi estancia en Rusia. No sé si he dicho que la Hoja de campaña, para describir a una muchacha rusa, decía que cuando viéramos rodar una bola de ropa la detuviéramos y dentro de ella encontraríamos una "pañenka". Claro es que eso fue en invierno, cuando llevaban ropas guateadas como los edredones, y calzaban botas de grueso fieltro.

A últimos de Junio ya estaba formado el batallón de regreso, y sus hombres esparcidos por los pueblos cercanos.

Todos los días recibíamos noticias de la marcha de las operaciones realizadas por mi antiguo Batallón. Se estaban portando admirablemente. En el sector que les correspondió arrollaron a los rusos, cosa que no pudieron hacer los alemanes ni los flamencos, por tal motivo los nuestros se encontraron encerrados en una cuña, que después tuvieron que romper nuevamente para retroceder a la posición primitiva.

Nos desinfectamos con un baño turco que voy e describir, aunque no sé si ya lo he hecho.

Dentro de una casa de habitación única, se encontraba otra pequeña, de unos tres metros de largo por otros tantos de ancho. Dentro de ella había un gran horno encendido; sobre éste, había calderos de agua hirviendo que despedían vapor. A un lado se hallaba un gran montón de cal viva. Dentro de la pequeña habitación, sin respiración, a excepción de una puerta que cerraba herméticamente, se encontraba un ruso con unas ramas de árbol en las manos. También había unas cuerdas para colgar la ropa.

Estaba desnudo, con las ropas en la mano incluida la manta. Para entrar, abrí y cerré la puerta rápidamente. Lo primero que noté fue la sensación de asfixia; instintivamente abrí la boca para respirar. En mala hora lo hice; se me secó la garganta y parecía que me ahogaba.

Con rapidez increíble, grandes chorros de sudor corrieron por mi cuerpo. El ruso, con una mano echaba agua al montón de cal, y con las ramas en la otra golpeaba nuestro cuerpo, produciéndonos un picor molesto y extendiendo el sudor. Con el mismo sudor había que enjabonarse y aclararse.

Al salir estábamos extenuados. La ropa quemaba y chorreaba agua de vapor ¡y el tío aquél continuaba dentro tranquilamente!.

Este procedimiento de limpieza es clásico en aquella parte de Rusia.

En los últimos días no volví a hacer Diario, porque la vida no ofrecía ninguna novedad. Comíamos bien, dormíamos mucho, charlábamos, paseábamos, nos bañábamos y estábamos cansados de ver tanta miseria y calamidades a la vez.

En todos estos pueblos han aprendido bastante el castellano, a consecuencia del trato con españoles.

Hablé varias veces con María, la hija del dueño de "mi"' casa, y una de ellas me preguntó por España, cómo eran les chicas, cómo vestían y, sobre todo, si había nieve y mosquitos. Al contestarle, lloró y dijo que debíamos ser muy felices los españoles.

El 30 de junio anotaba:

" Escribo estas líneas desde Naschtski, donde llegamos ayer a las cinco de la tarde. Está situada a unos 10 kilómetros del Cuartel General.

El día 29 iba con Carreño a dar un paseo por un pueblo inmediato, cuando nos comunicaron que teníamos que preparar el equipo rápidamente porque partíamos de un momento a otro. Pasamos la noche sin dormir, y salimos a las ocho de la mañana en dirección a Nóvgorod.

Lo dejamos a un lado y en un barrio extremo, junto

el río, en un hospital ruso, entramos a desinfectarnos. Las duchas eran como las de Hendaya, pero estaban montadas provisionalmente, y el servicio resultaba peor.

Las galerías del piso superior estaban llenas de prisioneros rusos hechos por mi Batallón en las recientes operaciones.

Subí a verlos. ¡Qué asco!. ¡Qué mal olor!. Más del 90% eran mujeres, soldados naturalmente. Los hombres lloraban y negaban ser comunistas, pero ellas decían en voz alta que sí lo eran.

Entre ellas había una española, asturiana, de 23 años. Me pidió un cigarrillo, y dijo que esperaba ser fusilada, pero no le importaba. Todas iban vestidas con botas altas y buenos uniformes.

Entre la miseria de los últimos días, y los prisioneros, llevo buen recuerdo del "paraíso soviético".

A las tres de la tarde habíamos terminado de ducharnos y desinfectarnos. Continuamos la marcha hacia el Cuartel General. Por casualidad, por allí pasaba un tren que nos llevó hasta nuestro punto de destino, donde escribo estas líneas.

En este lugar es donde abundan los mosquitos en mayor cantidad y calidad. Sus picotazos atraviesan la ropa. Vamos completamente enfundados. Parecemos caballeros de la Edad Media".

Estábamos en pleno bosque, y como habitación teníamos el vagón del ferrocarril que había de repatriarnos. Eran los mismos vagones que nos alejaron de Alemania.

En el nuestro, escribimos carteles alusivos, y colocamos dos banderas españolas. Una de ellas decía: ¡Gibraltar español!, y la otra: ¡Vivimos para Cristo y España!.

Cerca de la vía del tren, en una casa, para librarse de los mosquitos,

tenían una especie de incensario que arrojaba humo constantemente.

A las diez de la noche, después de despedirnos el General, arrancó el tren. Yo iba atontado; no quería recordar nada. Enrollado en la manta, me tumbé sobre el vagón y a dormir …

No sé qué hora sería cuando desperté. Estábamos en Pleskau; desayunamos y nuevamente en marcha. Pasamos por Tschrkeja, Orchow (último pueblo ruso), Ritupe, Abrene, Garsava, Poreni, Mezayidi, y paramos en Rositen, último pueblo de Letonia.

El día 2 de Julio desperté y desayunamos en Dinamburg. A continuación dejamos atrás Criva, Iluska, Egiane, Noerikia, y paramos a comer en Obekai.

La vida en el vagón la habíamos organizado igual que la primera vez: rezábamos el Rosario en comunidad, repartíamos todo, y charlábamos sobre nuestros planes del futuro y calamidades pasadas.

Continuábamos cruzando bosques. Llevábamos dos centinelas armados en cada vagón, por temor a los guerrilleros.

Por la tarde cruzamos Rokiskis y Panemukenis. Allí nos encontramos con una compañía de tanques de Bulgaria. En el rato que estuvimos parados cambiamos cigarrillos, pero no pudimos entendernos nada. Nos miraban extrañados, como si fuéramos seres superiores. Lanzaban frases de admiración: "¡Ah!, ihispanis, hispanis!", y gritaban "¡Franco, Franco!".

Después pasamos por Skapiski, Kupiski y Sobazius. Aquí la gente acudió en tropel a cambiar huevos, tocino, leche y mantequilla por jabón, hilos, ropa y sacarina.

Cambiamos todo lo que llevábamos y hubo uno, no sé quién sería, al que pronto imitamos, que entregaba paquetes de cuchillas de afeitar como si fuese sacarina.

Todo aquél comercio se llevó a efecto entre gritos de alegría y grandes carcajadas.

La próxima parada fue para cenar en Paneviejos.

El 3 de Julio desayunamos en Kowno, donde desperté. Después pasamos por Maurucisi, Juré, Macioruda, Vilkaviski y Virvalis, último pueblo en

Lituania, a las 11,25 de la mañana.

Nada más entrar en territorio alemán, en Eydicau, comimos y descansamos un rato. Empezaron las caras simpáticas y agradables, caras de amigos y admiradores de verdad. Todo el mundo nos saludaba agitando los brazos. Las casas estaban engalanadas con banderas a lo largo de la vía del ferrocarril.

El itinerario seguido después fue el siguiente (anoté el nombre de los pueblos, excepto cuando dormía):

Ebemrode, Cros Baistchen, Insterhuche-Mattenan.

El día 4: Bokellen, Gervaden, Skandau, Wsarische, Corschen, Bischen, Bischdoy, Rotafines, Wieps, Natimbure, Binabure, Allestein, Blasellen, Osterode, Deutch-Eylan (cena)

Día 5: Posen (desayuno), Posen-Lazarrus, Brantode, Otugch, Bok, Fvienchanhof, Bestschen, Neu Bestschen, Zollichau, Rothenburg, Rosse, Merweze, Waiwik, Guhen, Kaltenhorin, Coltbus (aquí, un campamento juvenil nos recibió con banda de música), Drehkau, Nev Peterschansn, Sedlitz, Befenhesttell, Senftemberg, Ruhland, Dlsthaide, Muckenberg, Pessa, Elstewerds (cenamos), Riess (una fábrica tenía 15 grandes chimeneas; toda esta zona es de industrias pesadas).

Día 6: Hof (desayunamos y descansamos unas horas, que dedicamos a ver la ciudad), Oberkotzall, Rosiau, Pesnitiz, Ranna, Auerbach (aquí desembarcamos).

Llegamos el día 5 a las diez de la noche y rápidamente, atravesando la población, nos dirigimos al campamento situado en las cercanías.

El recibimiento, por todos los lugares de Alemania, fue una continua manifestación de júbilo. Nos abrazaban, nos obsequiaban, daban gritos de "¡Franco, Franco!", "¡hispanis!", "¡aguiba Spania!".

En un pueblecito en los que paró el tren, sobre nosotros a escasa altura había un puente, y en aquellos momentos, un matrimonio de edad lo estaba cruzando. Por la lluvia llevábamos las banderas recogidas, pero las desplegamos para ver qué reacción tenían aquellos dos señores. Al verlas, el marido parecía volverse loco; daba gritos, chillaba, extendía el brazo y saltaba de alegría y entusiasmo. Fue quien primero las vio, y tan entusiasmado se

puso, que no acertaba a enseñárselas a la mujer.

Igual que cuando marchábamos al frente, todos nos pedían los botones de la guerrera, o algo para recuerdo.

Nosotros estábamos verdaderamente emocionados.

Antes de salir de Rusia, habíamos entregado el dinero que teníamos para que, al entrar en España, nos lo devolvieron en pesetas. Sólo nos quedamos con una pequeña cantidad para imprevistos del viaje.

En Hof todos queríamos comprar algo, pero fue raro quien lo consiguió. Todo estaba racionado.

El campamento, situado en una meseta, estaba formado por barracones de madera, pero tan cómodo como el primitivo, era del mismo estilo, aunque las casas solamente tenían un piso. En cada habitación dormíamos cuatro. Teníamos baño y sala de duchas.

Había un cine que funcionaba diariamente y las clásicas cantinas donde las dependientas habían aprendido ya el español y adquirido la picardía de los españoles. Ya no nos trataban con dulzura, ni se fiaban de nosotros. Tenían miedo (con razón) a que les quitáramos algo o nos fuéramos sin pagar. Además, para comprar tabaco teníamos que adquirir también cerveza. Como yo quería traer a España una colección de cajetillas diferentes, hube de llenar un baño con cerveza, y lo aproveché para bañarme.

Nos cambiaron la ropa alemana por la española. Nos desinfectamos nuevamente y emprendimos el regreso a España. Cruzamos la frontera el 12 de Julio.

En los días que estuvimos en el campamento, no quise bajar al pueblo por temor al entusiasmo de las alemanas.

Ya de regreso, en Nuremberg paramos unas horas. Con otro camarada entré en un café, donde había unos soldados italianos con chicas. Al vernos, ellos se marcharon y las chicas se vinieron con nosotros, diciendo que "soldatis ltalien señogitas y soldatis hispanis, fil temperament' (temperamento ardiente).
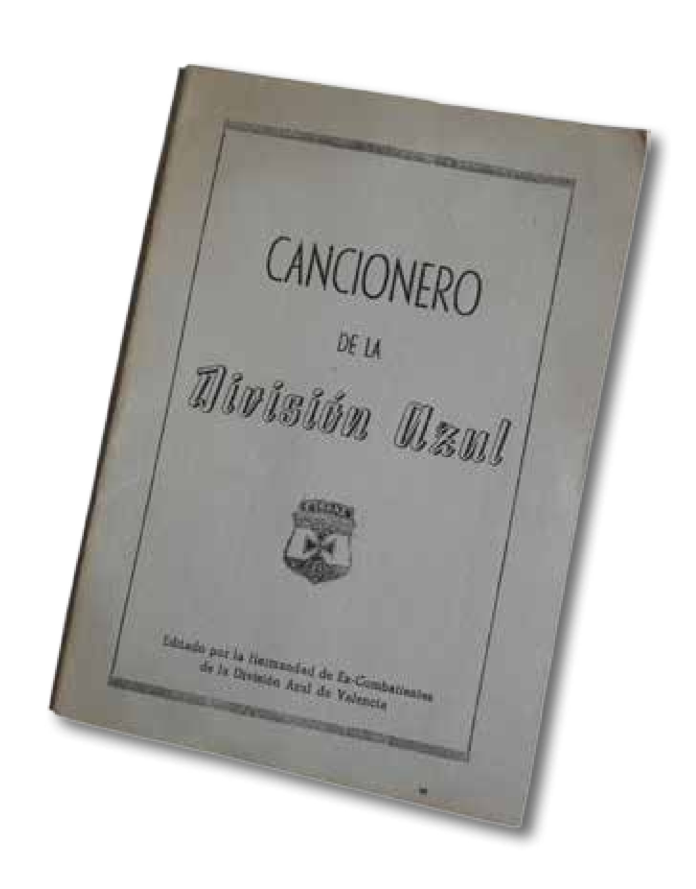
Fui a pesarme en una máquina tragaperras, y en medio de la marabunta que nos rodeaba, mi asombro fue enorme, porque en vez de salir la tarjeta

con el peso, salió un...

Huimos avergonzados del local y nos refugiamos en el tren. Al poco rato emprendió la marcha. Después cruzamos Francia, llevando "el escándalo" con nosotros. Como recordábamos el recibimiento que nos hicieron a la llegada, íbamos preparados para el caso.

Por todos los sitios donde parábamos organizábamos un escándalo. Algunas veces, las tortas sonaban a mansalva, y por fin, al atardecer del día 12, las lágrimas asomaban a los ojos de los soldados repatriados.




CANCIONERO
DE LA
División Azul
Editado por la Hermandad de Ex-Combatientes
de la División Azul de Valencia

Canciones

Como apéndice a las memorias, voy a anotar la letra de algunas de las canciones. Primeramente escribiré una de las serias, hecha con música del himno italiano “Giovinezza”:

Falangista, que en la estepa
sangre ibera verterás,
en homenaje a tu muerte
blanco sudario tendrás.

Falangista en el combate
acrecienta tu ideal
la bandera roja y negra
y la gualda nacional.

Falangista, falangista,
que en empresa de destino universal
en tu puesto de servicio
a España engrandecerás.

Nada nos importa el frío
teniendo la sangre ardiente
si se nos hiela el fusil
el machete es suficiente.

No hacen falta las trincheras
al que lucha en la batalla
con el pecho descubierto
al grito de ¡Arriba España!

Falangista en el combate

acrecienta tu ideal
la bandera roja y negra
y la gualda nacional.

Cuando vamos al combate
lo hacemos con celo y brío
forjando a golpes de sangre
nuestra fama de bravíos.

Para que el mundo se entere
de que el infante español
sabe morir en la nieve
lo mismo que "cara al sol".

¡A la muerte!, ¡a la muerte!
con la División Azul te lanzarás,
llevando sobre tu pecho
el Crucifijo y el "haz".

Cuando abundaban los mosquitos y se hablaba de operar en la "bolsa del Wolchof":

Mosquito, mosquito,
vete con otro un ratito,
que me tienes más que frito,
mosquito, mosquito.

Dicen que se van los de 22
dicen que se van los de 23.
Pero hasta hacer la operación,
ya ni el "orejas" coge el tren.

Dicen que vamos a operar
el tercer Batallón de Pimentel.
La "bolsa" vamos a ganar;
la vida vamos a perder.

Blau División,
no hagas más el cabrón.
Despístate
a Riga o a Konigsberg.

Prepárate a ver helado el Wolchof

pues vas a pasar por lila
otro invierno en Nóvgorod.

Un buen día me enrolé
en la División Azul,
y orgulloso, yo llevé
mi vieja camisa azul.

Al resonar el clarín
y retumbar el cañón
empuñamos el fusil,
entonando esta canción.

Falangistas españoles,
forjadores de ideales
que lleváis en vuestros pechos
los anhelos imperiales.

Mosquito, mosquito
vete con otro un ratito
que me tienes más que frito,
mosquito, mosquito.

Falangistas españoles
cumplidores del deber
que en los campos de batalla
nadie os logró vencer.

Por España lucharé,
por España yo sufrí.
Si es preciso, moriré;
por eso vine hasta aquí.

El combate cesó ya;
en la nieve brilla el sol.
Sobre flechas de aquél haz
de españoles que cayó.

Con la música de una canción rusa que se llama “Katiusa”, hicimos esta otra:

Era Katiusha una mujer bonita,
hija de un antiguo oficial del zar,

Y al quedar huerfanita Katiusha
vivía con su abuela a merced del azar.

Estalla la guerra, el ejército avanza
y la niña espera su liberación.
Al llegar la Falange, Katiusha
se enamoró de un soldado español.

Aquel soldadito, que también la amaba,
Y que la quería con loca pasión,
al caer en el frente, Katiusha
también murió de pena y de dolor.

Dos tumbas modestas en la fría estepa
dos tumbas cubiertas de flores están.
Es la pobre abuelita de Katiusha
quien las lleva cuando va a rezar.

En el campamento alemán, después de tanto hablar de disciplina, cantábamos:

A las 6 de la mañana
¡a formar!, ¡a formar!
Suena la trompeta
¡a formar!, ¡a formar!

Y a los que estamos durmiendo
bien nos hacen la puñeta
¡A formar!, ¡a formar!
¡A formar, formar, formar!

Cuando te estás afeitando
¡a formar! ¡a formar!
Cuando te lavas los pies
¡a formar! ¡a formar!

Entra un tío berreando
que te dice ¡salga usted!
¡A formar!, ¡a formar!
¡A formar, formar, formar!

Cuando vas por carretera
¡a formar! ¡a formar!
Entre bien por la derecha

¡A formar!, ¡a formar!
Y el que se descuida un poco
lleva el macuto a cuestas.

Cuando estemos descansando
¡a formar! ¡a formar!
¡Lave usted bien la escopeta!
Y a las diez de la mañana,
¡a repasar bicicletas!

Entra un oficial cualquiera
¡a formar! ¡a formar!
El sargento "'el" Pelotón
¡A formar!, ¡a formar!
Y si le has contestado,
¡te ganas un bofetón!
¡A formar!, ¡a formar!

En las marchas cantábamos :

Compañía, la Tercera,
que va con la lengua fuera
si será de tanto andar.
Y su ilusión se concreta
en una buena cuneta
donde poder descansar.
Lleva sucias las mejillas,
la marmita a las costillas,
y la bolsa de "costao".
Y entre otras cosas molestas
¡Cuarenta kilos acuestas!
(¡y no soy "exagerao"!).

En llegando a nuestra meta
nos hacemos la puñeta
si no encontramos pajar.

Sin que ninguno te atienda
tienes que hacerte la tienda,
ir por paja y ¡a cavar!.

En los días de descanso

nos dan abundante rancho
y montañas de "fuagrás".

Pero también hay tres listas,
Catorce o quince revistas
hasta de hojas de afeitar.

Y de este modo tan lento
llegaremos a Smolensko
con nuestra ración de té.

Si Alemania lo consiente,
quizás lleguemos al frente
¡el año cuarenta y tres!.

De esta manera tan sucia
vamos andando por Rusia
para poder pelear.

Y si nadie te hace caso,
bajo la tumba y el casco
¡al fin podrás descansar!.

Otra canción de las marchas:

Cuando marcho febril por carretera
con los pies llenos de callos y de ampollas,
a escondidas del teniente, voy robando
¡zanahorias!, ¡zanahorias!.

A los piojos:

¡Muérete ya, piojo!
o vete a hacer puñetas,
pues en mi camiseta
no cabe ni uno más.

Mira que en la costura
peligra ya tu vida,
pues tengo aquí agua hervida
y un poco "'e" Mitigal.

Y cuando nos releven,
lejos de la chabola,

guardando un poco "'e" cola
nos desinfectarán…
¡Ojalá!.

Con música de la popular canción alemana "Lilí Marlen":

Al salir de España sola se quedó
llorando mi marcha la niña de mi amor.
Y cuando partía el tren de allí
le dijo así mi corazón:
"Me voy pensando en ti"
¡Adiós, Lilí Marlen!

Aunque la distancia vive entre los dos
yo siempre estoy cerca de tu claro sol.
Y cuando tu carta llega a mí
me alegra, sí, mi corazón,
pues sólo pienso en ti,
soñando con tu amor.

Los bellos paseos se acabaron ya.
La ametralladora pronto sonará.
Vendrán los días de dolor
las largas horas de pasión,
si sigo, ten valor.
Si caigo, ten valor.

Cuando vuelva a España con mi División
llenará de flores mi niña su balcón.
Y será, entonces, tan feliz
que no sabré más que decir:
"Mi amor, Lilí Marlén,
mi amor es para ti".

Esta canción que sigue es del regreso:

La División Azul española
que en los campos de Rusia luchó,
hoy regresa a España, triunfadora
y es aclamada con gran emoción.

Ya no teme el frío maldito

que en los campos de Rusia pasó.
Hoy sus caras se ven inundadas
por los dorados rayos del sol.

Las mocitas esperan impacientes
el retorno de la División.
Unas dicen: "¡ya está aquí mi novio!",
y otras: "¡Mi hermano del corazón!".

También hay madres que lloran con pena
por el hijo que no retornó
y ha quedado en la estepa rusa
donde jamás le dará el sol.

Una de las marchas:

Soy un voluntario alegre
de la División Azul
que ha recorrido Europa
como si fuera un baúl.

Al iniciarse la marcha
muy pronto me acostumbré
Y he recorrido lo menos
mil kilómetros a pie.

Voluntario alegre
que a Rusia te vas
¡empiezan las marchas!
¡prepárate a andar!.

La canción anterior, muy larga, cantaba todas las incidencias de nuestro viaje.

¡Gibraltar, Gibraltar!,
tierra amada de nuestra Nación,
tierra ansiada y profanada
por un extraño pendón.

Los clarines de la Patria
a tu pecho de español hoy llamarán,
y en las filas apretadas
de mi División un puesto hallarás.

¡Adelante, por España!
que si en Rusia ya triunfó mi División
no es bastante nuestra hazaña
si es inglesa la bandera del Peñón.

Si en trincheras comunistas
la bandera roja y negra yo planté,
aunque muera en tu conquista
en tus rocas mi estandarte clavaré.

¡Adelante, en unión!
Empuñemos de nuevo el fusil
y sepamos con valor
todos juntos vencer o morir.

Las canciones eran numerosas. Todas ellas reflejaban los momentos vividos. Las había optimistas y pesimistas; serias y alegres; religiosas, y con “tacos”. De muchas de ellas no me acuerdo muy bien, y además, no quiero hacer eterno el relato.


Lili Marlen

Voluntario alegre


Auxilio Social
SELLOS Y EMBLEMAS
DEBE
CLASE
HABER



Epílogo

Al pisar tierra española no sentí la emoción que esperaba. Las alegrías en sueños son ilimitadas, mientras la realidad tiene un límite. Aquella inmensa emoción que me embargaba cuando en tierras rusas pensaba en España al llegar aquí se desvaneció, quedando patente, una vez más, que el deseo hace mucho más feliz que la posesión.

Ahora, a distancia de diez años del día de la partida, ganada la guerra por el comunismo, dueño éste de media Europa y casi todo Asia. Esparcidas sus doctrinas por el mundo gracias, entre otras razones, a las facilidades dadas por dos seres -no quiero llamarles hombres-, Churchill y Roosevelt, este último ya muerto y enterrado como se merece: en un jardín, cual si fuera un perro, y el primero esperando volver al poder para quién sabe qué nuevas barbaridades hacer, aunque después de aliarse con el diablo, como él dijo, no creo que se pueda realizar nada peor.

Ahora, digo, que el espíritu de una nueva y terrible guerra se pasea por nuestro planeta. Ahora que los jóvenes son vistos como futura carnaza para los terribles pájaros aéreos. Ahora que las ciudades pretenden huir al campo, asustadas de la debilidad de su grandeza. Ahora que la moral no existe, como no sea la creada artificialmente por Norteamérica con fibra de nylón. Ahora que el vicio ha sido nombrado emperador universal. Ahora que la soberbia ha sido juez y parte en tribunales internacionales. Ahora, ahora se dan cuenta del peligro comunista y pretenden remediarlo con sistemas caducos y decrépitos. Ahora se unen las naciones por miedo, únicamente por miedo, firmando pactos anticomunistas como si el "anti" no fuera solamente una negación.

¿Y España, qué?. Por desgracia ha seguido la corriente del mundo. La corrupción ha llegado a las altas esferas. Salvo el Caudillo y unos cuantos hombres intachables, el mando está corrompido. Entre el pueblo hay de todo. Creo que los menos, que son los mejores, no tardarán en imponerse con sus virtudes. De no conseguirlo rápidamente podremos dar por perdido el espíritu del 18 de Julio y entonces, además de ser terriblemente traidores, habremos cometido un crimen contra la Patria, contra nosotros mismos, contra los Caídos y contra las generaciones futuras.

JOSÉ ANTONIO dijo ante el cadáver de Matías Montero, primer mártir de la Falange:

"Que Dios te otorgue su eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que hayamos sabido ganar para España la cosecha que siembra tu muerte".

España tiene que despertar nuevamente. Mejor dicho, España tiene que despabilarse, porque dormida no está. Ahora el mundo se acuerda de España, y España de la División Azul. Hasta hace muy poco tiempo, dejando a un lado los hombres con sentido común, la opinión general ha criticado a los divisionarios por haber dado lugar al enfado de la "terrible" Inglaterra. Para esto, señores, el no obedecer al caduco ¿imperio? Británico es una falta imperdonable.

¡Ay, si en vez de veinte mil hombres hubiéramos sido dos millones!. ¿Qué sucedería ahora?.

No creo, no creí nunca que Alemania venciese a Inglaterra y Estados Unidos, pero tampoco dudé que la unión de católicos europeos, en Cruzada, aplastaría al comunismo y después, de continuar la guerra, se habría convertido en otra de tantas, más o menos cruel, pero al fin y al cabo una guerra comercial en la que se ventilaría el "made in Usa", el "made in German", o el "made in England", camuflados con matices políticos y banderas de libertad.

Dejando de un lado simpatías por alguno de los contendientes, a nosotros ¿qué podría importarnos?, y sobre todo, ¿qué podríamos temer si merced a nuestra Guerra de Liberación habíamos resuelto el problema?.

¡Fatal error de los aliados no acceder a las peticiones alemanas de continuar la guerra con Rusia después de rendirse incondicionalmente a ellos!.

Ahora hemos visto claramente hasta dónde puede llegar la soberbia de dos hombres nefastos para la humanidad. Por su culpa, únicamente por su culpa, el mundo está deshecho moralmente y, si Dios no lo remedia (sólo Dios, porque los hombres no quieren), la nueva guerra estallará, ¿y después, qué?.

Entonces, ¿para qué ha servido la División Azul?. Para mucho: ha recordado al mundo que España existe; ha recordado al mundo lo que somos los españoles. Como dice nuestro himno, "Por un cielo vacío llevamos a Dios". Perdimos, aunque no fuimos vencidos en los campos de batalla. También fracasó la Invencible, ¿y qué?.

Estas líneas sólo son aptas para hombres enteros. Si se pierden y caen en poder de algún "hombrecillo", de algún "medio-hombre", yo le digo: ¡No leas, no leas!. ¡Arrójalas al fuego, no las manches con tus ojos!. ¡La División Azul fue una gesta de hombres!.

Aquellas frases de "¿vas a Rusia?", "¿estás loco?", encerraban estas otras: "Yo soy un cobarde". "Yo soy incapaz de dar la vida por un ideal, luego no merezco vivir".

Sí, señores, para dar la vida por una idea, hay que estar limpio de conciencia, hay que subyugar el cuerpo, y el espíritu tiene que ser dueño y señor absoluto. Hay que ganar la principal batalla de esta vida: "conocerse a sí mismo".

La División Azul puede compararse con Lepanto y la Invencible.

En Lepanto se triunfó y la gesta es gloriosa. Luchamos contra otra religión y civilización, pero al fin y al cabo, no implicaba su triunfo la desaparición de Dios sobre la tierra. Sería un dios falso, una falsa moral, pero imprescindibles en la vida humana.

Con la Invencible perdimos, y todavía estamos pagando las consecuencias. Fue un gesto glorioso, y de haber triunfado nuestras armas, no estaría el mundo como está, ni tampoco el protestantismo y la masonería.

Con el triunfo de las Divisiones Azules de católicos europeos podíamos haber dicho al mundo: "¡Atrás, miserables, mezquinos, afeminados a lo Remarque, miserable caterva sin honor, cuyo dios es el pan, las diversiones y la vida regalada!".

JOSÉ ANTONIO, cabalgando sobre su lucero, con palabras bíblicas, virilmente, como San Pablo, continúa diciendo "La vida es milicia". "Por el Imperio hacia Dios".

Creo que el pueblo ruso es profundamente religioso. Rusia y España, en mi opinión, son dos naciones capaces de salvar al mundo. En ambas, posiblemente más en Rusia que en España, la mística invade la vida nacional. Los diligentes bolcheviques han sabido operar de tal forma con ella, que han conseguido crear la "mística de la violencia". En España, por no aprovechar esa gran virtud, individualmente estamos viviendo la "mística del dinero".

No se debe decir, y se dice, que el comunismo ha creado una mística entre sus afectos. Si ha triunfado en Rusia es, precisamente, porque ese valor existía y han sabido aprovecharlo.

Sin mística no hay pueblo capaz de hacer la revolución interna que rusos y españoles hemos hecho. Se puede, sí, organizar huelgas, sabotajes, conflictos, etc, pero coger un fusil y no soltarlo hasta morir o triunfar no lo hace cualquiera.

Se suele confundir la disciplina, que aprovechó Hitler en Alemania, con la mística, y no es cierto, a no ser que esa disciplina sea voluntaria. La Rusia comunista posee actualmente ambas cualidades, lo cual quiere decir que, si no tiene inferioridad técnica manifiesta, será muy difícil derrotarla con ejércitos materialistas de impecable uniforme de plexiglás, y radio de bolsillo.

¿Solución?. Tanto como las voces de los cañones, deben hablar y actuar servicios de propaganda, y la Caridad con el enemigo. A la mística atea, hay que oponer las virtudes del Catolicismo, no la unión de los "antis". Así, cuando el pueblo vea que, a igualdad de sexos oponemos la igualdad ante Dios; cuando vea que a su dios Stalin oponemos el nuestro auténtico; que a su paraíso temporal oponemos el Paraíso Eterno. En fin, cuando vea que no le quitamos nada de lo que cree tener, sino que se lo perfeccionamos, aumentamos y eternizamos, el pueblo abrirá los ojos, y alabará a Dios.


Caído Blau Divisió





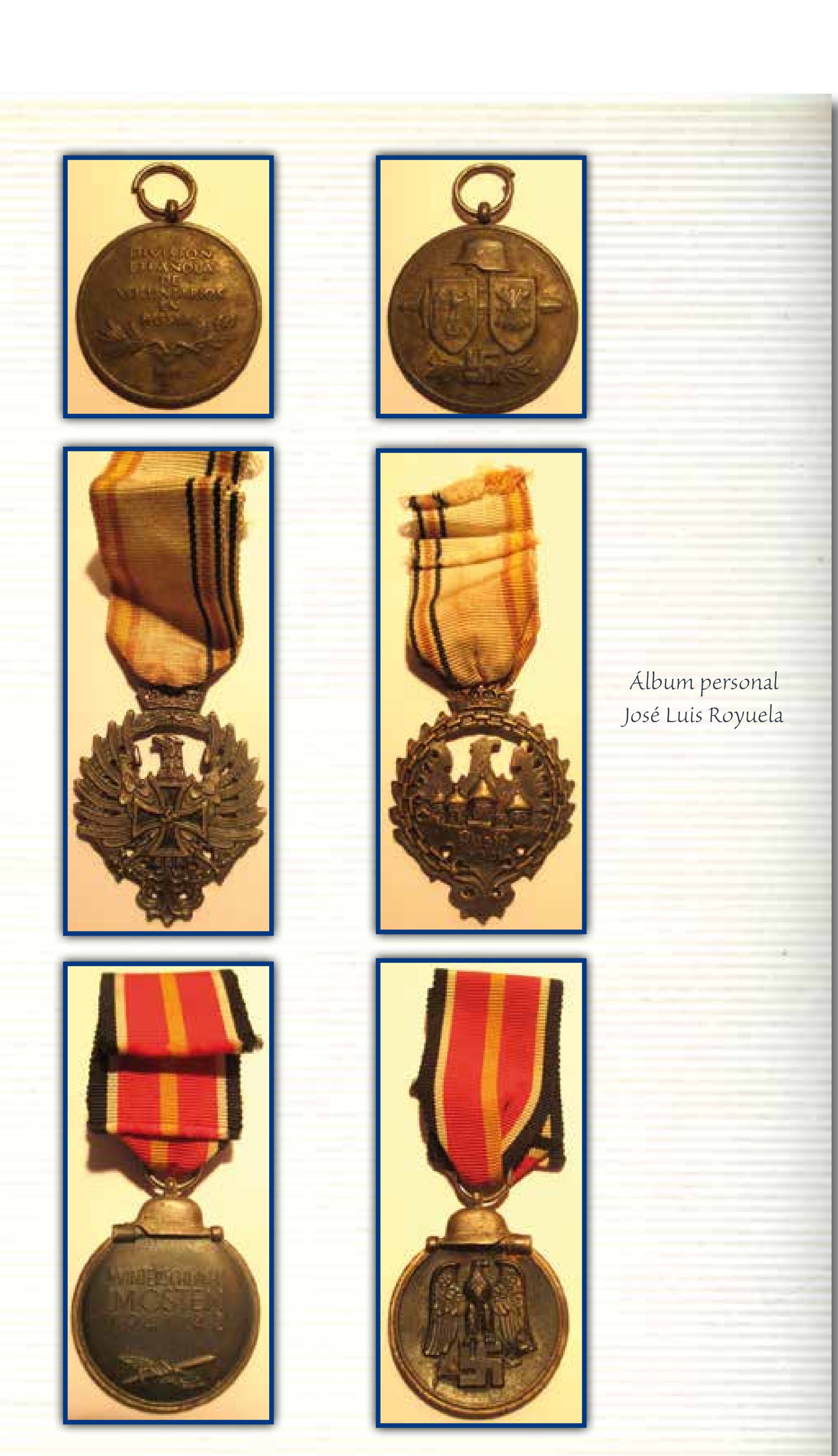








Álbum personal José Luis Royuela



Álbum personal
José Luis Royuela


ESPAÑA



Lo vivido por José Luis Royuela en sus primeros 21 años, muy bien relatado por él mismo en sus escritos biográficos: “Novísimas crónicas madrileñas” y “Mi diario en la División Azul. Yo estuve en Rusia”, determinó, como no podía ser de otra manera, su actitud ante el resto de su vida. Su amor a Cristo e inquebrantable devoción a la Virgen María fueron su referente vital.

El 24 de Junio de 1947 contrajo matrimonio con “Pili” (Pilar Martínez), a la que se refiere de forma reiterada en sus escritos, con ella tuvo 7 hijos: José Antonio, María del Pilar, María del Carmen, María del Rosario, María Teresa, José Luis y José Miguel. Hasta su fallecimiento, en 2003, conoció a 21 de los 22 nietos actuales y a 3 de los 17 bisnietos que, hasta la fecha, completan la familia.

Al poco de su regreso de Rusia, tras aprobar las oposiciones correspondientes, comenzó a trabajar en el INP (Instituto Nacional de Previsión), actual Seguridad Social. Trabajaba y, al mismo tiempo, cursó estudios en la Escuela Social hasta obtener el título de Graduado Social. Siguió estudiando y presentándose a todas las oposiciones precisas para poder ascender, hasta llegar a hacerse cargo de una Jefatura del Servicio de Farmacia. También cursó los estudios de Periodismo, que siempre había deseado.

Dadas sus arraigadas creencias religiosas y conciencia social, su formación y experiencia profesional, José Luis se incorporó, pocos años después de su fundación, a Hermandades del Trabajo.

En aquel momento la clase obrera tenía, en general, una muy deficiente preparación académica y gran indefensión laboral. Las organizaciones político-sociales y laborales tampoco ofrecían suficientes oportunidades a los obreros para que estos pudiesen complementar su vida laboral y familiar con actividades sociales en comunidad. Estos hechos fueron el acicate que movió a José Luis a tomar la decisión, tan trascendente en su vida, de integrarse en Hermandades del Trabajo.

Fue fundador de las Hermandades del Instituto Nacional de Previsión y de su Federación, de la Escuela Social Juan XXIII y Vicepresidente del Centro de Madrid

Colaboró muy activamente en el crecimiento de Hermandades, en todos sus emprendimientos jurídico-laborales y sociales, y, además, pudo satisfacer sus anhelos periodísticos de juventud dirigiendo el periódico “A Hombros de trabajadores”, uno de los órganos informativos de la Institución.

En 1969 y por petición expresa de D. Abundio García -ideólogo, fundador y presidente de Hermandades, actualmente en proceso de canonización- se incorporó a Central del Ahorro Popular, entidad financiera de la Institución, en donde ocupó el cargo de Secretario General.

Tras la absorción de Central del Ahorro Popular por el Banco Occidental y poco tiempo después de que el Banco de Vizcaya comprara el Banco Occidental al Fondo de Garantía de Depósitos, en 1982, José Luis decidió jubilarse y, así, poder escribir sus recuerdos y dedicar, por fin, más tiempo a su familia.

Casado en segundas nupcias, tras la muerte de Pilar en 1989, falleció en Mayo de 2003, después de sufrir una penosa enfermedad durante el último año de su vida.